

**CUIDADO CON LO QUE DESEAS,
SE PUEDE HACER REALIDAD.**

ANATEMA

LISSA D'ANGELO

Lectulandia

Dejé a Yania continuar con su lectura de Ocaso y rodé los ojos, sobre todo cuando retomó el parloteo de lo sexy que sería tener los colmillos del vampiro atravesando su cuello. Yo había estado ahí y no había nada de sexy en que te mordieran, sobre todo en el cuello. Dolía como la mierda y ni siquiera te volvías súper fuerte. No importaba lo comestible que se vieran en la pantalla, los vampiros no eran más que un dolor en el trasero. Y en el mío, un dolor constante. Pensé en Becca, en todas las noches que madrugué leyendo sus puntos de vista, sus teorías e ilusiones. Recordé el problema que le suponía elegir, y, sin darme cuenta, me encontré parodiando sus textos.

Estaba convencida de tres cosas:

Primero; solía amar a los vampiros: Edgard, Stefano, Daemon, etc. A decir verdad, todo lo que tuviera colmillos y ojos claros.

Segundo; una noche algo sorprendente sucedió. Seamos honestos, fue algo horrible.

Y tercero; los mordiscos son dulces. ¡Claro!, tanto como puede serlo una motosierra en tu cuello. Mi nombre es Micaela Palacios y esta es la historia de cómo un vampiro se comió mi corazón. Literalmente.

Lectulandia

Lissa D'Angelo

Anatema

Anatema - 01

ePub r1.2

Rocy1991 06.12.14

Título original: *Anatema*
Lissa D'Angelo, 2014
Diseño de cubierta: Jennifer Carrillo

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Anatema, es para ti, Angie. Gracias por prestarme tu vida y darle un alma a
Mica.
Anatema también es para todos los fans que han madrugado noches enteras,
perdidos entre las páginas de una saga o un Fanfiction por leer “solo un
capítulo más”.
Yo también pasé por eso, sigo viviéndolo, no tengo planes próximos de
cambiar.

Inicios del infierno

Por esos días yo era ingenua y afortunada. ignoraba la macabra realidad que se entretejía a mí alrededor y disfrutaba de la fantasía que proporcionaba la ignorancia.

Aquel amanecer de julio íbamos caminando por los pasillos del liceo armando robles rivera, era un liceo típico, según yo. donde sea que mirara, había alumnos por montón, todos saludándose y relatando historias sobre sus vacaciones. algunos parecían francamente alegres y otros en cambio, se limitaban a sonreír por cortesía mientras tomaban nota de los cambios de look. yo pertenecía a este último grupo, la verdad es que no estaba desesperada por volver a clases, no extrañaba nada de ese maldito edificio ubicado en Arauco 474. y era mil veces más entretenido mirar los reflejos rosa en la cabeza de Yania.

—¿no es ese tu novio? —preguntó ésta, sorprendiéndome mientras señalaba con su dedo al protagonista y podría decirse, víctima de mi pequeña mentira blanca.

«¡trágame tierra!»

La culpa y el nerviosismo se tradujeron en una cantidad exagerada de sangre centelleando en mis mejillas, mientras yo me debatía entre improvisar un cuadro de amnesia disociativa o darme a la fuga.

Ahora, mentira como mentira, así, del verbo mentir, no era. Vale, tal vez un poco, una pizca, casi nada ¡Por supuesto que era mi novio! Solo que él aún no lo sabía. Le había dicho a todas mis amigas que estábamos saliendo, no con afán de engañarlas, nada que ver. Sencillamente quería salir del paso. Bien, lo admito. Había comenzado por salir del paso, luego me emocioné hablando —inventando— sobre nuestra relación, y ahora que lo veo frente a mí, es obvio que mi ficción terminó saliéndose de control.

Llevaba días con querer ver la película de Keanu Reeves en la que hacía de extraterrestre-robot vengador de la naturaleza o algo así. En realidad no entendía muy bien la trama, solo quería ver a Keanu Reeves. Tenía que admitir que ir al cine sola era penoso, pero ¿qué más iba a hacer? No tenía novio, ni siquiera un amigo dispuesto a personificar ese papel por 104 minutos, que son los que dura la película... y ¡realmente quería ver a Reeves!

De modo que ahí estaba yo. Sola en el único cine de Valdivia con mis Popcorn tamaño familiar en una mano y las entradas en la otra, cuando divisé el característico cabello de Yania.

Tengo que decir que Yania Vulinovic, ha sido mi mejor amiga desde que tengo diez años. Es rusa, y según la última encuesta del Centro Ruso de Estudio de la Opinión Pública (VTsIOM por sus siglas en ruso), el 91 por ciento de los rusos, respetan y aman a sus amigos.

Y es cierto, Yania estuvo conmigo cuando cumplí once y papá nos abandonó. Y continuó ahí cuando comencé a usar sujetador y entré en esa edad detestable y poco

tolerable de los trece años. Por eso, cuando la vi en compañía de Diego —uno de los pocos tipos remotamente sexys del instituto, el padre de los clichés—, en la misma fila que yo, no pude decir la verdad. Sencillamente era demasiado patético admitir que estaba sola en el cine cuando ella venía acompañada de un chico de tercero.

Entonces, me excusé diciendo que venía acompañada con un “ligue ocasional de vacaciones”. Lástima que en un arranque de inspiración terminé apuntando al primer chico que se cruzó en el perímetro para darle consistencia a mi mentira.

Luego, la suerte estuvo de mi lado. Quiero decir ¿Qué probabilidades habían de que el chico en cuestión fuera al cine por la misma película que yo y, aún más increíble, sin pareja?

Ninguna, pero aun así ocurrió. Vale, puede que lo haya oído discutiendo con una mujer minutos antes. Chica que me resultaba familiar. Probablemente del colegio. Pero mi intención no había sido mentir ¡lo juro! Pero cuando la vi partir, abandonándolo en la fila, solo, como un pobre cachorrito bajo la lluvia, mi cerebro registró la escena y la guardó en la carpeta de oportunidades.

Al final, resultó que accidentalmente terminé sentada junto a él. De vez en cuando me las arreglaba para conversarle de forma casual, más que nada cuando descubría a Yania o a Diego viéndome. No lo atosigué con largas charlas, en realidad, nada demasiado cargante sino del tipo: “¿Podrías decirme la hora?” Incluso llegué a simular que había perdido un arete en su asiento. Él rio y luego comenzó a buscar bajo sus piernas. Eso me dio oportunidad de tocar su cuerpo lo suficiente para que Yania se tragara mi farsa.

Mi plan salió a la perfección. Mis amigas se lo habían tragado y yo había salvado el invierno aludiendo mis alegrías a este galán que ni siquiera tenía idea de lo bien que nos la habíamos pasado y que, por lo demás, no volvería a ver. Salvo que dicho galán, apareció el primer día de clases en mi instituto. Supongo que debí sospecharlo, quiero decir, lo había visto acompañado por una chica de mi colegio aquel día en el cine.

La vergüenza y las humillaciones, eran unas amigas bastante persistentes y cargantes en mi vida; como Jim Carrey en la película *The Cable Guy*, en donde Jim se toma la amistad de una manera bastante rara, convirtiéndose al final, en un sicótico acosador, salvo que en mi versión no existía un director que dijera Corte para que la vergüenza junto a las humillaciones se fueran a casa. En fin.

Incapaz de avanzar por el pasillo, me quedé ahí, quieta, muerta de vergüenza, esperando lo peor.

—¿Qué hace besando a esa rubia? —La voz ronca de Yania, carente de su habitual tono burlón y reemplazada por un obvio desconcierto, me recordó que estaba metida en tremendo problema y que esta vez no podría evadir mi responsabilidad.

Me quedé de piedra observando las baldosas blanco y negro a mis pies, cual peón en tablero de ajedrez, llegando a la última línea, a punto de ser devorado por el rey.

«Jaque Mate»

Dios mío, realmente quería salir de aquí.

¡Quería... Quería ir a Hogwarts!

Una sacudida en mis hombros me trajo de vuelta al presente: ¡mentira, me habían atrapado en la mentira!

Observé a Yania idiotizada mientras me zamarreaba. Su extravagante pelo entre rojo y naranja, parecía una fogata a punto de salirse de control y arrasar con todo, yo incluida. Vestía el uniforme del colegio a su manera. Entendiéndose el estilo Yania como: jumper azul marino a mitad de muslo, bajo éste la camisa blanca de algodón, remangada hasta los codos y en lugar de zapatos, traía botines sobre bucaneras azules.

Sí, ella era ruda, a su lado yo parecía una gomita de esas con forma de osito. Y no me acompleja, todo el mundo los adora. Son dulces, blanditos... Igual que mi panza y muslos.

—Oh, Mica. Lo siento tanto...

En algún punto, había dejado de zarandearme, sus ojos azules estaban fijos en los míos; aguados, su boca adquirió una mueca triste y se veía bastante destrozada, más que yo por lo menos, que aún estaba semi-shockeada. Porque inventarse un novio es bastante triste, pero que además el novio de ficción te monte los cuernos, se pasa de humillante.

Ya ven. Eso de que el Karma es una perra, ni siquiera se acerca a la realidad. Es mucho peor.

Me preparé para decirle a Yania alguna cosa, ojalá otra mentira que me sacara del apuro, y cuando quise verbalizar lo que había inventado, ya era demasiado tarde. Yania corría en dirección a mi novio falso y su supuesta amante, para...

«Dios, ¿Había sido eso una bofetada?»

—¡Por romper el corazón de mi amiga! —rugió Yania, alias defensora de las mujeres cornudas. Tenía una expresión asesina y lo siguiente que supe fue que había seis pares de ojos mirándome, y por la forma en que lo hacían, les debía una explicación.

Lo mejor que se me ocurrió —corrijo—, lo único que se me ocurrió fue no decir una palabra.

La chica con la que me había engañado mi novio imaginario —quien sospecho, debía ser la novia real— me observaba muerta de vergüenza. Una parte de mí— minúscula, casi inexistente—, me recordó que la única persona que debería sentirse avergonzada era yo, pero era tan mínima que preferí ignorarla. Por otra parte, mi novio de ficción, se ganó una segunda bofetada, esta vez cortesía de la rubia. Rubia natural, para que suene más lindo, menos envidioso. Incluso me dio pena la pobre.

También sentí lástima por él, pero la alejé de inmediato cuando recordé que tarde o temprano me tocaría enfrentarlo.

Esperaba que fuera tarde.

—Lo siento —se excusó la rubia natural. Ahora que los miraba bien, lucían

bastante similares. Incluso podrían pasar por hermanos, ¡incesto! Ascoooo ¡Cochinos celos! Lucían grandiosos, hacían una pareja de lo más mona.

—Juro que no tenía idea. Él no me dijo... —comenzó a excusarse mientras se cubría el rostro con una mano. La pobre chica se mordía sus labios, avergonzada, sin que su acompañante hiciera nada por arreglar o desmejorar la situación. En realidad, mi novio falso parecía haber caído en estado catatónico o algo así.

Estuve a punto de decir la verdad, y con esto me refiero a decir todo. No solo que no era mi novio, sino que durante dos semanas, estuve contando detalladas historias románticas con él.

Incluso me planteé confesar que había asistido sola al cine para ver a Keanu Reeves. No estaba segura sobre cuál de las tres confesiones era más humillante. Pero en lugar de ser honesta, me limité a seguir siendo una adolescente; o sea, mentir nuevamente:

—No me sorprende —respondí con mi espalda tiesa y la piel de mi cara tirante y roja.

Así es como yo era... Era lo que mis padres habían hecho de mí.

—Yo... este —la rubia natural se giró hacia mi supuesto novio como buscando una pista sobre qué hacer o decir. Al final, se cansó de esperar alguna señal de él, quien por cierto seguía sin inmutarse—. Creo que mejor me voy.

«Mierda»

—Sí—me sorprendió que fuera él quien tomara la palabra—, creo que es lo mejor —volvió su rostro hacia donde estaban mis amigas y yo. Entonces, me percaté de un brillo calculador bailando en sus ojos celestes—. Con mi novia tenemos un montón de cosas que aclarar.

«Mierda-mierda»

A pesar de mis intentos por no quedar a solas con él, no pude posponer más lo inevitable. Si bien había conseguido evitarlo en las primeras asignaturas él cobró venganza al final del día.

Resultó que el rubiecito tenía nombre: Lucas Urzúa. Era un año mayor que yo. Se había mudado a Valdivia hace dos meses —exactamente el tiempo que llevábamos de ficticia relación— y, como si no tuviera suficiente, resultó ser bastante rencoroso.

Por supuesto, todo esto me lo hizo saber al terminar las clases, justo después de que me arrastrara de un brazo hacia las duchas de hombres; una estructura del tamaño aproximado de un vagón de metro, cubierta de baldosas blancas, oscurecidas por el sarro, grafitis y mensajes obscenos. Por ley general, obviaba ese sitio, ni siquiera me acercaba al aseo de damas, me revolvía el estómago entrar ahí, prefería mil veces aguantar hasta llegar a casa, pero en esta ocasión, con los ojos clavados en el suelo monocromático, solo podía pensar en fingir demencia y salir corriendo de ahí.

Como dije antes, Lucas me puso al día. Desde luego, yo también le hice saber algunos de mis antecedentes, más que nada para que supiera a qué atenerse. Le expliqué mis razones para mentir y resultó que me recordaba. No era la acosadora del

cine, ni la maniática, solo fue como: “Ah, ¡Con que eras tú!”

Lo que estaba bien, al menos sentí alivio de no haber actuado muy obvia en esa fatídica tarde de cine. De todas maneras, no era algo que debería hacerme sentir mejor ya que estaba allí, acorralada como una cucaracha —no lo digo en plan víctima, me lo merecía, lo había hecho ver como a un patán—, en un cuarto donde los chicos solían asearse. No quedaba un alma en el lugar, pero de todos modos Lucas se había encargado de buscar una de las duchas vacías. Para rematar la escena, estábamos muy cerca. No por decisión propia, conste.

Su mano estaba sobre a mi cuello y su rostro demasiado inclinado sobre el mío, tanto que parecía que quería besarme, digo, era eso o tenía serios problemas de miopía.

—No creo que sea buena idea —solté nerviosa ante la idea de que me besara, ni siquiera había escuchado lo que me había preguntado. Probablemente porque estaba demasiado preocupada sobre la cuestión de que estábamos solos en el maldito lugar. Y no digamos, uh, que lugar tan romántico. Todo el sitio olía a una mezcla repulsiva entre desinfectante y sudor.

Lucas entrecerró los ojos y durante unos segundos no hizo nada salvo mirarme, su inspección era grosera. Los ojos celestes registrando cada imperfección de mi piel. Era tan obvio que lo hacía deliberadamente.

Su actitud coqueta, típica de hombre en busca de algo, de no haber sido porque me lo merecía —sí, aún no me había olvidado del incidente, le había arruinado su romance con la rubiecita natural—, le estaría gritando.

Qué rabia me daba el tipo. Y su pelo tan rubio, su piel tan pálida. Sí reconozco que soy superficial, pero quién no lo es a mi edad; los prefería morenos y ya. Sí, Lucas era apuesto, pero al tenerlo tan cerca, observarlo con tanto detalle, lo único que provocaba en mí... Era la destrucción de mi autoestima. Minimizarme al reflejar tanto nuestras diferencias físicas.

Yo era blanca, con un largo cabello castaño teñido de negro, bajita, bien latina, Chilena. Él era... Anda a saber, en Valdivia había toda clase de inmigrantes, en su mayoría de alemanes, los que llegaron a la región las dos últimas décadas del siglo XIX. Gracias a ellos, Valdivia se industrializó y nos convertimos en excelentes productores de cerveza. Cerveza y hombres hermosos; dos productos que merecen la pena ser mencionados. Bien, ya estoy divagando.

Para cuando Lucas se alejó, la satisfacción era evidente en sus facciones: ojos pícaros y una sonrisa igual de ladina, le iluminaba el rostro.

—Qué curioso, a mí me parece una idea de lo más tentadora.

Ipso facto, el músculo que se escondía tras mi pecho comenzó a latir a una rapidez desahogada, estaba furiosa, creí que mi cara estallaría de tanta sangre acumulada en ella.

¿Y qué si estaba roja? Estaba furiosa. No me ponía nerviosa. Ni sus ojos celestes, ni su boca sonriéndome de forma lasciva. Ni siquiera su brazo a un costado de mi

cabeza.

Clavé la vista en el suelo. Las baldosas eran celestes, con manchas grisáceas debido a la corrosión.

—¿Siempre eres así de grosero? —le increpé con ira, porque el enojo era mejor que cualquier otra cosa. “Furia era sinónimo de fuerza”, mamá lo decía todo el tiempo. Lamentablemente, pensar en ella hizo que mi determinación decayera.

Lucas, por su parte, pareció salir de algún tipo de trance, como si lo hubieran abofeteado por tercera vez. Lo que después de todo no parecía mala idea, pero cuando levanté mi mano para darle un dramático golpe en la mejilla, él la atrapó con la suya.

—Esto es nuevo. Primero, finges que soy tu novio...

—Ya te dije que lo sentía —murmuré avergonzada.

Él negó sereno mientras erguía todo el largo de su cuerpo, librándome de la trampa que había formado con su torso y manos

—...y luego me golpeas porque actúo como lo que se supone que soy.

—No te golpeé —me defendí e inmediatamente crucé los brazos sobre mi pecho. Tenía que darle fuerza a mi postura. Incluso si me merecía su mal humor, quería permanecer digna hasta el final.

—Pero querías, de la misma forma que querías que fuera tu novio.

—¡No es verdad! —chillé muerta de vergüenza, tapándome la cara, porque ambos sabíamos que estaba mintiendo.

Cuando quité las manos de mi rostro, Lucas no sonreía, pero tampoco parecía enojado. De hecho, tenía la cabeza recostada en la pared de baldosa, y esa pose le daba una apariencia de paz absoluta. Entretanto yo me debatía entre volver a intentar golpearlo para luego salir pirando de ahí, o esperar paciente a que se hartara y me dejara ir sin daños emocionales.

Opté por la segunda. Me gustaría decir que reaccioné y decidí asumir las consecuencias de mis actos, pero la verdad es que nunca he sido buena practicando la violencia. Ni verbal, ni física. De modo que no me quedó más elección que esperar pacientemente a que se le pasara la rabieta, y de una vez por todas, dejara de lado esa tortura pacífica que estaba practicando tan eficientemente en mí.

—En este momento, no hay diferencia. Por tu culpa me quedé sin cita para el viernes.

«Es una lástima», pensé. Prácticamente podía oír como encajan los engranajes de algún plan que de seguro no me iba a gustar.

—Además, soy nuevo en la escuela y necesito que alguien me enseñe.

«No me digas», dudaba que fuera difícil para él conseguir un reemplazo para su novia o ex novia.

—Supongo que no nos quedan más opciones. Tendrás que ser mi novia.

«¡¿WTF?! ¿Qué infiernos había dicho?»

Me quedé viéndolo sin entender nada. Corrijo, sin querer entender nada. Esto era

tan irreal, a decir verdad, era una completa locura. Pasaron varios segundos antes de que pudiera reaccionar. Claro, si por reaccionar se entiende abrir y cerrar la boca un par de veces sin conseguir decir palabra alguna.

Como era de esperarse él enarcó una ceja todavía sin lucir molesto, pero me dio la impresión de que estaba cerca de cabrearse.

—Entonces —titubeé, sentía la lengua pesada—, ¿Qué decías?

—Oíste perfecto.

—No, no pude haber oído perfecto, porque lo que escuché fue una estupidez. En serio. De seguro que tantas bofetadas te hicieron daño.

—Estoy seguro que sí, porque tu amiga, la que disgustó a su peluquero, me dio bastante duro.

Mordí la cara interna de mi mejilla para no reír, pero no lo logré. Sabía que hacerlo me convertía en una pésima amiga, pero no podía evitarlo. Él tenía razón. El look de Yania apestaba. No era fea, al contrario, sus genes rusos la hacían mucho más hermosa que el promedio de las chicas del colegio. Sin embargo, el último tinte de cabello que había elegido era espantoso.

—Sé serio.

—Lo soy. Mira, tú me metiste en esto, ¿no puede ser tan malo o sí?

Si existía algún modo menos romántico de pedir una cita, me gustaría haberlo escuchado. Quién sabe, tal vez existían records de falta de tacto o algo así. Aunque, estaba demasiado avergonzada y arrepentida para traer más ruina a la vida del pobre chico nuevo. Y sí, también me sentía un poco atraída hacia él— siendo sincera— más que nada por su aspecto.

Ya les dije que en ese entonces era superficial.

Pero alguien se encargó de cambiar esa característica de mi personalidad... Y no fue bonito.

Vida humana

Existía más de una razón por la que no le presentaba mis novios a mamá. No era que saliera con muchos chicos, en realidad Lucas era el primero. Sino que en mi familia, existían serios problemas de confianza, mamá casi nunca se encontraba en casa y por último y más importante, ella era el tipo de mujer que hacía que los tipos de cualquier edad voltearían a verla.

Sin duda, mamá jamás prestaría algún tipo de atención especial a alguno de mis novios. Existen códigos que ni siquiera ella sería capaz de romper. De cualquier manera, no era bonito saber que el chico con quien sales estaba en casa solo para mirar a tu madre, y la cuestión es que yo quería que eso—lo que sea que eso fuera—funcionara.

Llevábamos dos meses y medio de relación, y esta vez era en serio; y para mi sorpresa, estar con Lucas no había resultado ser el infierno que temía. En realidad era todo lo contrario.

Ahora bien, la primera vez que nos besamos se sintió rara. Su boca era suave, húmeda y por alguna extraña razón me recordó a la textura de los pollos. No los que traen plumas, sino los que venden crudos en los supermercados. Supongo que el hecho de haber sido el primer beso, influyó en que lo sintiera así.

Novata.

Pero la práctica hace al maestro y la etapa de los besos con textura a pollo muerto había pasado. Así mismo, lo que comenzó como una mentira había dado lugar a una relación bastante prometedora.

Yo le gustaba. Y cuando no me lo recordaba con sus palabras, lo demostraba con su cuerpo. Lucas parecía ignorar una indiscutible realidad: yo era diferente al resto de nuestros compañeros de clases y era bastante difícil no darse cuenta del cómo los demás me miraban con desdén, o sonreían burlescamente. O quizá Lucas sí se percataba del bullying silencioso del que era víctima, pero lo disimulaba muy bien.

Me gustaba esa parte de él. A su lado no era el bicho raro, ni tampoco una octava maravilla del mundo. Con él me sentía yo, y eso estaba bien, porque no había más que eso: Yo.

Como Yania se empeñaba en decir: no era fea. Claramente jamás sería Miss Universo, ni tampoco saldría en el anuario escolar como una de las más bellas. Pero no estaba mal. La única razón por la que me encontraban rara, debido a un grupo de idiotas que me descubrieron en una de las premieres de Henry Ploter, un par de años atrás. Y... bueno, no hubiese sido tan grave si en esos momentos no estuviera haciendo un cosplay de maga. De todos modos, aquello era cosa del pasado. Aunque no podía negar que, aunque improvisé mi disfraz con una túnica y una varita cualquiera, lograba un efecto bastante realista en mi caracterización.

De cualquier manera, las personas en general, eran bastante hipócritas con el tema del fanatismo. Quiero decir, si vas por la calle y ves a un chico con una camiseta

negra de letras amarillas que dicen: Nirvana. ¡Ya! Él es cool, porque sabemos que Kurt Cobain es prácticamente una leyenda, pero intenta usar una que diga: Mago en Entrenamiento o Muérdeme.

Sí. Lo sé. Muy mala idea.

—¡Llegué! Hola... —avisé, sabiendo que nadie contestaría. No tenía el poder para ver el futuro, en realidad el único poder que tenía era el de ahorrar dinero para invertirlo en literatura. Sin embargo, en ocasiones la esperanza es todo lo que tienes y no me parecía malo desear que por alguna vez mamá estuviera esperándome en casa y me preguntara “¿Qué tal estuvo tu día?”.

Cada vez que cerraba la puerta tras de mí, no podía evitar mirar hacia la escalera a mi derecha. Siempre imaginaba a mamá bajando para saludar. Era un acto absurdo, pero tan mecánico como inevitable.

Suspiré por mera costumbre.

—Bien, iré a comer —con el correr del tiempo había desarrollado la habilidad o mejor dicho, la necesidad de hablar sola. No es que fuera esquizofrénica, créanme en algún momento de verdad me lo planteé, a veces me preguntaba si valía la pena mantener conversaciones en voz alta. No es que esperara una respuesta o algo así. Una cosa era hablar sola y otra muy distinta era oír voces en tu cabeza. No había llegado a ese punto... aún. En fin, la casa era grande, la sentía tan vacía y fría, que me provocaba escalofríos.

A falta de mascotas, no me quedaban muchas opciones. De hecho tenía un hermano mayor, Rodrigo; de veintitrés años, estudiante de ingeniería en sonido, creyente acérrimo de que algún día formaría su propia banda, yo no le veía futuro en eso. Más que nada porque se lo pasaba todo el día encerrado en su cuarto jugando World of Warcraft. Era un total idiota procrastinador.

Freí unos huevos y calenté en el microondas los restos de arroz que habían sobrado del día anterior. Horas más tarde, casi entrada la noche, había escuchado a Rodrigo salir. Siempre lo hacía. Con mamá fuera de la casa la mayor parte del tiempo, no teníamos límites, salvo los que nosotros mismos nos autoimponíamos. Al final, había cerrado mis ojos y me había dedicado a contar ovejas. Estaba agotada emocionalmente, incluso para leer.

Con el correr de los días, me vi obligada a tomar una decisión que había roto mi corazón: mantendría la, eh... relación con Lucas en secreto.

Ya había notado que la gente nos miraba mucho cuando estábamos juntos y no quería eso para él. Exponerlo al rechazo del resto era un acto egoísta.

Por mucho que odiara los discursos de mi padre, desde pequeña me habían enseñado a no herir, al menos no intencionalmente. Y Lucas era carne fresca para los coyotes. No solo había llegado a mitad de semestre en su último año de colegio, sino que también salía con la rara de la clase.

Como sea. Independientemente de si se adaptaba fácil o no, exhibirlo me parecía malo, un acto inhumano; no sé si un sacrificio social, porque esas cosas me traían sin

cuidado. Aun así, le había pedido que mantuviéramos lo nuestro en secreto.

¿Y la verdad? me hirió la rapidez con la que había aceptado el trato.

Sin embargo, fuera de todo pensamiento paranoico, Lucas era genial en muchas formas. Incluso diferente a los demás, sobre todo cuando estábamos solos. El modo en que me besaba y tocaba. Rayos, eso hacía que me olvidara de todo.

El poco tiempo que le robábamos a nuestras horas de sueño para estar juntos nunca era suficiente. Lo más difícil era afrontar cada día sabiendo que solo lo tendría para mí cuando las horas hábiles pasaran

—Tienes que estar bromeando —escupió Yania con irritación cuando le conté la verdad sobre Lucas y yo. Entendiendo por verdad el admitir que me había inventado un novio y luego confesar que apenas dos meses atrás habíamos comenzado a salir de verdad, solo para añadir después que actualmente estábamos llevando nuestra relación en secreto. María José Ellery, mi otra mejor amiga, había sido mucho más comprensiva, probablemente porque a ella no le menté en primer lugar.

En el fondo, preferiría no habérselo admitido, nunca. Pero lo hice más que nada, porque Yania le estaba tomando una aversión insana a mi novio, ya que aún cargaba en su mente la imagen de mi Lucas besando a la rubia natural. Sin embargo, qué otra cosa podía hacer, Yania era así... tenía esta fascinación por hacer notar los errores o defectos de los demás. Hábito que la imposibilitaba para la autocrítica y la reflexión de sus propios problemas.

Quizá de esa manera ocultaba sus inseguridades. Sin embargo, al verla con ese color chicle o púrpura deslavado con el que se tiñó el cabello, y además, llevarlo cortado como un plumero, destruía cualquier teoría sobre su fisiología psicológica, porque ¡por favor! hay que estar bastante segura de uno mismo para salir así a la calle.

—Necesitas ayuda profesional —había dicho ella para dar el tema por cerrado. Continuaba enojada, pero lo superaría. Estaba segura de eso.

Como sea, todo marchaba bien y ya no me preocupaba seguir ocultando la verdad con mentiras. Eso que dicen sobre la verdad que te hace libre, parecía ser cierto.

A su vez, Lucas y yo congeniábamos perfectos. Resultó ser que él era un excelente amante. Bien, esto último no era exactamente cierto, pero era lo que Lucas pensaba, y no quería mancillar su orgullo con una verdad tan fea. Lo mismo ocurría con la versión oficial que manejaban mis amigas, una verdad a medias. Les había dicho que él besaba bien. Para Yania, María José y también mi familia, yo seguía siendo virgen, y seguiría siéndolo hasta el matrimonio. Admitámoslo, es lo que todos los padres quieren oír...

En realidad solo nos habíamos acostado una vez. ¿La ocasión? Celebrar el segundo mes de relación. Ninguno tenía experiencia en esa área y el poco tiempo que había durado nuestra primera vez no fue grato para ninguno de los dos: sus movimientos fueron torpes, apresurados y bruscos. Sudaba y temblaba un montón...

Ni hablemos de mí.

Y dada la pésima experiencia, no tuve muchas ganas de volver a intentarlo. No durante lo que quedaba del mes, al menos. Desde entonces no habíamos sacado el tema a colación.

Ya estábamos a veintiocho de Septiembre. Cinco días, cuatro horas y nueve minutos habían pasado desde que habíamos quedado en juntarnos en el cine para ver una película de terror. Di un vistazo a mi ropa, para asegurarme de que no me había puesto zapatos de juegos distintos al salir corriendo de casa.

Incliné mi cabeza, traía mis converse habituales y el resto, pues, no había mucho que mirar. Estaba nerviosa así que opté por vestir con ropa cómoda: jeans negros y un sweater gris. Estábamos en pleno invierno, lo que en Valdivia significaba que llovería a cántaros, así que me había arriesgado a traer mi preciosa bufanda de mago.

El cine estaba repleto, una fila de sobre veinte personas bordeaba la cafetería ubicada a un lado de la insignificante cinta que separaba las salas de cine de la boletería.

Ansias locas barrieron con mi estabilidad al observar la hora en mi reloj: seis con cinco. Acordamos que sería a las seis con treinta, pero comencé a prepararme a las cuatro de la tarde. Los nervios pueden hacer que rompas cosas o derrames el café sobre la ropa, así que preferí hacer todo con anticipación y la anticipación me llevó hasta el cine media hora antes.

«Genial, esto era simplemente genial».

Cuando por fin lo vi llegar, no pude evitarlo y terminé tragándome el nudo con tamaño de bola de tenis que se había formado en mi garganta. Era eso o colgarme a su cuello.

Lucas traía puestos unos vaqueros oscuros, casi negros y una camiseta gris remangada hasta los codos. Un paraguas negro colgaba de su brazo. Mi primer pensamiento fue que se veía absolutamente comestible, el segundo fue que vestíamos del mismo color.

Mi corazón brincó y me asusté. Habían pasado dos meses desde que habíamos iniciamos nuestra relación-penitencia. Él prefería lo primero y últimamente, también yo. ¿Qué puedo decir? Mi expiación era jodidamente placentera. O solía serlo.

Además, aunque Lucas mostraba señas de disfrutar lo nuestro, seguía sin querer darle nombre, o tal vez él asumía que éramos "algo" y era yo quién se estaba rebanando los sesos intentando entenderlo.

—Llegas temprano —dijo desviando su vista de mi rostro al móvil que descansaba en su palma.

Pestañeé, un gesto horrible que se repetía un montón cuando estaba nerviosa. No era como pestañear rápido, sino todo lo contrario como si mis parpados se pegaran o les diera un maldito calambre. En resumidas cuentas, yo pestañeaba jodidamente lento. Y Lucas lo notó.

—También tú —repuse, antes que él dijera algo relacionado con mi nerviosismo. Después de todo, había estado dando vistazos a mi móvil cada cinco minutos, eran las seis con quince. Él no había llegado lo que se diría tarde, la película iniciaba un cuarto para las siete y acordamos llegar quince minutos antes de que empezara.

—Culpable —me sonrió, ladeando su rostro levemente mientras arqueaba una ceja sugestivamente—. Quería verte, no solo hoy, sino toda la semana.

Me sentía igual, pero luego recordé lo distante que había estado en la semana.

—No es lo que me pareció.

La sonrisa de su boca desapareció y sus labios adquirieron un rictus serio.

—No es fácil hablar con “alguien”, cuando ese “alguien” se pasa la mitad del día huyendo de ti.

—¡No huía!

—Claro que no —se había cruzado de brazos mientras me veía serio—. Solo te sientas al otro lado del comedor. Muy maduro, señorita.

—Oye, cálmate un poco. Que te sientes en la mesa de esos tarados no me lo pone fácil.

—¿Tarados?

—Disculpa, me expresé mal. Son solo tipos que hablan de perseguir una pelota, mientras un par de rubias teñidas asienten como si entendieran. ¿Cómo podrían serlo?

—Bueno son parte del equipo de fútbol de la escuela. No puedes referirte así de ellas solo por tener buen gusto. Espera un momento ¿Estás celosa?

Atónita, me tragué una maldición. Esta vez, ni siquiera pestañeé con dificultad, porque ya no quedaba nerviosismo en mí, solo rabia.

—¿Eso piensas de mí?

Los ojos de él se desviaron a mi derecha, seguí su mirada, un grupo importante de personas se había formado a mi espalda, mayormente mujeres, probablemente esperando la función.

Lucas tomó mi mano entre las suyas y me arrastró hasta las escaleras junto al baño de damas. Era la primera vez que lo hacía en público y era una lástima que fuera en esta situación,

Qué absurdo que ese simple contacto se sintiera tan íntimo después de todo lo que habíamos compartido.

—Esto de llevarme a sitios oscuros se te da bien —bromeé, intentando quitarle la tensión al momento, pero en cuanto las palabras salieron disparadas de mi boca, supe que había sido un error garrafal.

La cara de Lucas lo decía todo.

—Al parecer no.

Sabía lo que quería decir con eso, se refería a nuestra última vez juntos.

Al sexo.

Me miró triste y avergonzado. Lucía como un niño pequeño que se ha perdido en el supermercado. Maldición, ¿Cómo diablos lo hacía? Otro mohín de esos y no me

haría responsable de mis actos.

Ahí de pie con su pecho subiendo y bajando con algo parecido al miedo, supe que lo podía perder. Más bien... Que no lo podría retener. No me pregunten cómo, solo lo sabía.

Era como tener la certeza de que en realidad nada te pertenece. Nada es completamente tuyo. Ni mis padres, ni mis amigas, ni siquiera él. Me rebelé contra ese pensamiento y me aferré a la esperanza.

—Lucas... —Quería excusarme. Quería decirle algo que se oyera lógico, razonable, cualquier cosa que lo hiciera permanecer a mi lado. Sin embargo, no conseguí terminar, porque...

—¡Gracias al cielo! —, de repente tenía sus manos asidas a mi cabeza y su boca obstruyendo la mía.

¡Tan de película! El beso empezó rudo, como siempre. Tal vez un poco torpe pero después de que el nerviosismo se diluyera, el gesto se tornó más enternecedor. Era un gesto más sincero y menos impulsivo.

—Miki, perdóname —volvió a besarme—. He sido un idiota —otro beso—. No debí presionarte. ¡Maldición!, no debí apurar las cosas.

Su boca descendió hasta rozar mi mandíbula.

—Fui un estúpido. Estábamos tan bien.

—Lucas —su lengua realmente era capaz de provocarme escalofríos.

—¡Lucas, mírame! —pero él seguía besándome. Atacar mis labios era una mejor alternativa, a la opción de enfrentar mis ojos.

Tomé su cara entre mis manos, mis dedos punzando en su mandíbula y lo forcé a mirarme.

—Estamos bien ¿Me oyes? Nada ha cambiado —añadí con determinación. Podría apostar a que no me creyó. Sin embargo, fue bastante bueno en disfrazarlo, ya que me regaló una sonrisa cargada de alivio y besó mi frente.

—Vas a desear pasar conmigo esta noche — dijo minutos más tarde con sus labios besando mi oído en medio de susurros, mientras nos instalábamos en las butacas del cine. Por fortuna, nuestra pequeña discusión había sido más breve de lo que pensé. Supongo que decir que algunos minutos se hacen eternos es una exageración, pero de que se hacen largos, se hacen largos.

—Sucio —bromeé, observando el título de la película en la pantalla.

Ocaso.

—¿Yo? Pero si no he dicho nada.

—¿Qué hay sobre “querer pasar la noche contigo”?

—Muy bien, ahora quién es la mal pensada. Yo me refería a la película. Esteban me advirtió que era bastante explícita, por eso imaginé que desearías tener compañía esta noche.

—Sí, claro.

—De hecho, él usó la palabra “Gore”.

Le di un codazo justo cuando un par de chicas en el cine comenzaba a gritar, pese a que la pantalla continuaba con el título en ella. Bueno eso y un montón de pinos tras las letras que rezumaban misterio.

Le di una mirada rápida. El muy canalla estaba partido de la risa.

Vale, puede que tuviera razón. Si con solo ver el nombre de la película gritaban de ese modo, no quería ni imaginar el resto.

Aferré mis manos a su brazo y lo escuché suspirar complacido.

—Juro que no te vas a arrepentir — me advirtió con un deje de satisfacción. Y tenía razón. Yo no lo había hecho. El único arrepentido fue él.

Supongo que en ese momento, debería haber sabido que las cosas no acabarían bien, pero no lo intuí. Estaba demasiado absorta observando la película y claro, también al protagonista: Edgard Clutter.

Y así fue como Stephanie Moyer arruinó mi vida.

Una semana después de ver Ocaso, Lucas me regaló el libro. Al día siguiente ya lo había terminado y gracias a mi personalidad saga-adictiva, había llamado a Yania para que me prestara Luna Llena, la segunda parte de la saga. Esa misma noche lo terminé y, aunque era noche de colegio, a las 4:00 am conversaba con mis dos amigas por Skype sobre las teorías del tercer libro que aún no tenía nombre.

Decir que me había gustado el libro era quedarse corta. Había sido como una de esas revelaciones místicas, como ver la luz —o como diría Enrique Iglesias— una experiencia religiosa.

Ese mismo fin de semana organizamos una pijamada para conversar sobre Ocaso, pero terminó con Yania y María José actuando como la inquisición. Se me había ocurrido la maravillosa idea de actualizarlas sobre Lucas y yo. Ambas estaban de acuerdo en que debía exigirle que le diéramos un nombre a “eso” que teníamos. Yania, por un lado, insistía en que Lucas prácticamente me había forzado a tener sexo, lo cual es una completa estupidez. Puede que no haya estado lista, pero no me había forzado. Por otro lado, yo también quería darle un sustantivo apropiado a lo nuestro y dejar de llamarlo “eso”.

Para el final de la noche habíamos acordado que:

Habían 65 diferencias entre el libro y la película de Ocaso, y aunque Robert Paterson era muy guapo, no era Edgard Clutter.

No puedes hacerte la *manicure* antes de irte a dormir, se arruinará irremediabilmente.

La fiesta de alianzas del liceo era la ocasión para definir mi relación con Lucas.

Lamentablemente, en la vida uno propone y ella dispone... Y ese día nada sucedió como lo habíamos dispuesto.

Ruptura

Lucas no aceptó mi sugerencia, en realidad ni siquiera tuvo que escucharla, estaba demasiado ocupado en un taller de preuniversitario ¡Un sábado! En lugar de eso, me sorprendió llamándome esa misma tarde para darme la noticia de que corría el riesgo de repetir de curso. Había llegado a mitad de semestre y no había logrado ponerse al día. Incluso si pasaba todas las materias con calificaciones suficientes, no le convenía llegar a dar la PSU tan mal preparado. Entre todas esas cosas la única que realmente me importó fue que si repetía, significaba que no podría ir a la fiesta. Todos lo sabían. Hasta parecía estar haciéndolo intencionalmente.

Debería haberme preocupado más de su futuro que de una fiesta, pero en lugar de eso, y gracias a las estúpidas hormonas, no pude contener mi lengua viperina y le dije un par de cosas que no se merecía. Como que... la gente normal se tardaba diez minutos, no tres segundos. Lo que terminó con Lucas llamándome entre otras cosas como friki de los vampiros y conmigo respondiéndole que se fuera a la mierda. Después de estampar el teléfono contra la pared y ahogar un chillido en la almohada ya no pude contener más las lágrimas. Yo era fuerte y para mi llorar no significaba ser débil, solo me hacía humana; una muy adolescente humana. No era tristeza, no.

Mientras me sonaba con la punta de mi almohada, traté de convencerme de que lloraba por rabia en lugar de dolor, pero cuando intenté repetírmelo por tercera vez, me di cuenta que estaba mintiendo y no tenía sentido.

Cerré los ojos sopesando los pros y los contras de quedarme autoflagelándome en mi habitación. Mamá no estaba ¡qué novedad! y Rodrigo, estaba demasiado ocupado dando todo de sí en World of Warcraft, como para interesarse en mis problemas emocionales. No es que eso fuera algo nuevo. Al cabo que ni le pensaba contar.

Me levanté de la cama, donde había estado revolcándome en tristeza desde que corté la llamada, y me paré frente al espejo.

—No vale la pena —le dije a la mujer del espejo, arrastrando la voz hasta que el matiz ronco se volvió casi inaudible ¿Se podía ser más Emo?

Negué, ésta no era yo. A mí no me iban estas cosas. Joder, ni siquiera quería ir a la estúpida fiesta, la verdad es que estaba enojada porque había depositado demasiadas esperanzas en él, cuando terminó siendo igual que el resto de los idiotas de la escuela.

Miré la seda y gaza que colgaba del espejo. Quité la tela blanca tan rápido como pude, sin llegar a mancharlo o estropearlo, después de todo, era demasiado costoso para comprarlo. Lo había arrendado y ahora estaba muy agradecida de haber sido sensata al momento de tomar esa decisión. Gastar la mesada de un año en algo tan superficial como un maldito vestido estaba más allá de mis peores actos fresas.

Admitía que después de ver la película había corrido a leer los libros y que tenía una especie de enamoramiento con el protagonista, lo que había dado paso a que en vez de la friki de los magos ahora me llamaran la friki de los vampiros. Pero no

esperaba que Lucas también lo hiciera. Es increíblemente doloroso que aquella persona en la que has puesto toda tu confianza y cariño, piense igual que los demás idiotas de la escuela y te hiera de esa forma.

Tomé mi libro de Ocaso, la botella de Vodka que Rodrigo pensaba escondida bajo el cojín de su sofá favorito del living y me encerré en el baño de mi habitación. Había muchas formas de superar la desazón ¿Qué mejor que un príncipe y una pócima mágica?

Cinco semanas después de mi quiebre con Lucas, y gracias a Ocaso, comprendí que sobreviviría.

Al principio me costó, no por el dolor —porque dolía—, sino porque a diferencia de mí, Lucas no había dado por acabada nuestra relación y cuando se lo expliqué, él terminó conmigo ¡Increíble!

Su argumento para haberme llamado friki de los vampiros fue que estaba cansado de oírme hablar sobre vampiros y magos, pero se olvidó mencionar que había conocido a cierto vampiro gracias a él, y bueno, él debió adivinar que algo así pasaría. Por Dios, si me conoció cuando estaba loca por los magos. He sido fan de Henry Ploter desde que tengo once años, son cinco años de relación ¡Nadie puede competir contra eso! De todos modos, no era una razón de peso, desde mi punto de vista, para acabar algo que en primer lugar nunca fue real.

Bueno, real sí, puede que le hubiera dado mi primer beso y un montón de otras primeras veces, pero yo también lo había sido para él. Entonces ¿Por qué tenía que arruinarlo todo actuando como un idiota?

Podía perdonarle lo de la fiesta, porque él tenía razones que estaban fuera de su control. Sin embargo no podía perdonarle que me ridiculizara, y mucho menos cuando comenzó a hacerlo frente a todos.

Fue una suerte para Lucas que lo nuestro fuera secreto. Nadie, a excepción de mis amigas, se sorprendió cuando él también comenzó a llamarme La friki de los vampiros públicamente. Aunque nunca mencionó que quién le había dado su primera vez, fue esta friki. Eso se lo reservó para su historial de citas para el olvido.

Al final seguí el ejemplo de mis amigas. Dije adiós a los hombres y me concentré en pasar el tiempo con quién lo valía: mis libros y mi computadora, en ese orden. Lo sé, dicho así suena de lo más nerd o alternativo, pero yo no usaba lentes ni vestía de negro al estilo gótico... en ese entonces.

Sonreí pensando en esto último, justo cuando Yania salía con un comentario de lo más acertado.

—Lo prefiero en el libro, al menos así su peinado no me hace pensar en Elvis Presley.

—Yania tiene razón —concedió María José entre risas, o para ser exacta, intentando hablar sin morir por asfixia. La pobre estaba tan roja que temí fuera a ahogarse mientras se carcajeaba.

Acercó el poster de Robert Paterson hasta la cámara de su laptop para que yo

podiera verlo a través de la pantalla de la mía. En serio, las video llamadas eran lo mejor desde el descubrimiento de la rueda, gracias a Skype el rostro inmaculado de ese hombre se veía con un zoom impresionante. Tuve que inhalar profundo para apaciguar mi respiración, siempre me pasaba cuando lo tenía tan cerca.

—La tiene —admití con pesar y la risa de mis amigas brotó tan fuerte que los parlantes de mi computadora chirriaron.

—Pero, tampoco está tan mal en la película —añadió María José, quitando consistencia a su punto anterior—. Es decir... He visto peores.

—Mujer, él podría vestirse de chica y seguiría excitándome.

—Lo sabemos —bufó Yania y otra vez comenzaron a reír, mientras yo les enviaba un emoticón que imitaba una cara babosa.

—¡MICA AAA! —El grito fue tan alto, que estoy segura hasta mis amigas lo oyeron a través de la pantalla. ¡Qué desagradable! Mamá tenía la mala costumbre de gritar cuando estaba en casa, como si necesitara llenar las horas que no estaba a punta de gritos.

—¡Ya voy! —respondí, rodando los ojos cuando ella gritó que no tenía por qué alzarle la voz, que mejor bajara y le respondiera en tono normal.

Apunté la webcam de mi computador hacia mi cama y corrí hasta ella. En la pared del cabezal se encontraba un poster de Robert Paterson tamaño real. Lo había ganado en un concurso de la página oficial de Ocaso Chile. Durante todo el mes de Octubre, me había dedicado a leer y releer los libros de la saga de Moyer. Repetíamos las películas en cada pijamada que celebrábamos mis amigas y yo, puede que tuvieran razón, sí, me obsesionaba fácil. Primero fue Henry Ploter, cuando nos dejó papá, ahora Ocaso, porque me había abandonado Lucas, pero lo prefería, lo prefería mil veces, al menos sabía que los personajes de mis libros siempre estarán ahí para mí. Sin importar lo que pasara. ¿Qué importaba si existían o no en la vida real? En mi cabeza y mi corazón, eran verdaderos, lo que yo sentía era verdadero.

Volviendo al poster, lo besé en la boca, duro y profundo, justo como a él y a mí nos gustaba. Cuando el sabor a papel impregnó mis labios, imaginé que algo así se sentiría al besar granito, la piel de un vampiro.

—¡Enferma! —escuché que gritaban por el altoparlante, les hice una reverencia y luego cerré sesión, no sin antes prometer que tardaría máximo treinta minutos.

Estaba loca, pero loquita por él ¿Y qué? Los hombres reales no valían la pena. Moyer, J.L. Smithen y Harrison, me habían dejado inservible para cualquier relación futura. Después de todo ¿Quién podría superar a un vampiro?

En cuanto llegué a la cocina me arrepentí, no me habían llamado para lavar los platos, sino algo mucho peor. ¿Y dónde estaba mi hermano cuando se le necesitaba? Lejos, para variar. Típico de Rodrigo, dejarme el trabajo sucio.

Le regalé a mi mamá una clara mirada de molestia y me encaminé hacia la salida con mis manos ocupadas con bolsas de basura. ¿No lo había dicho ya? Mi suerte era un asco.

El camino hacia los contenedores de basura era corto, no más de quince metros, pero tenía un problema, el sitio era increíblemente oscuro. El poste que solía alumbrar esa esquina se había quemado hace una semana, y el Departamento de Aseo y Ornato del municipio seguía sin hacerse notar.

Por otra parte, las bolsas en mis manos apestabán y no exageraba cuando dije que tenía mala suerte. La última vez que mamá me había enviado a tirar la basura, me encontré con todo el equipo de fútbol de la escuela, Lucas incluido y pese a que ya habían pasado varias semanas desde que se había terminado nuestra no relación, mentiría si dijera que no me había sentido como la mierda.

Quizás si hubiera estado peinada, cosa que no sucedió, porque nadie se peina para cargar desperdicios; a lo mejor con mi mejor tenida, lo que tampoco pasó ya que usaba mis pantalones de chándal y unas pantuflas.

Ni siquiera con mi mejor minifalda hubiera conseguido pasar por alto el hecho de que las bolsas goteaban un líquido oscuro, manchando mis pies. En serio, ellos vieron todo eso, y se quedaron lo suficiente para presenciar cómo la bolsa más grande se abría y la basura caía esparciéndose sobre mis piernas.

Obviamente, la tierra no me tragó.

Esta vez, nerviosa, observé el perímetro asegurándome de que no hubiera nadie y solté el aire que había estado conteniendo cuando comprobé que estaba sola. Sin embargo, la bolsa de nuevo goteaba. Con precaución, me alcé en puntillas, intentando alcanzar el contenedor y ¡Desde luego!, maldiciendo a mí hermano en la única lengua que conocía, mientras intentaba esquivar las gotas de porquería que se escurrían del nylon. Bastaba con hacer un mal movimiento para que la mierda cayese sobre mi pelo, mi cuello y también mi ropa vieja, que seguía siendo ropa y no me apetecía arruinarla.

Rodrigo era mucho más alto que yo, además de idiota, creo que esto último lo repito mucho, pero siendo una característica importante de su personalidad, no puedo simplemente omitirlo. A él no le hubiera costado nada hacer esta cotidiana y agradable tarea.

En un arranque de inspiración salté con fuerza, y empujé la bolsa hacia el contenedor como si se tratase de una bola básquetbol. Lógicamente, no encesté. Eso hubiera sido demasiada fortuna, pero, como nadie me vio, lo tomé como un buen augurio, ojos que no ven, cerebro que no piensa o algo parecido. No obstante, alguien gritó, probablemente alguna anciana que a falta de distracción en la TV se dedicaba a fisgonear a los vecinos.

Como dije, no tengo mucha suerte, pero sí puedo identificar las señales, y el grito de la anciana, claramente anunciaba “problemas”, así que más me valía salir huyendo de ahí. No es que me fueran a pasar una multa o algo así, pero era bastante seguro que me obligarían a limpiar el lio que había dejado con las bolsas de basura, y dado que ya se habían rasgado no había manera posible de que yo pudiera salir limpia de esa tarea.

Lo curioso fue que el grito terminó casi al momento de iniciarse. Me sorprendió que no viniera nadie a reprocharme, tal vez porque había corrido demasiado rápido, o simplemente se trataba de otra cosa.

—Mierda —gemí, cuando algo se clavó en mi pie. Me apoyé contra la pared del edificio donde se ubicaban los contenedores y lo desnudé, no sin antes observar con rabia mis pantuflas infantiles.

Eran de conejo, cómodas, pero no lo suficiente seguras para cuidar la planta de mis pies. Observé con asco el pequeño vidrio incrustado en mi piel y podría apostar a que dolió incluso más después de verlo.

—¿Todo bien? —alguien preguntó y pude sentir la sangre bombeando en mis oídos. Ya me había extrañado que ningún chico del equipo se me hubiera cruzado hoy. Pero, claro, eso es lo que tienes cuando vives a quince minutos de la escuela.

Tuve este extraño presentimiento, similar a cuando eres pequeña y has hecho algo realmente malo, como regresar a casa sin el cambio de alguna compra cuando tus papás te advirtieron que no lo hicieras o darle la comida que no te gusta al perro. Ese sentimiento de hormigueo en el estómago, como nervios pero peor... Mi abdomen quemó y mordí mi labio, quería evitar que el dolor en mi pie mostrara en mi rostro alguna mueca ni menos que se reflejara mi nerviosismo.

«Que no sea Lucas. Que no sea Lucas. Por favor buen Dios, no permitas que sea Lucas».

Ni siquiera era católica, pero dada las circunstancias, no estaba de más intentar ser escuchada.

—Creo —admití, expulsando el aire casi colapsado en mi garganta, entretanto intentaba esconder las pantuflas de conejito en medio del pasto, pero lo mantenían tan corto, que solo podía apostar a que la oscuridad sirviera como algún medio de camuflaje.

—Bonitos zapatos...

Vale, mi camuflaje era una mierda.

—Es lo que hay —escupí molesta, ya segura de que no era Lucas, reconocería su voz en cualquier parte y esta no era la de él, se trataba de un timbre mucho más grave, más... Sacudí mi cabeza «Concéntrate Mica»—, aunque podría hacer unos mejores con tu cara, si no te importa.

Iba a continuar, mientras secaba mis palmas en los bordes de mi pantalón, pero entonces vi su rostro y las ganas de hacer pantuflas con la piel del extraño se redujeron a menos que cero. Ni toda la oscuridad del mundo hubiera sido capaz de ocultar ese semblante. Mi corazón se disparó y en ese momento quedé sin habla, seca: mi paladar, mi lengua, como si las glándulas salivales hubieran dejado de funcionar.

Abrí y cerré mis labios un montón de veces, pero era incapaz de hablar y esto fue incluso más terrible a la vez en que fui a ver Ocaso por segunda vez ya no en compañía de Lucas, sino de mis amigas. En aquella ocasión quedé afónica durante

días de tanto gritar “Te amo”, en la escena donde Edgard entraba en la cafetería del instituto.

Llámenme loca, llámenme enferma, pero apostaría mi colección de Fanfiction impresos bajo la cama y mi copia de Ocaso firmada, a que tenía frente a mí un vampiro.

—De-ninguna-maldita-manera. No lo puedo creer... —pensé en voz baja.

Apostaría incluso el libro uno, y ese me había regalado Lucas. De todos modos, ni siquiera sabía porque aún lo tenía. Ah, verdad, me había cambiado la vida.

—Tampoco yo, ¿Cómo sales de tu casa, a media noche con semejante facha?

Ignoré el comentario, porque en serio, lo que estaba sucediendo superaba con creces el efecto de la marihuana, conste, la había probado solo una vez. ¿Me estaría encantando?

Probablemente, de seguro en estos momentos me estaba leyendo la mente, o mejor aún, hipnotizándome para luego llevarme a su mansión y convertirme en su amante eterna.

—No lo sé —me encogí de hombros, parpadeando más de la cuenta al fijar mi atención en sus ojos, hacer eso había sido una pésima idea, una muy, muy mala. Tanto así que me gustó.

Evité comenzar a echarme aire con las manos, no quería parecer desequilibrada mental, pero en serio, nadie podía tener una mirada así. Excepto los góticos, pero se notaba a un kilómetro de distancia cuando usaban lentillas y estas... Joder, esta era la mirada de un demonio, corrección, los ojos de un demonio en el rostro de un ángel.

El color gris, nunca fue tan puro ni aterrador. A ratos parecía que su pupila se tornaba alargada, como la de un gato, pero luego volvía a su habitual esfera y era ahí cuando yo comenzaba a cuestionar mi cordura. Lo único que captaba casi tanto mi atención como sus ojos, era el arete gris de su oreja izquierda. Por ley general, no me gustaban los hombres con perforaciones, pero estaba dispuesta a hacer una excepción porque todo en conjunto lucía digno de ser retratado.

Mierda, era sexy.

—Está... bien —dudó él, posiblemente porque acababa de notar el diseño de mi camiseta. No me malinterpreten, no salí a botar la basura en pijama, usaba un pantalón deportivo de chándal y una camiseta común y corriente negra. ¡Ah!, con un par de pequeñitos colmillos estampados en la zona del busto.

Lo juro, apenas se notaban... Lo que nuevamente probaba que estaba en presencia de un vampiro.

—Como quieras —finiquitó él con expresión aburrida, antes de dar media vuelta y caminar en dirección contraria.

Era plenamente consciente de que muchos podrían pensar que yo era una lunática acosadora de hombres, pero en serio, esto era muy fuerte. Había visto hombres hermosos, muchos, incluido Lucas y jamás me despertó la libido como el desconocido que escapaba de mí en estos instantes.

—¡Espera! —le llamé, antes de pensar y sobre todo, antes de ponerme la pantufla y cojear en su dirección.

El sujeto se detuvo y giró hacia mí, pero su expresión había dejado de ser preocupada, ahora que lo pienso, dudo que en algún momento lo fuera.

—¿Necesitas algo? —supe cuánto le costaba decir eso, por supuesto, debía intuir que lo había atrapado. Es que, él no tenía forma de saber que yo tenía un don natural para distinguir vampiros, no es que los hubiera visto antes. Es decir, hay que ser realista ¿vale? Estas cosas no suceden todo el tiempo, y sí, puede que actuase como una loca, pero solo porque se trataba de un hecho único en la historia de, no lo sé, la humanidad o algo así.

Ahora que lo pensaba, yo era una especie de Cristóbal Colón de los fans de vampiros.

El vampiro en cuestión, curvó la boca, como si le hiciera gracia algo. ¡Ajá!

Obviamente, había leído ese último pensamiento.

«Ya sabes amigo, hay más de donde vino eso», le envié un mensaje mental, junté mis cejas, concentrándome mucho.

Él no dijo nada, así que descarté los mensajes mentales por el momento y me limité a continuar la conversación. Uh ¿Qué me había preguntado?

Hice memoria. Ah, sí, sobre si yo necesitaba algo.

—Sí —admití y como que me empecé a sentir incómoda, algo tenía que ver en ello su mandíbula tensa—, si no te importa, me gustaría —«¡un mordisco!»—... hacerte una pregunta.

Crucé los brazos sobre mi pecho porque además de incomodidad ahora sentía frío. Caray, qué sería lo siguiente ¿Convulsiones?

—¿Siempre vas por la calle haciéndole preguntas a desconocidos?

Cerré los ojos, evitando así que los suyos me distrajeran. Él no se veía nada feliz y lo último que quería era causarle una mala impresión, pero algunas cosas no se pueden evitar.

—Pero, si fuiste tú quien se acercó a mí.

—¿Qué esperabas? Diste un grito que podría dejar sordo a cualquiera, luego te vi y estabas prácticamente en pijamas. No es cómo si pudiera seguir de largo.

—Ya —no usaba pijamas, pero en lugar de corregirle intenté ser amable. Ya sabes, para causar una buena impresión—, gracias por eso.

—No hay de qué.

Estaba listo para irse. ¡Otra vez!, y en serio, esa actitud ya empezaba a molestarme. Para un inmortal ¿Qué tanto podrían significar dos minutos de su tiempo?

Fue por eso que lo agarré del brazo y el frío material de su chaqueta me erizó la piel. Había estado tan impresionada por la anatomía perfecta que dibujaba su rostro que se me pasó por alto su impecable vestimenta.

El tipo traía unos jeans oscuros tan ajustados como podrían estarlo sin que llegase

a lucir afeminado. Lo asombroso del asunto es que tenía el equipo adecuado para llenarlo, sus muslos se marcaban tensos bajo la mezclilla y en la zona posterior no había necesidad de usar billeteras ni algún otro tipo de relleno para emular traste.

El área de su pecho era un asunto aparte, lo miré con descaro degustando el impecable cuero azabache de su cazadora. Chaqueta que no cualquiera podría llevar o llenar adecuadamente. Vestirse así, sencillamente debería ser considerado un acto ilegal. Muchas mujeres podrían perder la vida u ofrecerla en bandeja a cambio de una mirada. Tan solo una mirada de sus ojos claros bastaría para derretir a cualquiera.

A mí por ejemplo. Y así fue que las palabras más absurdas salieron de mi boca. No las pensé, supongo que eso me excusaba.

—No tienes que fingir conmigo, sé lo que eres.

Juro que no quería decir eso, pero no se me ocurrió algo mejor. El vampiro me miró por sobre su hombro y frunció el ceño cuando notó mi mano sobre su brazo, la quité de inmediato y él se giró completamente hacia mí.

A continuación hizo tres cosas. Primero lució desconcertado, luego molesto y finalmente... bueno, comenzó a reírse y no fue en absoluto un gesto alegre.

—Ve a dormir mocosa... No son horas para que andes por ahí, hablando con extraños y menos soñando despierta.

Abrí mis ojos, sin poder creerlo, intentando captar el sentido de sus palabras. ¿Hablar con extraños?

Por favor. La estación de Policía estaba al frente de mi casa, desde aquí podía verla, no corría peligro.

—Piensas que estoy loca... —El tipo clavó su vista en el cielo y negó, por supuesto, nunca pensé que esto fuera algo fácil—. No lo estoy —agregué al notar que mi pregunta anterior había sonado más como una certeza.

—Yo no he dicho nada —puntualizó, mostrándome sus palmas en señal de inocencia.

—Pero lo pensaste —le recordé cruzándome de brazos. Ahora de verdad estaba cabreada. En cada novela de ficción que leía, el vampiro siempre niega lo que es, cuando es obvio que es un inmortal.

¡Demonios!

Casi me estalló el corazón cuando enarcó una de sus cejas, sus ojos platinados me escrutaron de arriba hacia abajo... Eran vacíos y duros. La mirada de quien todo quiere y nada da, una expresión muerta.

Nunca me sentí tan insignificante como ahora, ni siquiera con Lucas, pero no importaba. Podía apostar a que nunca antes nadie vivió algo así.

—¿Ahora lees mentes?

Ignoré su comentario. Insultaba mi inteligencia.

—¡Pero tu boca es roja!

—También la tuya y eso no te convierte en vampiro ¿O sí?

—Gracioso... La mía no gotea sangre —quizá debería haber comenzado por ese

punto.

—Vale, eso tiene solución.

Se pasó la mano por su labio, observando con indiferencia sus dedos ahora teñidos de carmín.

“Qué descuido”, creí oírle decir, pero también pude haber oído mal, por lo tanto insistí.

—¿Descuido? Conque andas de caza, ¡lo sabía!

—¡Qué diablos! Solo me mordí la boca. ¿Contenta?

—Ni un poquito.

Él hizo esta cosa típica de los héroes de novela rosa, ni se diga de vampiros, el caso es que volteó los ojos con aire aburrido y comenzó a dar pisadas en la dirección opuesta de donde se había encaminado antes que yo impidiera su huida. En otras palabras, había cambiado de opinión ¿por qué sería? Obviamente porque lo había descubierto.

Como era de esperarse, volví a seguirlo. No podía esperar por encontrar un lugar solitario y arrastrarlo hacia ahí, pese a que por términos de peso y tamaño, era más probable que fuera a la inversa. Es que en serio, llevaba meses fantaseando con la idea de conocer a Ian Somerhot o Robert Paterson, pero esto era aún mejor.

Se detuvo de forma abrupta y choqué contra su espalda. Sobé mi nariz mientras esperaba que me explicara qué pasaba.

—Maldición —eso decía bastante—. ¿Es que piensas seguirme toda la noche?

Entonces era mi culpa... Como se trataba de un ser de otro mundo, decidí ser sincera, le debía eso.

—Algo así...

El vampiro abrió sus ojos alarmado, en serio, era bueno fingiendo terror. Casi me hacía sentir como si yo fuera una asechadora y él la víctima horrorizada.

—¿No se preocuparán tus padres?

Respiré profundo y conté hasta diez, no dejaría que me afectara su pregunta.

—No

Su boca se curvó, solo un poco, pero alcancé a ver el atisbo de una sonrisa, o creí hacerlo. Mierda, probablemente había leído mi mente y sabía lo difícil que era conseguir la atención de mamá.

—Es peligroso vagar sola a estas horas.

—¿Qué puede ser peor que un vampiro?

—Te sorprenderías.

—¿Lo ves? No lo has negado.

Bufó, pero nuevamente, no negó mis dichos y esto comenzaba a gustarme, ¿quién lo hubiera dicho? nos estábamos entendiendo.

Aproveché su esporádico arranque de simpatía para darle otra mirada. Y ahí estaban otra vez esos jeans oscuros y su chaqueta ajustada, de esas que se adhieren al cuerpo de los chicos marcando a la perfección la anchura de su espalda y lo angosto

de sus caderas.

¡Era exquisito!

Literalmente, no digamos hermoso, sino sexy de un modo brutal. Era tan bello que podía hacer que cualquier chica comenzara a desvestirse con un solo parpadeo. ¿Era yo una de esas?...

—¿Hola?

No había terminado el pensamiento, cuando él ya había desaparecido y ni siquiera le tomó un guiño.

Lo sabía. Un vampiro.

Durante la noche me fue imposible dormir. Después de esa demostración de invisibilidad por parte del vampiro o 'chispazo' como me gustaba llamarlo, corrí a toda velocidad hasta mi casa y puse pestillo a mi puerta. Busqué mi agenda y procuré ser exacta a la hora de anotar los detalles de lo sucedido esa noche; tenía que ser precavida ya que, según había leído, era muy probable que el vampiro decidiera borrar mi memoria mientras dormía... o algo peor.

Cuando se trataba de vampiros no se podía confiar en nadie, ni siquiera en ti misma, los pensamientos humanos son algo jodidamente complicado. Quiero decir, no es que sea sicóloga o algo así, pero bastaba con ver como las personas perdían la cabeza cuando los mordía uno de esos o peor aún ¡Cuándo probaban su sangre!

Había encontrado en internet, artículos que contaban que existían casos en los que algunos humanos se volvían adictos. Yo en cambio, era diferente, menos fanática, o tal vez, no. Ya, puede que fantaseara un poquito con ser convertida, pero solo debido a que mi mamá era demasiado guapa y quería ser más hermosa que ella, de esa manera descontaría una molestia menos a la lista de cosas de mi vida, que los demás encontraban de lo más fantástico para generar burlas.

Además, no es que tuviera problemas de autoestima, nada que ver. Me quería enterita, toda yo me encontraba hermosa. Solo era un tema de oportunidades, si estaba en mis manos convertirme en un ser superior, pues ¿Por qué desaprovecharlo?

Por eso mismo, de ahora en adelante tenía que anotar todo. Eso sí, no puede resistirme a dejar la ventana abierta, con riesgo de que cierto vampiro me borrara la mente o no, valía la pena aventurarse.

De regreso al mundo real

Intentaba ignorar el bullicio del resto de los estudiantes en la cafetería, así que me dediqué a observar atentamente los zapatos de Yania, quien tenía la bandeja del almuerzo en una mano y su móvil en la otra. Hablaba en susurros, como si no quisiera que yo me enterara, algo absurdo dado que no existían secretos entre nosotras, a excepción de mi encuentro con un vampiro.

Al final, cortó, arrastró una de las sillas y se sentó a mi lado. Yo continué observando su calzado: usaba unos botines negros y tenían un montón de orificios para el cordón, catorce para ser exacta.

—¿Qué tienes? —preguntó, depositando la bandeja en la mesa, con una mezcla verde de anda-tú-a-saber-qué y otro poco de WTF en el plato.

Le mostré mi bandeja y esperé a que hablara, yo sabía que su pregunta perseguía llamar mi atención en lugar de averiguar qué contenía mi plato.

—Arroz con carne al jugo —se respondió ella misma—, no está mal. Entonces ¿por qué parece que fueras a vomitar?

—Eso es lo que sucede cuando uno mira tu almuerzo. En serio, no me termino de creer que te hayas vuelto vegetariana.

—Tres meses y contando.

—Ajá.

A diferencia del resto de la clase, Yania traía su propia comida, la preparaba en casa y se ahorrraba una cantidad sustanciosa de dinero. Podrías pensar que ella vivía mejor. Error. Sus batidos energéticos era horribles, con suerte olían a comida de perro y no lo decía solo yo, sino María José, la más buena de nosotras.

María José era todo amor, paciencia y bondad. A veces me preguntaba qué diablos hacía pasando tiempo en compañía nuestra.

—Paren ya de pelear, parecen niñas de primaria —dijo ésta, sentándose en nuestra mesa.

Ella era el punto de unión entre las tres, traía la calma cuando la tormenta se negaba a retroceder, nos conocíamos hace solo dos años, cuando María José se transfirió en segundo medio, pero la confianza que habíamos desarrollado parecía existir desde siempre.

Sonreí.

—Sí mamá —dijimos Yania y yo a coro, María José rodó sus ojos y volvió su atención a la comida. Carne y arroz, igual que yo.

—Cualquiera podría pensar que esto sabe bien—susurró observando la mazamorra que figuraba en su menú, idéntico al mío.

—Si no fuera porque Rita encontró una araña en su plato, sí, definitivamente lo pensaría.

—¿No les parece curioso? No conozco una sola persona que hable bien de los almuerzos en su escuela. Si el Estado invierte tanto dinero en los establecimientos,

mínimo deberían darnos una alimentación de calidad.

Esta vez fue nuestro turno de rodar los ojos. Lo que María José tenía de bondad, se le debía sumar su sentido social y éste le sobraba. La pobre creía que las movilizaciones estudiantiles cambiarían el actual sistema educativo y que la suma de cada buena acción podría cambiar, no solo a una sociedad determinada, sino al mundo entero.

Oh, dulce e ingenua María José.

—Sí, de lo más curioso. Oye Mica, mira quién va ahí.

Me tensé de inmediato cuando escuché su risa a lo lejos.

Esa es la parte fea de querer a alguien, o haber querido, puedes reconocer su voz en una sala repleta de personas charlando, detectas su perfume en el lugar que sea y cuando eso sucede, el aroma activa tu memoria emotiva y comienzas a extrañar todos esos momentos junto a él. Cuando lo ves salir de clases antes que tú, te pegas como una mosca a la ventana, rompiendo toda conexión con lo que, en ese momento está enseñando la maestra; y cuando sucede a la inversa, te quedas hasta tarde solo para verlo caminar en dirección al autobús, para verlo irse, irse lejos de ti.

—No lo sé, veré si tengo tiempo —creí oírlo decir mientras pasaba junto a mí. Desde mi ubicación tenía una vista privilegiada de él. Quiero decir, Lucas siempre almorzaba a solo dos mesas de distancia, así que no perdí detalle de cuando se detuvo a medio camino e inclinó su rostro para que Rita Márquez lo besara en la mejilla. Sabía cómo se sentía besarle ahí, un poco áspero por la barba que se asomaba después de días sin afeitarse y también conocía de memoria la forma en que olía.

Fresco y cálido, una rica combinación entre bosque y agua marina.

—Oh-Oh. Al parecer alguien tiene una cita —ironizó Yania.

Le di a mi amiga una mirada de vete al infierno, mientras intentaba no ponerme a llorar.

—Díselo a quién le importe.

Por un momento temí que Lucas hubiera oído nuestra plática ya que por el rabillo del ojo noté que se había detenido, pero el momento pasó y continuó caminando con Rita Márquez pisando sus talones. Qué considerada, como si el pobre Lucas no pudiera avanzar sin la necesidad de un guardaespaldas.

La había preferido por sobre mí en el baile, no me extrañaría que la eligiera para un montón de cosas más.

—Entonces, Mica. ¿Hay algo que tengas que decirnos?

Fruncí el ceño, confundida y evaluando mis opciones. Era imposible que ellas se refirieran a lo del vampiro. No tenían cómo saber.

Opté por la negación.

—¿Algo como por ejemplo?

—No lo sé —volvió al ataque—. Pero, debe haber una razón para que tengas esa cara de haber visto un milagro y dudo que el culpable sea Lucas.

Puse mi mejor cara de sorpresa.

—Ya, para de actuar. Conociste a alguien. No está mal.

Eso viniendo de Yania se traduciría como ¿Por qué no me constante apenas lo conociste?! De ninguna manera les iba a mencionar que me crucé con un vampiro. Además ¿Qué sacaba con decirles? Mínimo, me tomarían por loca. No gracias. No había forma de que me creyeran.

—No he conocido a nadie —mentí, pero una vez que vi sus caras de incredulidad añadí—. Sin embargo, creo que el asunto del innombrable ya está superado.

Los ojos de María José se abrieron asombrados, parecía feliz por mí.

—¿En serio? —preguntaron al unísono.

Asentí.

—Bien, esa sí que es una razón para celebrar —Yania estaba aplaudiendo como una niña pequeña—, siempre y cuando sea verdad —añadió esto último con sus ojos taladrándome. Lo malo de Yania era que el noventa por ciento de las veces no estábamos de acuerdo en nada, pero de un modo u otro, ella siempre terminaba teniendo la razón y yo solamente acataba. Una de dos, o ella era muy inteligente o yo demasiado estúpida y manipulable.

Automáticamente, mi mente regresó al vampiro que conocí la noche anterior. Estuve tentada a cerrar los ojos para enfrentarme al recuerdo de sus ojos plateados, pero eso hubiera levantado demasiadas sospechas. No vas por ahí meditando en horarios de colación.

Me levanté de la silla.

—Nos vemos en inglés, tengo que ir al baño.

Lo primero era verdad, por lo que mi actitud fue nada sospechosa. Ambas asintieron sin decir nada, a pesar de que no había tocado ni un grano de arroz de mi plato.

En lugar del baño, tomé un desvío al salón de música. La banda del colegio se había disuelto el verano pasado, de modo que actualmente solo usábamos el cuarto para evitar clases.

—¿Dónde estás? —le pregunté a la nada, apoyando mi cadera contra la cola del piano. Lo sé, era un intento absurdo. No es que el tipo de anoche se fuera a aparecer de pronto y responder a mis preguntas, pero estaba desesperada.

¿Cuándo lo vería de nuevo? Peor aún. ¿Volvería a verlo?

Me concentré en el extraño con todas mis fuerzas, cerré los ojos y visualicé su rostro en mi mente. Tal vez si lo llamaba de forma telepática aparecería. Quizás él había sido mi destino desde un principio y Lucas no era más que un pasatiempo de transición hacia mi verdadera alma gemela.

Comencé a trazar líneas sobre el polvo que se había acumulado sobre la cubierta de las teclas y antes de ser consciente de los movimientos de mi mano, me di cuenta que estaba escribiendo mi respuesta:

«Lucas...»

Conociendo al vampiro

A primera hora del día sábado me dirigí hacia la Cafetería de Nori. El paradero obligatorio si eres joven y vives en mi ciudad. Todas las paredes estaban barnizadas y vigas de madera entrecruzaban el techo. No era como Starbucks (no habían en Valdivia), pero hacían unos cafés deliciosos, sin mencionar que el precio era mucho más adecuado a mi situación.

—Hola, Mica —me saludó en cuanto entré. Nori era bajita, gordita y cachetona, muy simpática. Su rostro aniñado podría hacerla pasar por una estudiante, a pesar de que bordeaba los treinta—. ¿Qué vas a pedir hoy?

—Lo de siempre.

—Entonces será lo de siempre —acordó y me guiñó el ojo.

En realidad, la cafetería no era suya sino de su padre, le habían cambiado el nombre al local cuando ella nació, ya que antes tenía el nombre de su abuelo, un hombre cuyo apellido, la verdad, nunca aprendí a pronunciar.

Una vez que me tendió el cambio, avancé hacia la mesa que siempre ocupaba y esperé. Era la más alejada de las ventanas, al fondo del local. No me gustaba que la gente que transitaba por la calle se me quedara viendo al pasar. ¿Hay algo menos interesante que alguien tomándose un café?

—Ten —ofreció Nori, dejando el café helado sobre la mesa. No era tan sofisticado como un Capuchino o un Moka, pero para mí era el cielo.

—Gracias. Eres un sol — ella puso sus oscuros ojos en blanco y acomodó unos panqueques junto a mi copa—. ¡Sabes que lo eres! —le insistí, pero ella ya estaba lejos.

Me encantaba venir acá, era el único lugar donde no me sentía la desadaptada que todos decían que era.

Los fines de semana, se llenaba de grupos alternativos, especialmente otakus. No tenía nada contra ellos, pero prefería venir más temprano. Había ocasiones donde eran demasiado efusivos y terminaban bailando en los pasillos.

Así que, aquí estaba yo, bebiendo mi rico batido y tratando de digerir un gran trozo de panqueque cuando lo vi pasar.

Al otro lado del ventanal, con un chaleco gris y una gorra de béisbol negra, estaba mi vampiro.

Pasó tan rápido que apenas lo vi.

—¡Nori, vuelvo enseguida! —grité con la boca llena de panqueque a medio digerir, mientras salía volando de la cafetería.

En aquel momento, me sentía eufórica, esperanzada, completamente loca. Luego caí en cuenta y observé el cielo: un monstruoso sol se cernía en medio de él. Nada de nubes y, por supuesto, nada de noche. Hasta ahí duro mi esperanza.

Qué estúpido. Era imposible que fuera mi vampiro. Todo el mundo sabe que los vampiros reales no caminan bajo el sol, salvo los de Ocaso, esos caminan a la luz del

día, pero brillan. El tipo que yo había visto pasar a través del cristal no brillaba. Pero estaba, casi segura de haberlo visto.
«¿Dónde te metiste?»

Unos minutos más tarde y ya resignada a no encontrar ni una sola pista de él, me dispuse a caminar todo el trayecto de vuelta hacia la cafetería.

Qué bajón. Estaba segura que era él, con o sin sol.

Mi vampiro de bajo perfil seguía sin querer mostrarse. No entendía por qué continuaba en ese plan ¿Sería este algún tipo de juego mental? «Me ves. Ahora no me ves»

Lo dudaba, y de ser así, esperaba que alguien le dijera que era pésimo escogiendo pasatiempos. No tenía gracia. Mientras que caminaba por la vereda aproveché de meditar mi situación actual. Quiero decir, ya habían pasado un par de meses desde que Lucas y yo habíamos terminado.

Era extraño pensar tanto en alguien que apenas conocía. Decidí que por lo menos debía ponerle un nombre, algo con personalidad, original. Algo como Edgard o Ramon Salvador... En eso estaba, cuando de repente, al otro lado de la calle divisé una silueta oscura. Una sombra que el Sol se negaba a dejarme identificar. Puse una mano en mi frente, protegiendo mis ojos de la luz, únicamente para encontrarme con que en lugar de un vampiro se trataba de un maniquí que estaban introduciendo en una de las boutiques.

Para cuando llegué a la cafetería, me sentía ridícula, frustrada y hambrienta.

¡Había estado tan cerca!

—Lo siento —me excusé cuando pasé por la caja en dirección a mi mesa. Nori me sonrió tendiéndome una bandeja con mi café helado. Supe de inmediato que lo había reemplazado por uno recién preparado y que los panqueques habían sido recalentados.

Esa última visión aligeró mi humor.

—No te preocupes —dijo—. ¡Ah! Eso sí, tendrás que usar otra mesa, la tuya fue ocupada.

Fruncí el ceño y asentí recibiendo la bandeja, ya que mi estómago comenzaba a protestar.

Nada me salía bien. Mi vampiro no era vampiro y ahora mi mesa estaba ocupada. A nadie le gustaba esa mesa. Nori decía medio en broma que la había cargado con mi energía negativa. Pero la verdad era que estaba demasiado escondida del resto. En un *restaurant* más formal la gente podría querer privacidad, pero en una cafetería como la de Nori todo el mundo quería estar cerca de la barra de postres.

Avancé hacia donde solía sentarme con la intención de ubicarme en la segunda mesa más alejada. No sería lo mismo, pero era mejor que nada.

Estaba arrastrando la silla, para sentarme en ella cuando lo vi. Era él ¡Era él! El vampiro de la noche anterior. Su mandíbula imposiblemente definida y esa presencia

arrogante, me habían acosado todo el santo día, definitivamente era él.

¡Era él!

—¿Tú? —solté con más rudeza de la que hubiera deseado. Mi idea era sonar indiferente y ¿por qué no? También algo indignada. Sin embargo, mi intento se fue a la basura ya que terminé tambaleándome al maniobrar la copa llena de café helado y crema en una mano y mis panqueques en la otra. Diablos, por poco y los perdía, pero mi reacción ante la sorpresa fue suficiente estímulo como para derramar lo que sea que tuviese a un radio de cinco mesas. Claro, suponiendo que me desmayara y rodara por el piso.

Muy lentamente mi vampiro alzó el rostro. Lo primero que busqué fueron sus ojos, bajo su gorra. Pero los llevaba cubiertos con unas gafas oscuras. Asumí que las usaba con el fin de ocultar el anómalo gris-blanquecino de sus ojos.

—¿Me estás siguiendo? —dijimos ambos a la vez.

—¿Qué? —exploté.

—Esto es mucha coincidencia.

De hecho, él tenía razón. ¿Qué probabilidades había de que justo entrara a esta cafetería y se sentara precisamente en mi mesa?

—¿Cómo me encontraste? —Esta vez, su voz fue como una hoja de afeitar en mi piel. Se me tensaron los músculos—. No sé cómo lo hiciste, pero no te conviene seguirme.

Mentiroso, estaba segura de que él había ocasionado este encuentro adrede.

—¿Seguirte? —en cuanto dije eso, el perfecto arco de su ceja se alzó en una muda pregunta.

—No necesitas ponerte paranoico. Toma mi mesa, no la necesito.

—No me digas... —repuso, dejando el tazón que mantenía en sus manos sobre la mesa—, ¿Te refieres a esta? —Señaló con su índice la superficie de madera, la habían barnizado lo justo y lo necesario, para que no perdiera su estilo rústico—. ¿En serio es tuya?

Sacudí mi cabeza.

—Solo la tomé como mía porque a nadie le gusta. Así que todos los sábados, ese es mi lugar, aunque también vengo los miércoles para meditar y estar tranquila ¿sabes?, a veces una solo necesita un sorbo de café en el lugar adecuado para pensar sobre... —noté que él me miraba con una ceja arqueada, tragué nerviosa—, uhm cosas.

—Hablas mucho, ¿te lo han dicho?

—Me dicen un montón de cosas, como por ejemplo, “No soy vampiro. Sin embargo me luzco y actúo como uno.”

—Vaya, además de parlanchina, graciosa.

—No te ves como si te causara gracia.

—Contractura de la musculatura facial. Nada grave.

—¿En serio?

—Ajá, tensión, estrés, defecto de nacimiento, llámalo como quieras.

Asentí lentamente, intentando lucir convencida, la situación era tan inconcebible. Él estaba hablando de estrés. Tenía a un vampiro hablándome de estrés...

En nombre de Dios ¿De qué diablos hablaba? ¿Qué defecto podría ser tan perfecto? ¿Qué estrés?

Mientras pensaba en una respuesta lo suficientemente sagaz que le dejara bastante claro lo que pensaba de sus dichos, que era básicamente ¡Jódete!, él se estiró en la silla, como probándome su punto, o más bien, lo irracional de éste. Todo el ancho de su espalda reposando en el respaldo.

«Dios bendito».

Quedé boquiabierta ante la imagen de él pasando los brazos por su pecho y luego cruzándolos entre sí, estirando la tela de su sweater.

No, no me quedé viendo. Lo que hice fue comerlo con la mirada.

—uhm, ¿Todo bien?

Asentí con la vista fija en los músculos que se marcaban en su pecho bajo la prenda gris de cachemir. Vestido así no parecía vampiro.

—Pareces satisfecha, como si hubieras comido mucho y necesitaras de una siesta para reposar.

No lo estaba. Lo que hacía era babear mentalmente...

Alcé mi vista hacia su rostro, su boca se ladeaba en una curva perspicaz y podría apostar a que tras el cristal, sus ojos también sonreían.

Estúpido vampiro pedante. Sí, me lo había comido con los ojos, pero tampoco era para tanto y ciertamente, no necesitaba de una siesta para reponerme, ni que fuera Edgard Clutter.

—Nada que ver. Oye y ¿De qué nacimiento estaríamos hablando? ¿Antes o después de que te volvieras un chupasangre?

—Baja la voz.

—¿Por qué? —Deliberadamente hablé más fuerte—, después de todo no eres un vampiro —abrí demasiado la boca para decir esa última palabra—. ¿Por qué te preocupas?

—Para empezar, quien te oyera podría tomarte por loca. Si quieres otra razón, comienzo a pensar que eres tú la que provoca todo mi estrés. Me incomodas.

—Dime algo que no sepa.

Sus ojos repasaron mi cuerpo de forma fugaz, como si no hubiera mucho que mirar.

—No luces nada vampiresa el día de hoy.

—No soy gótica —sentí la necesidad de aclarar.

—Yo podría discrepar —murmuró, mientras dirigía el tazón hacia su boca. Sentí este impulso loco por hacer algo audaz y acabé sentada en su mesa. Por supuesto, llevé mi batido y mis panqueques conmigo, de hecho, lo primero que hice una vez que me senté, fue llevarme un trozo de panqueque a la boca para calmarme, ya que

había empezado a ponerme nerviosa.

Hombre, sabían exquisitos.

—Si lo dices por la camiseta de la otra noche, olvídale. Eran unos colmillos pequeñitos, a penas y se veían—balbuceé con la boca llena de panqueques.

—Si quieres pensar eso...

Tomé otro trozo de panqueque, más que nada porque tener la boca llena era un buen medio para evitar decir idioteces.

—Pareces estarlo disfrutando.

Me atoré mientras notaba, demasiado tarde, que no le había quitado la mirada de encima en todo este tiempo. En mi defensa tenía que decir que el tipo estaba buenísimo, en la escala del uno al diez le daba un once.

—¿Cómo?

—Los panqueques, haces estos sonidos tipo gato...

Solté el aire.

—Exacto, justo así. Ronroneas como gata en celo.

De ningún modo yo había ronroneado. Imposible. Y si lo hice, cosa que no pasó, fue porque la masa de verdad estaba exquisita.

—Es que son buenísimos. A veces pienso que Nori les pone alguna clase de droga, qué se yo, heroína o algo de ese tipo, porque te vuelves adicta.

—¿Te molestaría? —preguntó, enderezándose otra vez en la silla y señalando mi plato con su largo y blanco dedo.

Sentí escalofríos. Luego negué.

Él tomó mi tenedor en sus manos y lo enzarzó en un trocito de masa que aún goteaba manjar. Entonces me di cuenta que cuando yo volviera a ocupar el cubierto, éste habría estado en su boca. Por todo lo sagrado, eso era bastante parecido a un beso (y de paso una muestra de ADN vampírico).

Un segundo, dos, el tiempo se detuvo mientras lo observaba masticar «Inhala-exhala», me repetí cual mantra. Estoy segura de que vista desde afuera, daba pena, risa, incluso rabia, por mi forma ridícula de actuar. Pero oye, nadie ha vivido antes algo así. Tener frente a ti al objeto de tus fantasías, añádele a eso que compartan un tenedor.

Sí, lo sé. No es tan fácil juzgar ahora ¿Verdad?

—Tienes razón, no está mal.

Con un gesto rápido y elegante tomó una de las servilletas que descansaba sobre la mesa y limpió los bordes de su boca. En ese preciso momento caí en cuenta de una obviedad: él había comido. Se suponía que los vampiros no comían.

—Sabes, me divertí bastante —me daba igual. Lo único que quería era que dejara el maldito cubierto ahí. Estaba tan cerca de alcanzar el tenedor, de probarlo, digo, de probar mi teoría. Entonces abrió la boca, interrumpiendo mis fantasías.

—Lástima que tenga que marcharme.

El señor tengo prisa, dejó su puesto con una gracia que solo había visto en

vampiros de la televisión y algunos modelos (también de la televisión).

Entonces, justo cuando pensé que lo iba a perder para siempre se quedó viendo mi plato con una expresión sarcástica.

—Te pediré otro panqueque —guiñó su ojo y yo me quedé ahí, estática. Lo miraba como una idiota y tampoco actuaba mucho mejor.

Me di cuenta, una vez que Nori llegó con la nueva orden de panqueques, que él se había llevado el tenedor consigo.

Daba igual, ya tenía una idea más o menos formada de a que me enfrentaba. Empezando por el hecho de que los vampiros sí existían, siempre lo había sospechado, pero tú sabes, se necesita más que intuición para comprobar que algo es real. Se necesitan evidencias y eso era algo con lo que no contaba. Por ahora.

Luego, estaba el hecho de que el vampiro en cuestión creía que me tragaría su “yo no soy lo que tú crees”, aunque siempre hay cosas peores como “no soy bueno para ti” o anda tú a saber qué otra cosa.

Esa tarde llegué a casa saltando en un pie de la alegría, obviamente fiel a la costumbre que había desarrollado en las últimas veinticuatro horas: revisar y escribir los sucesos del día. Solo una breve reseña, nada muy elaborado. Me salté las partes donde salí a buscarlo por los alrededores de la cafetería y me concentré en él lamiendo mi tenedor (por el ADN de vampiro, evidentemente).

No fui consciente de lo concentrada que estaba escribiendo hasta que me oí suspirar.

De repente, la puerta de mi cuarto se abrió interrumpiendo mis cavilaciones y cortando mi suspiro a mitad de camino.

—Mica, te buscan abajo —ordenó mi madre con voz golpeada para luego desaparecer por donde entró.

Mamá nunca se tomaba la molestia de golpear la puerta, no es que yo estuviera haciendo algo malo, pero en ocasiones necesitas privacidad, como por ejemplo cuando te estás desvistiendo, que no era el caso, pero debería tener más consideración, sobre todo cuando tiene un novio que bien podría ser el tuyo dando vueltas por la casa.

—De inmediato —respondí con tono sarcástico, ya que en realidad le estaba hablando a la pared. Mamá se fue tan rápido que ni tiempo me dio para asentir. Escondí mi bitácora dentro de la funda de un cojín mientras pensaba seriamente en conseguir otra agenda, solo por si algo le pasaba a ésta.

Cuando llegué a la cocina me esperaban ella y su novio, bueno. No sé si me esperaban. Estaban un tanto ocupados mirándose con expresión hambrienta y simulando que no lo hacían.

No es que yo supiera mucho del tema, pero con Lucas nunca fuimos tan expresivos.

Vale, lo habíamos hecho un par de veces, y con eso quiero decir realmente un par, o sea dos. Nada demasiado memorable, y me lo pasé la mayor parte del tiempo

pensando en otra cosa.

De modo que, no sé mucho del tema. Además, mamá es demasiado diferente a mí, tanto en lo emocional como en lo físico. Donde ella es blanco yo soy negro, donde ella es luz yo soy tinieblas. Su cabello es castaño claro, el mío negro. Sus ojos verdes, los míos no pasan de pardos.

Ella es radiante, yo soy... Diferente. Como siempre digo, diferente no está mal, es mejor ser única, que una copia del resto.

—Cof-cof—supuse que toser sería un mejor ejercicio, pero se me secó la garganta y tuve que improvisar. Mamá giró su rostro hacia mí, lucía molesta y juro que no tengo idea del porqué.

—¿Qué quieres?

Richard ni siquiera se giró, continuó mirando a mamá, no lo culpaba. Ella era bastante guapa.

De niña solían decirme que padecía el mal de la lagartija: “mejor la madre que la hija”, pero ya lo superé y ella es despampanante, tiene esta cintura que no sé cómo se consigue, pero ella la tiene y le sienta divino.

Mi tez es clara, la de ella de un tono canela, lo peor de todo son sus ojos, los tiene tan verdes como mi hermano. El caso es, mamá es hermosa y no puedo culparla por querer rehacer su vida con quien considere necesario. Así que, cuando se me queda viendo con expresión ofuscada, como está haciendo justo ahora, me trago la rabia que siento, que es bastante porque fue ella quién me llamó ¡Es el colmo que se moleste!

Esperé en silencio a que añadiera algo más, pero no dijo nada.

—¿Mamá?

—¿Qué quieres? — O-K. Doblemente raro.

—Tú me llamaste ¿Recuerdas?

Juntó sus cejas formando una arruga en su frente.

—¿Yo?

—Ajá.

Sacudió la cabeza, negando.

—No he llamado a nadie.

La tentación de soltar un par de palabrotas se estaba haciendo mayor, pensé en algo positivo, pensé en María José, en lo tolerante que era, ¿Qué haría ella en mi lugar?

—Subiste a mi cuarto y me pediste que bajara a la cocina —expliqué—. Dijiste que alguien me buscaba.

—Micaela, ni siquiera han tocado a la puerta.

Desvié mi vista al reloj de la pared, era una de las pocas cosas que quedaban de papá y se distinguía un montón, más que nada porque desentonaba terriblemente con el resto de la cocina; nuestra pared tenía un mural con diseños florales de un aburrido ocre y ese reloj azul con rojo era la única mancha de felicidad en casa.

—Son las seis con diez, ya tengo hambre.

Ella abrió sus ojos con sorpresa, pero a continuación se encogió de hombros.

—Bien, si quieres saca un yogur del refrigerador, Rick y yo, saldremos hoy.

Rick es el diminutivo de Richard, no estoy segura de su edad, debía tener más de veinticinco. Como era de esperarse, él asintió confiado, como si hubieran planeado esa salida desde siempre y no fuera una estúpida excusa de mamá para evitar quedarse en casa.

Esta vez sí suspiré. Demonios, sí que lo hice, tenía mucho aire acumulado en mis pulmones.

—Bien, como sea. Ah, y gracias por el yogur, no tenías que haberte molestado.

Llegué a mi habitación con el cuerpo hirviendo de rabia, solo para encontrarme con que mi agenda no estaba donde la había dejado; revisé mi cama, el interior del cojín, bajo el catre, cada cosa, dos veces y nada, la maldita agenda había desaparecido.

Cosas como estas no deberían sorprenderme cuando tenía un vampiro al acecho. No pude evitar sonreír ante tan tonta afirmación. Sobre todo porque era yo quien se encontraba atenta ante cualquier visión del mismo. Había leído un montón de novelas rosa y sabía que siempre es el príncipe quién le roba el diario a la doncella; o el vampiro, la agenda.

De forma automática di un vistazo en ciento ochenta grados a mi habitación, a la espera que hiciera su aparición. Luego, me giré hacia la ventana y ¡Maldición! Estaba abierta.

Corrí hasta el marco de ésta, mis puños blancos aferrándose a la madera.

—¿Se puede ser más predecible?

Cerré el pestillo y a través del cristal, distinguí una enorme sombra moviéndose entre los arbustos. Era él, mi vampiro, el exquisito imbécil de la cafetería, el mismo que se negó a dejarme el tenedor.

“El tiempo es oro”, cita la frase, así que aprovechando que mi hermano llegaba tarde de la Universidad me escabullí por la puerta lateral de su habitación, así no me encontraría con mamá y corrí hacia el patio, hacia esa sombra, hacia donde sea que él estuviera. Sin embargo, cuando llegué al jardín, no había un solo rastro de él.

De repente, la idea de estar actuando como la friki de los vampiros cobró fuerza y ya no resultaba tan lejano a lo real, ni molesto. Tal vez no estaba loca, pero ciertamente estaba actuando como una. Ese último pensamiento me hizo enojar.

Sabía lo que había visto: una sombra moviéndose entre mis arbustos, y era demasiado grande para tratarse de un gato, tampoco pude haber sido un ladrón, Valdivia era una ciudad tranquila y mi casa estaba frente a la estación de Policías, ningún ladrón sería tan idiota para intentar robar en mi casa. Esto solo daba más fuerza a mi teoría. Era él, el vampiro. No solo me había intentado engañar cuando sacaba la basura, también se había llevado el tenedor y luego, como si necesitara más motivos para sospechar de él, ¡había robado mi agenda!

—Te gustan estas cosas, ¿Verdad? —comencé a hablar al aire, no grité, mamá

seguía en casa, pero quién quiera que se escondiera en los arbustos de mi patio oiría. La situación era tan absurda. Hasta yo lo reconocía—. Jugar a las escondidas... ir por ahí, robando agendas de vírgenes inocentes. Seguro te excita. Apuesto que te pone a mil observar mientras te buscan. Admito que ha sido una sorpresa, no te pensaba voyerist... —sentí un golpecito en la parte baja de mi nuca, un tacto gélido y suave. Un terrible escalofrió recorrió mi cuerpo.

Doble-mierda.

La sorpresa hizo que me mordiera la lengua. Estaba tan nerviosa, que lo único que atiné a hacer fue pestañear. Ah y tragar saliva por montones. Hombre, estaba aquí, el vampiro, estaba justo a mi espalda.

—¿Vírgenes? —usó tal tono de burla que, indignada, giré para enfrentarlo.

Por fin estaríamos cara a cara.

Aunque no era del todo cierto, él era demasiado alto, comprobé en cuanto lo tuve frente a mí. Con mi uno sesenta y cinco ni siquiera le llegaba al pecho. Sin embargo, él solucionó eso inclinando su rostro demasiado cerca de mi cara. Mierda, mierda, mierda.

¿Podía alguien morir de tanta emoción?

—Vamos, Mica —me instó y ¡Dios! No era creyente, pero seguro que me volvía religiosa después de esto. Era un ángel, maldita sea, debía serlo. Nadie debería tener una voz así de... ¿Espiritualmente seductora? ¿Ardientemente encantadora? ¿Absolutamente sublime?

Violable, eso era. Al diablo los adjetivos. Todo él era completa y absolutamente violable. Su voz era tan cálida como fuego líquido embotellado en el más exquisito, fascinante, sensual y maravilloso de los envases.

No solo su voz, el aliento que emanaba desde entre sus labios también lo era.

—Vamos, ni siquiera tú eres tan inocente. Nadie te creería esa mierda.

Vale, no era un ángel. No podía imaginar a uno soltando groserías. Pero ¿quién sabe? tal vez hay excepciones. ¿No se suponía que tanto vampiros como ángeles viven por siempre? Tal vez sus especies son como primos lejanos o algo así...

—«Andas por ahí robando a vírgenes inocentes» —imitó mi voz perfectamente—. En serio, te creía más ingeniosa.

¿Qué demonios? Cómo... cómo era posible.

Retrocedí, sin poder evitarlo hasta que mi espalda dio contra la reja de mi patio. Comencé a respirar con dificultad mientras me llevaba una mano a la boca.

Joder, esto era increíble. Absurdo, pero increíble.

Tal vez lo de las vírgenes no era cierto, pero de nuevo ¿cómo se supone que lo supiera? No es que fuera tonta. De hecho, mi profesor de Matemáticas siempre decía “no hay preguntas tontas, sino tontos que no preguntan”. Así que me armé de valor y demostré que no me avergonzaba no saber.

—Entonces qué mierda comes.

Ahora, eso pareció asombrarlo. Arqueó sus cejas un poco y esos preciosos ojos

grises me observaron ladinos.

—Bueno, soy bastante fan de McDonald's, pero el O positivo no está mal. Además, si el mito de las vírgenes fuera real a estas alturas ya estaría famélico.

Él tenía un punto y yo tenía otro porque acababa de lograr algo así como una confesión. De seguro le hubiese sacado algo más, pero escuchamos a mamá y Richard caminar hacia el patio. Se había arruinado el momento, bueno, eso y el hecho de que tenía ganas de hacer pis.

—Ven —dijo, no era una pregunta. Su voz no daba espacio a negativas

—¿A dónde?

—Ya lo verás, te encantará —rodó los ojos con actitud aburrida y luego se me quedó viendo serio—. Ahora mismo, es la única cosa de la que estoy realmente seguro.

Oh, mierda, lo iba a hacer ¡Me iba a convertir!

—Eh —me aclaré la garganta—, Esto... Verás. Uhm. Hay algo que no me queda claro.

Inmediatamente, arqueó una de sus cejas, tomé aire y continué hablando.

—¿Es una especie de cita?

Mordí la cara interna de mi mejilla, esperando. Tan estúpido como sonaba, hoy me sentía optimista, de hecho, no había pensado en Lucas en todo el santo día. Eso era algo bueno ¿no?

El vampiro volvió a su posición original, irguiendo su rostro y quitándole complicidad a nuestra plática. A continuación, estiró su brazo hacia mi cara y, en lugar de acariciarme, como pensé que haría, sacudió el cabello de mi cabeza, como si yo fuera un cachorrito que acababa de hacer una gracia.

—No seas ridícula, no me gusta jugar con la comida.

Co-mi-da. ¿Había dicho comida?... ¡Comida! Oh. Mierda. Lo sabía. Dos puntos para Mica. Era el momento de confirmarlo.

—¿Eres...? —probé.

—¿Soy?

Había una curiosidad insana bailando en esos ojos plateados mientras me respondía con otra pregunta.

—Tú... —De repente, estaba apuntándolo con mi dedo índice—. Estoy absolutamente convencida de que eres un...

—¿Hombre muy guapo? Sí, me lo han dicho.

—Un vampiro — dije bajando la voz.

—Ah, eso... Bueno ¿vienes conmigo o te tendré que obligar?

Dudaba que eso fuera necesario. Pero solo para picarle, añadí:

—Inténtalo

Me regaló una sonrisa que envió mi imaginación a terrenos pecaminosos. Luego, me noqueó.

Adolorida, confundida e increíblemente molesta, comencé a desperezarme. Tenía

un martilleo constante en la cabeza, pero lo que más dolía era la zona entre mi boca y nariz. Llevé mi mano hacia ésta y descubrí que tenía un tapón de algodón en ella.

Con horrible pesar, abrí mis ojos, solo para cerrarlos de inmediato cuando los rayos de luz penetraron en ellos.

Mis piernas estaban recogidas, al igual que mis brazos, retrayéndome en posición fetal.

—Cuidado con lo que deseas, podría volverse realidad.

La voz de mi captor viniendo de una distancia presumiblemente corta y a mi espalda fue suficiente aliciente para que el dolor se me olvidara. Tenía que resistir, era la única forma de salir viva de donde fuera que estuviésemos. A pura fuerza de voluntad resistí el impulso de llevarme una mano a la boca. De ninguna maldita manera le daría el gusto.

Oh mi Dios. ¿Realmente, me había golpeado?

Y una mierda que lo hizo. Probablemente, ni siquiera se trataba de un vampiro real, sino que era algún desquiciado que vio una oportunidad y la tomó. .

«Mantén la calma», me dije, mientras intentaba adoptar un ritmo de respiración normal y me repetía «No lo mires. No lo mires y todo estará bien».

—¿Dónde estamos? —mi voz brotó ronca cuando hablé. Aun así mantuve una actitud tranquila. Terminada mi actuación, abrí los ojos y tomé nota de cada detalle que pudiera darme una pista del lugar donde nos encontrábamos. Sin embargo, no había mucho que mirar. Por lo que notaba, él y yo estábamos en una construcción a medio terminar y eso podría significar cualquier sitio. Últimamente a la ciudad le había dado por levantar hoteles como si se tratase de torres de Lego. Con la llegada del Casino, los turistas era el nuevo sustento económico de la ciudad. Todo esto, suponiendo que nos encontráramos en Valdivia.

Inesperadamente, su mano cubrió mi boca. Esto me sorprendió tanto que ni siquiera tuve tiempo para pensar en un movimiento evasivo o cualquier cosa que se le pareciera cuando en cosa de segundos, me estampó contra una de las paredes del edificio. Sentí mi cabeza estallar en miles de pedazos.

Esto era grave.

Negó, probablemente adivinando que quería insistir en saber dónde diablos estábamos. Pestañeé lentamente, estaba aturdida. De hecho, manchas de colores comenzaron a relampaguear en mi visión y lentamente, sentí que mi cuerpo se iba a pique. Él lo notó y me acomodó entre sus piernas.

Maldita la hora en que se me ocurrió seguirlo. Maldito el momento en que comencé a hostigarlo con preguntas. Maldito el día en que vi Ocaso.

Siempre me caractericé por ser de esas personas que hablan mucho, hasta por los codos. María José o Yania me mandaban a callar, no obedecía y me metía en problemas. Habitualmente no hallaba modo de enmendar las cosas y esta era una de esas ocasiones.

—Ahora, ¿no te lo dije? —Susurró en mi oído—. Te encantará —Esa era a todas

luzes una promesa, pero mientras sentía sus fríos dedos hacer mi pelo a un lado, noté que, incluso bajo la seda, la amenaza era palpable en el tono de su voz.

A la vez que apretaba los dientes, traté de volver a mi posición original; doblé mis rodillas, las envolví con mis brazos y oculté mi rostro entre ellas. Este no era Edgard, ni siquiera un vampiro, no era más que un maldito loco aprovechando la oportunidad que yo misma le di tan fácilmente.

—Es, después de todo, lo que habías estado deseando —más amenazas.

Deslizó su mano por encima de mi hombro y la situó en mi pecho. No había nada remotamente sexual en ello, todo lo contrario, la usó para darse impulso y atraerme más cerca de su cuerpo. Mi espalda chocando incómoda contra su pecho. Descansó su mandíbula en mi hombro, como si saboreara la experiencia, como si se tratara realmente de un vampiro. ¡Já! En un acto de morbosa curiosidad, giré mi rostro hacia él, al tiempo justo para ver cómo se echaba hacia atrás, abría su boca y provocaba que sus colmillos se alargaran y resplandecieran a la luz.

¡Mierda!

No podía decidir si este descubrimiento era bueno o malo, ya que un puntazo desgarrador en mi cuello interrumpió mis cavilaciones y grité.

Lloré, lloré como nunca antes, o sea, involuntariamente... Mientras su mano me sujetaba el pecho de forma violenta.

Me había mordido. Peor aún, me había dolido. Esto era malo, muy malo.

Una idea se encendió en mi cabeza. Tal vez dolía solo al principio. Quiero decir, al final no había estado tan equivocada ¿Verdad? Era un vampiro después de todo. Aguante el dolor en silencio mientras lo oía sorber. Por supuesto, yo estaba equivocada, en lugar de disminuir el dolor, la succión lo acrecentó.

Mi visión se nubló y lo sentí sonreír contra mi piel, aunque no sabría decirlo. Él continuó cortando mi carne y las punzadas de dolor me hicieron pensar en lo absurdo de la situación.

«¿Pensar?» Quería gritar.

Algo hizo presión en mi mejilla y ojo izquierdo. Sus dedos, supuse. No estaba segura.

Negro. Todo estaba negro.

—¿Suficientemente sexy? —se burló. Su tono de voz tan tierno como el de un devorador de niños. No era sexy en absoluto.

Pese a estar aturdida, no pude dejar de cuestionarme los últimos sucesos. Para empezar: ¿Dónde estaba la sensualidad?, ¿dónde quedó la excitación de sus colmillos finos y certeros a la hora de convertirme en inmortal?

La risa gutural que dejó escapar me hizo notar que había estado al pendiente de mis cavilaciones. Tonta de mí.

—¿Cómo llegaste a la absurda conclusión de que te transformarías en inmortal? —dijo respondiendo a mi pregunta no formulada.

Por mi parte, solo podía esperar, sin terminar de creerlo mientras, con cruel

determinación, él volvía succionar.

Con torpeza, froté mis ojos con el torso de mi mano, intentando desperezarme; un acto inútil, comprendí demasiado tarde. Lo que veía no era una pesadilla, ni siquiera mi imaginación podía ser tan cruel.

Y, para empeorar aún más la situación, daba la impresión de que esto apenas empezaba, más que nada, por la forma en que el vampiro había comenzado a jugar con mi pelo. El gesto me ponía la piel de gallina.

Por una fracción de segundo, me pareció que el dolor de su anterior mordida desaparecía, pero esa ilusión se disolvió en cuanto una nueva arremetida de sus dientes se deslizó en mi tensa carne. Esta vez, parpadeé rápido para alejar las lágrimas.

Ipsa facto, se giró llevándome consigo. Me envolvió en sus brazos como lo haría un amante y acomodó su cuerpo sobre el mío a una velocidad que desafiaba las leyes de la física, sin dejar que yo tocara el piso.

Aquel movimiento, al puro estilo Hollywood, me provocó mareos, aunque no estaba segura si se debía a la maniobra que utilizó o a mi pérdida de sangre. Sea cual fuera el origen, era su culpa.

Bajo mi espalda, su mano se sentía enorme. Debía serlo para sostener todo mi peso.

El mundo se inclinó, luego dio vueltas, únicamente para inclinarse otra vez. En mi pecho, mi corazón golpeaba tan fuerte que llegué a plantearme la idea de si sería posible vomitarlo, y hablo en serio, apostarí a que era alguna parte de mi corazón lo me obstruía la garganta.

Parecía absurdo estar pensando en algo como eso, dadas las circunstancias. Ni siquiera vi mi vida correr como una película, tampoco imágenes en blanco y negro de situaciones del pasado, y menos, la luz al final del túnel. En fin, acá otro mito derribado. Las historias de aquellos que estuvieron a punto de morir eran falsas. Ya iban dos en la misma noche.

—Supongo que es mejor en las películas —sus labios acariciaron mi oído antes de bendecirme con un susurro. Supongo que poner a mi verdugo en la misma frase junto a palabras como “caricias” o “bendición” era por decirlo menos, enfermizo. Pero entre el golpe en la cabeza y mi falta de sangre, era comprensible. Sí, definitivamente comprensible. Antes, morir en los brazos de un vampiro me parecía la mejor opción. Ya sabes ofrendarle hasta tu última gota de sangre.

Épico.

Lástima que no hubiera nada de épico que él se riera mientras yo moría. Sin olvidar el dolor de mierda que me estaba causando.

El paisaje se iluminó ¿o tal vez se debía a que había abierto los ojos?

No, realmente se había aclarado. Ladeé mi cabeza, justo a tiempo para ver la luna llena alzándose en el centro de la noche.

Noche... Oh mierda ¿Cuántas horas llevaba ahí? ¿Cuánto tiempo había estado

desmayada antes de recuperar el conocimiento?

Tomó mis manos entre la suya y las llevó hasta su cuello. Esto era enfermo. La luna iluminaba su piel, su blanca, perfecta y tan lamible piel. No podía negarlo, había mucho que mirar. Al parecer la luna estaba de acuerdo, ya que iluminaba todo lo que en secreto yo había deseado, algo que ahora no era más que un recuerdo insano.

Largas líneas surcaban su clavícula, cuello y quijada. Tenía unos hombros increíblemente fuertes, gruesos. Era toda una mole la que tenía sobre mí. A fuerza de voluntad, conseguí cerrar los ojos.

«No te distraigas, es solo un disfraz»

Él dejó escapar un sonido grave y lascivo, segundos antes de que sus labios se cerraran sobre mi piel. Aquella succión se prolongó suave y similar a un beso, salvo que los besos no te hacían sangrar.

Esta era la parte que no debía olvidar. La parte fea. Lo que suponía, Mr. Vampiro, quería enseñarme.

«Cuidado con lo que desees» había dicho él.

—En mis años de vida, nunca he dejado de sorprenderme por la estupidez de ustedes los humanos.

Lo dejé hablar, al menos así dejaba de beber.

—No todos por supuesto, tengo amigos entre ellos. Mi proveedor de Internet. Naturalmente, ¿Quién soy yo para juzgar?

Un bastardo inescrupuloso, quise decir, pero estaba tan débil que me conformé con un precario:

—Detente, por favor...

Estaba llorando. Rogando, él lo sabía, pero aun así no se detuvo. En lugar de eso, me recorrió con la mirada todo el cuerpo, antes de llegar a mis ojos. Era una mirada furiosa.

Y ahí, con su enorme complexión sobre mí, con el frío cuero de su chaqueta ocultando la verdadera razón de los temblores de mi pecho, mientras esos hermosos ojos grises me taladraban con una mirada vacía, sin vida, lo comprendí. Realmente lo hice: Entendí que un ser sanguinario como él no conocería el significado de la palabra indulgencia, con él no funcionarían los “por favor” ni las manipulaciones.

Mientras volvía a triturar la carne de mi cuello, yo respondía a su apremio con mis manos, dando puñetazos al azar y esperando infligirle algún daño. Sin embargo, si sus manos eran sólidas a la hora de sostener, su pecho lo era aún más oponiendo resistencia. Mis nudillos se sentían como gelatina golpeando concreto.

—¿Por qué te quejas? —preguntó con una voz absurdamente dulce. Luego se detuvo y negó, como si se estuviera replanteando algo.

—¿No te pedí que me dejaras en paz, que te fueras a dormir y me dejaras tranquilo?

«Tienes que estar bromeando».

—Vaya ¿Eres toda una fierecilla, no? —sus palabras estaban cargadas de cinismo,

eso me dio más fuerzas para luchar. Mejor amoratada que cobarde. No quería que estuviera cerca de mi cuello, así que esta vez, procuré que mi golpe le diera en la boca, pero al igual que los anteriores, lo esquivó sin esfuerzo.

Hubo una parte de mí que estaba tentada a claudicar. Lo había intentado todo, desde patadas a rodillazos en la ingle. Cuanto todo eso falló, volví a empezar, uno a uno mis puños rebotaban en su pecho, pese a ello, no me rendí. Continué estrellándole mis puños, cada golpe más débil que el anterior y por su expresión, él lo estaba disfrutando.

Era rápido en regenerarse. Mucho más de lo que yo habría esperado. En uno de mis tantos golpes conseguí sacarle sangre en la mejilla, nada demasiado grave, solo un rasguño. Un instante estaba sangrando y al siguiente ya tenía una pequeña sombra de costra. Estaba sentenciada a fracasar, pero plantar resistencia era todo cuánto podía hacer mientras drenaba mi sangre, y hubiera seguido así por horas de no haber sido porque el muy maldito enganchó su mano a mi pelo, forzándome a tirar la cabeza hacia atrás.

—Lo siento.

No entendí a que venía eso ¿En serio se estaba disculpando?

—Aunque creo que tú lo sentiste más —añadió, después de que yo soltara un grito de dolor, segundos después de que el muy bastardo sacara su mano de mi cabeza con un montón de mi cabello entre sus dedos.

—¿Tan feo soy? —ronroneó, mientras su mano cubría el segundo grito que peleaba por salir de mi boca. El aire comenzó a faltarme y justo cuando pensé que moriría por asfixia en lugar de desangrada, el cielo conspiró a mi favor y ¡Milagro de milagros! El vampiro quitó su inmundada mano de mi boca. Pero no era realmente sucia, sino suave y con olor a menta.

Santo Jesús, era de mi asesino de quien estaba hablando.

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó retóricamente—. Me joden las expectativas, yo de niño soñaba con ser Drácula, hoy en cambio, nadie te da un veinte si no actúas como un inglés despeinado con colmillos falsos. ¡Te hice una pregunta!

No pensaba responderle, desde luego que no era feo, pero era poco probable que él necesitara de mi ayuda para mantener su egolatría sobre el nivel normal.

Para variar, volvió a sumergirse en mi cuello destrozado y laxo como el de una gallina muerta, a estas alturas ya no me quedaban fuerzas para luchar, tanto él como yo lo sabíamos, por lo que con mi dignidad hecha trizas, me limité a descansar mi rostro contra la fría chaqueta de cuero que cubría su torso. Sin embargo, duró poco. Comencé a sentir frío, supongo que mi cuerpo comenzaba a preparar el proceso de muerte, congelando mis células para de esa forma retardar la muerte cerebral. Al pensar en la muerte y en cómo mi cuerpo trabajaba para retrasarla, me rendí.

Sí señores, yo, Mica Palacios, me había rendido.

A lo lejos, comenzó a sonar el tema principal de Ocaso, podría haber reído si no hubiese ocupado mis fuerzas llorando y golpeando a mi agresor. María José lo había

puesto de *ringtone* en mi móvil, así sonaría cada vez que alguien llamara.

Irónico que fuera precisamente esa canción lo último en oír antes de morir.

—¿Va... vas a matarme? —me encontré balbuceando débilmente. No tuve mucho tiempo para recibir su respuesta, ya que fue ahí que se apagó la luz. Sin embargo, podría jurar que aún en la inconsciencia escuché su risa y un horrible:

—Dulces sueños. Ah, por cierto, tenemos un trato. Luego te explicaré los detalles.

Despertar

Sabes que estás mal cuando tu propio perro huye de ti, no es que tuviera uno, pero definitivamente el del vecino me odiaba. Muy bien, diré la verdad, un par de veces he pensado en arrojar veneno para ratas por accidente en un filete y dejarlo a su alcance, justo en el jardín vecino.

Por supuesto, jamás lo hice. Por muy tentadora que sonara la idea.

De todas formas, el maldito Pitbull era el último en la lista de mis preocupaciones. Me desperté en el borde de mi cama con una resaca terrible y la extraña sensación de que me estaba perdiendo de algo grande, ¿sabes? Algo intenso y por mucho que me esforcé en recordar, todo lo que lograba arrojar mi memoria, eran un par de ojos grises. Lo juro, además no era una mirada amistosa. Me imaginaba cosas así todo el tiempo. Algo bastante habitual, supongo, desde que leía fantasía. Durante todo el día domingo no había hecho más que dormir y el lunes fue imposible concentrarme en las clases. Esos extraños ojos se me aparecían donde sea que mirara, como si mi subconsciente estuviese empeñado en desterrarlos de su territorio para arrojarlos constantemente a mi consciente.

Lo sé, sonaba súper loco y hasta cierto punto predecible, como cuando vez una película de horror y terminas teniendo pesadillas. Pero, en mi caso no era así, no había visto películas la noche del sábado, todo lo que hice fue chatear con mis amigas, comer un yogur, ya que mi madre por enésima vez, había evitado cocinar y luego de comerlo, acostarme a dormir.

El profesor García dio la clase por terminada después de un aburrido monólogo de quince minutos, en el que admitió haber olvidado sus apuntes en casa y nos cedió la hora para actividades libres, siempre y cuando mantuviésemos un volumen moderado.

Sí, claro.

—¿Viste las nuevas fotos que salieron? —chilló Yania, con sus mejillas enrojecidas por la conmoción, o la falta de aire, ¡Quién sabe!

Sacudí mi cabeza, contando hasta diez mentalmente, para no sonar desesperada...

—¿Fotos?

María José rodó los ojos, obviamente creyéndome nada. Era bien sabida mi afición-obsesión en tiempo record con la saga Ocaso, poco más de un mes. A primera hora de la mañana, incluso antes de ducharme, Facebook me había recibido con una grata sorpresa: una alta cantidad de spoilers relacionados con la saga de Ocaso. ¿Qué puedo decir? Robert era justo lo que me había recetado el doctor.

—En serio, no sé de qué hablas...

—Déjala, está teniendo su minuto de cordura —interrumpió Yania.

—Estoy cuerda —me defendí—, el que me guste un actor X, no significa que esté loca.

—Claro que no —insistió mi amiga—, pero que planees tatuarte su cara en la

espalda da para pensar que estás de pieza acolchada.

María José abrió los ojos desorbitados, no le había contado lo del tatuaje, en realidad preferiría no habérselo mencionado a Yania. Había sido una idea al aire, un pensamiento, no una decisión, si no hubiera sido por ese Vodka-Naranja, juro que no lo hubiese admitido en voz alta y Yania debería saberlo. Después de todo, ella prácticamente había patentado la frase “Con alcohol no se vale”, seguida de “Si no me acuerdo no ocurrió”.

Ni bien había terminado su comentario, cuando tenía todas las miradas de la clase fijadas en mí. En serio, Yania era una diosa ventilando secretos. Tenía un don para eso.

—Gracias —mascullé entre dientes, antes de clavar mi vista hacia el cuaderno e ignorar la atención no deseada.

Para colmo, en la primera fila, sentada junto a la ventana, Rita Márquez había comenzado a reírse como una hiena desquiciada. Al parecer le acababan de informar el rumor. Busqué a Lucas con la mirada, pero él estaba concentrado en su cuaderno, o fingía estarlo.

—A ver, Señorita Márquez ¿De qué se ríe? —Le llamó la atención el profesor—, ¿Por qué no comparte el chiste para reírnos todos juntos?

Luego de eso, toda la clase guardó silencio. Ni María José, ni Yania volvieron a mencionar lo ocurrido, bien por ellas, valoraban sus vidas después de todo.

Por mi parte, tuve que aguantar toda una hora de miradas raras y susurros, incluso recibí atención del profesor Calvin, aunque a diferencia de los demás, solo me sonrió preocupado. Era un secreto a voces que él era fan de El Amo de los Aros, nada que ver con lo mío, pero al menos sabía lo que era amar una saga con toda el alma.

No pude soportarlo más y levanté la mano.

—¿Señorita, Palacios?

—¿Puedo ir al baño?

El profesor observó el reloj y suspiró.

—Pero si tuvo todo el recreo para ir —eso me recordó que después de todo, seguía tratándose de mi profesor fanático de una saga o no—. Cuando regrese su compañero, puede ir usted. No pueden andar dos alumnos fuera de la sala.

Vale, tal vez yo estaba equivocada y el señor García me entendía después de todo.

El timbre finalmente sonó y me apresuré en ordenar mis cosas, obviando el hecho de que, al salir del aula, cada alma viviente me observara con extrañeza.

Al llegar al estacionamiento fui recibida por un horrible día soleado. Amaba la lluvia, nada me parecía más hermoso ni romántico que un día nublado. Caminar por la costanera del hermoso río Calle-Calle mientras ves cómo los Watermen olímpicos entrenan en sus botes remeros, entretanto la suave lluvia los refresca. Un perfecto panorama inglés, para ir tomada de la mano con un chico alto y tierno con nombre antiguo y de preferencia inmortal.

Oh sí, el invierno me venía perfecto, por eso odié este día de principio a fin.

—¡Micaela! —escuché que me llamaban por mi nombre, no el diminutivo y eso

solo significaba una cosa. Por supuesto, una chica normal hubiera seguido de largo, ignorando completamente a su inmaduro ex novio.

—¿Sí? —pregunté, girándome hacia él, justo frente a las rejas de la salida. Desde luego, eso demostraba que yo no era normal en absoluto y mis amigas tenían razón sobre mí, había perdido la cordura.

Lucas dudó, observando el perímetro antes de dar dos pasos hacia mí. Lógicamente, no se podía dar el gusto de que lo vieran platicando con la friki amante de los vampiros.

—¿No crees que estás llevando tu fanatismo un poco lejos?

Esta era la razón por la que ya no quería salir con tipos de mi edad. No lo entendían, simplemente no podían y explicárselos me parecía una pérdida de tiempo. Lucas menos que nadie podría entenderlo, nunca.

—Pues a mí me gusta —le increpé, alisando mi camiseta, a sabiendas de que le molestaría. Hoy era día de educación física, así que nos permitían llevar salida de cancha. Adoraba el negro y era la prueba viviente de que no se necesitaba ser gótica para saber llevarlo, además me hacía lucir más delgada.

—No hablo de tu ropa —aclaró casi preocupado, su mandíbula lucía tan tensa que la idea de propinarle un puñetazo fue perdiendo fuerza. De repente, su ceño se frunció y casi salté cuando la mano de él alcanzó mi cuello.

—¿Qué demonios te pasa? —le grité alejándome, y cuidando secretamente mi integridad. Odié que ese breve contacto fuera cualquier cosa menos desagradable. Lucas era el menos indicado para mostrar preocupación por mí. De hecho, fingirla venía más al caso. Porque si había un responsable de mi obsesivo interés, como lo llamaba todo el mundo, era él. Lucas solo me había lastimado, mientras que había encontrado en la lectura ese alivio y consuelo que tantas veces me ayudó a sonreír, incluso cuando todo lo que me apeteecía era llorar.

Durante lo que me pareció una eternidad, su expresión fue perturbación absoluta. Luego, bueno, simplemente la reemplazó por lástima, que no era mejor.

—A mí nada. No soy quien se dibuja orificios en el cuello...

¿Orificios? Automáticamente, imágenes de unos colmillos enterrándose en mi carne centellearon en mi mente. Sacudí mi cabeza, resistiendo la tentación de llevarme la mano hacia donde se suponía que estaban los agujeros.

Todas las mujeres sabemos que el chocolate contiene una cantidad considerable de carbohidratos y que curiosamente éstos tienden a alojarse en las zonas menos deseadas de nuestro cuerpo: caderas, trasero e incluso peor, explotando en nuestra cara.

«¡Si al menos se alojara en el busto!»

Horrible, lo sé y sin embargo no podía dejarlo, era tan exquisito, dulce... y exquisito, dulce. Bueno, eso.

Como decía anteriormente, toda mujer conoce lo perjudicial que puede llegar a

ser el chocolate para nuestra salud y sin embargo, son pocas las inteligentes y disciplinadas que consiguen resistirse a comerlo.

Lucas Urzúa era como un chocolate... y yo no era ni inteligente ni disciplinada.

—No digas estupideces —sabía que debía responder otra cosa, del tipo: vete a la mierda, pero el único sitio dónde deseaba enviarlo era lejos de mi corazón. Se aproximó, acercando su mano hasta mi rostro, temía que me tocara, pero quería que lo hiciera.

—Miki...

Mi antiguo apodo se sintió como miel en sus labios, tan dulce y agradable, que por un segundo olvidé el lugar en donde estábamos y me permití simplemente disfrutar del momento y la compañía, un acto del todo irresponsable. Lucas rara vez me llamaba así y entiéndase por “raro” que solo lo hizo tres veces, y eso fue antes de que decidiera comenzar a llamarme de otra manera menos ortodoxa.

—Tengo que irme —hizo una pausa, mientras yo abría los ojos avergonzada, en primer lugar por haberlos cerrado—. Piensa en lo que te dije.

—No te preocupes, porque no lo haré —respondí, sabiendo que era la peor de las mentiras. Porque lo haría, pensaría en él cada uno de los días que restan de la semana y finalmente, en aquellas últimas horas del domingo, en las que estaré tratando de dormir, reviviré una y otra vez lo cerca que estuvimos y... Y mi estómago se revolverá pensando en lo bien que se habría sentido su tacto sobre mi piel; en lo increíble que me sentí cuando, por un momento, me permití creer en que él aún se preocupaba por mí.

Lo que era absurdo, porque Lucas solo se interesaba en él. Mi rival era su ego y cuando nos tocó competir; bien, supongo que no es difícil deducir quién ganó. Desde entonces, decidí no salir más con chicos, nada de citas, nada de besos y sobre todo, nada de fiestas.

—Como quieras —se despidió bufando, mientras yo terminaba de digerir mi mentira, lo bueno de mentir era justamente eso, yo podía torturarme internamente, pero él... él jamás lo sabría.

Bienvenida realidad

Tras llegar a casa, después de aguantar un horrible viaje en bus, cuyo chofer parecía estar más pendiente de terminar de fumar su cigarrillo que de respetar las normas del tránsito, me apresuré en tomar una ducha y ponerme el pijama.

Lo sé, ninguna persona normal se iba a dormir tan temprano, entendiéndolo que apenas eran las seis de la tarde, pero he repetido muchas veces, yo no era normal, ni quería serlo.

Sin nada más que hacer, luego de haber terminado los deberes de química, mi estómago hizo un sonido familiar, y un poco vergonzoso. Hambre, como si esto fuera algo de qué avergonzarse, era una necesidad primaria. Robar y mentir eran actos vergonzosos, que mi estómago sonara, bueno, tal vez lo era pero solo si lo hacía en público. Sin embargo, estaba sola en casa y nadie me haría algún comentario por el rugido de mis tripas.

Mi hermano Rodrigo había salido con su novia de turno y mamá, supongo que también, aunque en el caso de ella era novio. Lo cierto es que Richard era una especie rara de ser humano que yo aún no terminaba de asimilar o entender.

Mi improvisada merienda fue mejor de lo que esperaba ¡No había nada más glorioso que comer con hambre! Sin nada que hacer, subí a mi habitación, obligándome a no pensar en las palabras de Lucas, pero fallé garrafalmente en cada intento. Llegué a mi cuarto por inercia y de la misma forma me dirigí hacia el espejo.

Aunque muchas veces he sentido de cerca el terror, nunca antes lo había sentido por lo desconocido, seres sobrenaturales, espíritus, etcétera. Los seres humanos ya eran lo suficientemente monstruosos para sentir pavor ¿Vampiros y fantasmas? Pan comido. Excepto que ahora, en todo lo que podía pensar era en ahogar el grito de horror que se esmeraba por escapar desde mi pecho. No tendría por qué temer mientras no admitiese que me sentía asustada.

Siempre había sido así: «Si no lo digo, no es real».

Si no confesaba que me dolía, pues no terminaría llorando. Eso fue lo que me mantuvo en pie todo el tiempo que me pasé soportando la indiferencia de Lucas y en el peor de los casos sus burlas, y fue esa misma convicción lo que me instó a tocar las marcas en mi cuello.

Repasé más de cerca las heridas, ignorando el temblor en mis dedos. Estaba baja de azúcar, eso era todo. Una persona escéptica hubiera pensado que se trataba de una picadura de araña, ya me había pasado dos veces. Pero esta vez era distinto, lo sabía. No había fiebre ni picazón en las heridas, lo cierto es que si no fuera por Lucas apenas lo hubiera notado. Quizás la sensación de resaca me hubiera hecho sospechar un poco, pero más tarde, mucho más tarde.

—Guau —dejé escapar un silbido, mientras tanteaba las pequeñas punciones, que no eran tan notorias, un par de círculos carmesíes que parecían derramarse como estrellas, en su centro varios tonos más oscuros, de todos modos era una suerte que

mis amigas no se dieran cuenta. Aunque, probablemente lo habían hecho y simplemente, lo habían ignorado.

Sin dejar de mirarme, comencé a repasar, otra vez, los sucesos de la noche del sábado. No parecía una buena idea y fue precisamente por eso que lo hice:

Colegio, yogur, cama, en ese orden. Sin embargo, continuaba sin ver nada. Volví a intentarlo, pero todo en lo que podía pensar era en que Lucas debía haber estado realmente pendiente de mí, para reparar en las mordidas de mi cuello.

Porque me habían mordido, eso seguro, no había otra forma de explicar estas heridas, aunque lo cierto es que no recordaba casi nada; unos ojos claros, bastante demoniacos de un hermoso vampiro.

Porque tenía que ser un vampiro, incluso cuando los ojos satánicos pudieran ser parte de un sueño, lo que a estas alturas parecía probable, las heridas no podían haber salido de la nada.

Volví mi atención al espejo; mi reflejo parecía el de alguien enfermo, lucía demacrada y con una dramática falta de color en las mejillas, lo que no me sorprendió en absoluto.

Si no fuera porque yo era, ya sabes... yo, incluso dudaría, pero se trataba de mí y me conocía demasiado. No estaba loca.

Me fui a la cama temprano, sin revisar el correo y apenas resistiendo el deseo de encender el computador.

Grité, mordí y pataleé, pero no importaba lo que hiciera era incapaz de escapar de las garras de un psicópata que se entretenía mutilando mi cuello. ¡Despierta, despierta, despierta! No fue hasta que abrí los ojos que pude dejar de gritar, solo para dar paso a un llanto desgarrador e infantil. Me pasé el resto de la semana teniendo pesadillas igual de intensas, dolorosas y cada una más vívida que la anterior.

Decidí contarles a mis amigas sobre los sueños que me acosaban, desde que Yania muy apegada a su forma de ser, comenzó a hacer bromas crueles sobre mis “tatuajes” en el cuello.

Si no creían en la veracidad de mis cicatrices, mucho menos confiarían en que por las noches un extraño de ojos grises me visitaba en la alcoba. Yo misma no terminaba de creerlo, pero el dolor y su risa.

Todo eso no podía ser inventado.

Desde el salón, asomé la cabeza hacia el pasillo, casi esperando que alguno de los jugadores del equipo de fútbol apareciera de repente para gastarme alguna broma maliciosa. Habitualmente, eran en referencia a los vampiros o algún comentario sobre mis pechos, daba igual. Por desgracia, ser la rara de los vampiros no me hacía invisible antes los ojos de los hombres, solo les sumaba repertorio para sus burlas. Aun así, al final del día, seguía siendo un par de tetas y piernas largas en su lista por conquistar.

De hecho, conquistar era una palabra demasiado linda para el término que ellos usaban, pero yo era una señorita después de todo. Las palabras que ellos decían no se

verían bien en mis labios.

Por fortuna el área parecía despejada, lo que no debería sorprenderme dado que era viernes y a diferencia del resto del mundo, no tenía ningún jodido panorama... al menos no uno diferente al de leer fanfiction o alguna novela romántica.

La mayoría de los alumnos de la escuela, para ser más precisa, la mayoría de los alumnos del universo parecían encontrar cierta entretención en conseguir escabullirse más temprano de clases los días viernes. Como si las fiestas fueran a empezar a la una de la tarde.

Idiotas.

Dicho así, podría parecer una resentida social y lo cierto es que, nunca me disgustó que se marcharan temprano, si eso no significara quedarme ordenando las mesas del salón, sola... obvio. Pero este viernes en particular, habíamos votado para elegir al encargado de aseo y orden nivel aulas. Incluso mis amigas votaron, espero que no por mí. Sin embargo, si es que lo hubiesen hecho, jamás podría culparlas, se trataba de ellas o yo. Si la situación hubiera sido a la inversa probablemente hubiese hecho lo mismo. De hecho, lo hice en más de una ocasión.

Observé el reloj en mi móvil y gemí de disgusto al ver la hora, eran las tres de la tarde, retiro lo dicho, quedarse sola después de clases era una jodida mierda. Y odiaba a mis amigas por abandonarme. Llevé de mala gana la escoba al cuarto de aseo donde solíamos enrollarnos con Lucas antes de romper. Si antes adoraba el lugar, ahora solo me provocaba punzadas en el pecho. Quizá de rabia o dolor. No sé.

La enorme reja del portón parecía la de una cárcel, sus fuertes barrotes cubriendo todo la manzana alcanzaban su grosor máximo justo en la puerta frontal, donde me encontraba yo ahora, dando el paso que me guiaría a la libertad o en su defecto, a las afueras de la escuela.

Salí y ahí estaba él.

Su cabello lucía más oscuro, probablemente porque estaba empapado.

Se había duchado.

Por un momento me pregunté qué diablos hacía aquí. No parecía molesto. De hecho, parecía bastante amigable. No normal, sino diferente, como me gustaba. Nos miramos lo que me pareció una eternidad, hasta que finalmente él tomó la iniciativa.

—¿Hola? —preguntó, con actitud infantil y casi idiota.

—Hola —respondí, actuando aún más infantil y más idiota.

—Me quedé a las prácticas de fútbol...—me avisó, como si tuviera la necesidad de excusarse por estar aquí, por estar conmigo; por esperarme.

—Ok —Un nuevo monosílabo, pero lo que en realidad quería decir era: “¡Lo sé, pero eso fue hace tres horas!”

La situación no podía ser más incómoda. Puede que yo no significara la gran cosa para él, pero él seguía siendo importante para mí.

—Te esperé... —lo dijo tan de golpe que pensé que había sido producto de mi imaginación, como tantas otras veces, y no fue hasta que me tomó de los hombros y

se acercó hasta mi rostro, que comprendí que lo había dicho en serio.

—Lucas.

—Shhh.

No me quería callar, deseaba exigirle que me explicara por qué había cambiado tanto, por qué se había convertido en un clon de sus compañeros quienes, a su vez, me tenían como carne de cañón; blanco de sus bromas, malos tratos, prejuicios y, por qué no decirlo, condenas.

Pero también quería que me besara. Recordé nuestra primera cita, lo mucho que se quejó porque los vampiros de la película en lugar de ser aterradores, como él se pensaba, resultaban ser seres que brillaban como princesas cubiertas de lentejuelas. Y sin embargo, no había dudado en regalarme el libro de Ocaso, a la semana siguiente.

—Las cosas pueden ser mejores —dijo antes de posar sus labios sobre los míos. Fue algo rápido y un poco torpe, pero cuando me envolvió en sus brazos no fue torpe en absoluto—. Solo tienes que volver a ser tú, hacer las cosas que hacías antes...

—¿De qué hablas? —pregunté cerrando mis ojos, intentando relajarme, pero mi cuerpo continuaba tenso.

—De nada importante, Miki... —Ahí estaba de nuevo, mi antiguo apodo saliendo de sus labios. Por un instante, me pregunté si Becca se sintió así de bien cuando Edgard la besó por última vez, el día de su cumpleaños. En el libro parecía ser que él casi había perdido el control, ¿Cómo convirtió ese último beso en algo tan memorable? No tengo jodida idea, pero este beso compartido con Lucas, podía ser suave, podía ser corto, pero estaba desgarrando mi corazón, pero no me importó. De hecho, prácticamente me lo estaba comiendo por completo. Su aliento calentó la superficie de mi oreja, causando en mí un incontrolable escalofrío. Era igual que siempre, las mismas palabras, su mismo olor, el modo en que sus manos envolvían mis hombros, sin embargo, me pareció mejor, casi mágico.

—Vas a hacerlo bien, ya lo verás.

Sonreí, sin poder decir nada, sin querer decir nada. No quería estropear el momento al pedirle explicaciones, porque realmente no entendía qué demonios estaba diciéndome.

—Hey, ¿Por qué lloras?

Rápidamente, comencé a secar las manchas saladas que surcaban mis mejillas. La verdad, no usaba mucho maquillaje, pero la máscara para pestañas era un complemento fundamental para mis ojos, como la leche para el cereal.

No debía verme nada guapa.

—Estoy horrible —me quejé, alejando sus pulgares de mi rostro, que habían intentado secarlo sin resultado.

—No estás tan mal—se detuvo un momento, escrutando mi cara—, de hecho eres bastante bonita... siempre lo has sido.

—Gracias.

Él me sonrió, pero rápidamente frunció el ceño y se alejó un poco de mí.

—Sobre lo de antes, hablaba en serio.

—Está bien.

—No, no lo está —negó y una mirada familiar cruzó su rostro. Yo había visto esa expresión fijarse en sus ojos antes, y no auguraba nada bueno—. No quiero que sufras.

—¿Por qué lo haría?

Él se pasó una mano por el cabello, revolviendo la humedad que aún quedaba en él.

—Ya sabes cómo son los chicos, no te dejarán entrar al grupo sin gastarte un par de bromas antes.

¿Grupo? Sonreí.

—¿Y por qué querría estar en ese grupo? —le pregunté, sin borrar la sonrisa de mi cara. En serio, no entendía.

—¿Por mí tal vez?, ¿No es esto de lo que hemos estado hablando desde que llegué?

Fruncí el ceño.

—¿Desde qué llegaste? Creí que me habías estado esperando...

Un sutil rubor cubrió sus mejillas.

—Es lo mismo.

—No, no lo es —no lo era en absoluto, Lucas había salido hace tres horas, incluso antes que el resto de los estudiantes. No podía haber estado simplemente esperándome. Entonces reparé en su vestimenta, ni siquiera llevaba el traje del equipo, o el uniforme habitual. Traía unos jeans y una camiseta blanca que se ceñía a su cuerpo...

Y también traía un chupón en su cuello.

—Miki...—suspiró, como si estuviera realmente costándole mucho escoger qué palabras usar—. La genta habla, la gente comenta sobre ti todo el tiempo. Solo te pido que actúes normal por un tiempo. ¿Es tan difícil para ti? ¿Por mí?

Y fueron precisamente esas palabras las que me hicieron trizas por dentro. Podría haberme llamado con todos los insultos habidos y por haber, incluso pudo haberme dicho que ya no me quería, pero fingir que le importaba algo solo para hacerme “normal”.

Eso dolía, demonios cuándo iba a lograr entender que no era normal, era única.

—¿Algún problema con mi chica?

Lo reconocí antes de girarme. Era la voz de quién me atormentaba por las noches. Era su risa cínica y arrogante, pero no por eso me dejaba de gustar.

Se interpuso entre Lucas y yo con un movimiento sutil, calmado, no de esas intervenciones ensayadas que aparecen en la televisión.

—Te hice una pregunta...—insistió, esta vez levantándolo desde el cuello, mientras yo intentaba, sin resultados, apartar la vista de sus ojos grises.

—Micaela, amor ¿Estás bien? —preguntó, girándose hacia mí, soltando el cuello

de Lucas.

Quise preguntarle quien era, como conocía mi nombre y por qué le importaba si estaba bien o no, pero cuando sus brazos me escondieron en su inmenso torso por medio de un abrazo, todo lo que hice fue cerrar los ojos y controlar mi respiración, era eso o gritar. ¿Qué estaba pasando? ¿Cuándo crucé a este mundo alterno de locos?

—Hoy vas a morir —soltó por encima de mi cabeza, la amenaza no iba dirigida a mí, sin embargo el tono cruel que adoptó su voz me dio un escalofrío. Lo siguiente que escuché fue el sonido que hicieron los pies de Lucas al alejarse corriendo.

—Muchas gracias —tartamudeé, minutos después, mientras me alejaba de su cuerpo y observaba avergonzada la mancha de humedad en su chaqueta.

Él respondió con un suspiro que fue similar a cuando te aguantas la risa, pero mientras más me alejaba de su cuerpo, más me hacía consciente de la realidad.

—¿Quién eres?

Llevó una mano hasta su pecho y su boca se curvó en un mohín. Dios, realmente parecía que se iba a poner a llorar, si ignorabas el brillo malicioso en sus ojos.

—Mica, Mica. Si no fuera porque tuvimos una noche inolvidable, realmente podría llegar a sentirme ofendido.

Bien, ahora estaba sonriendo.

—¿Una noche inolvidable? tienes que estar bromeando.

Habría agregado un “no te conozco”, pero sí lo conocía, o al menos conocía esos ojos crueles.

—¿Bromear?

Sí, definitivamente esa era una sonrisa.

Al final, soltó una carcajada tan agradable que me faltó poco para unirme a su risa, era demasiado cálida y contagiosa.

—Suelo hacerlo a menudo —la sonrisa abandonó su rostro—, pero esta tarde no has tenido tanta suerte.

Bien, la amenaza estaba implícita en sus palabras.

Cara a cara

Lo miré de arriba abajo. El hombre que estaba frente a mí tenía un arete pequeño en su oreja izquierda, vestía unos jeans desgastados y una chaqueta negra con cuello estilo Mao. Sus ojos grises lucían tan claros que parecían ser blancos.

En los últimos meses se había puesto de moda entre los hombres llevar el cabello desordenado, pero el peinado del desconocido frente a mí, era totalmente opuesto a los cánones de la vanguardia juvenil: Su pelo era negro, lo llevaba muy corto y peinado en puntas. No parecía estar usando gel u otro producto modelador. Sabía cómo llevar un arete sin perder su masculinidad. Era atractivo y por la forma en que se movía, parecía saberlo. Había algo más en esos ojos plata y sonrisa inhumana, no sabría decir qué... pero sí asegurar que todo su aspecto vaticinaba problemas

—Hey, tranquila. Solo bromeaba, deja que te acompañe y así nos ponemos al día.

—¿Bromeabas?

—Soy bueno mintiendo...

—Como quieras —dije encogiéndome de hombros, no era como si pudiera decir otra cosa cuando él continuaba clavándome su mirada de mercurio. Lamento ser redundante, pero ¿Cómo decirlo? esos ojos desafiaban las barreras de la lógica y estaban obligando a mi razón fingir que no existía lo imposible.

—Pues, yo lo quiero así —contraatacó con una voz grave y un segundo después me tenía agarrada de la cintura, más bien atrapada. No era como si yo tuviera planes próximos para escapar, pero de todos modos un movimiento como ese podía llegar a intimidar a cualquiera.

Y yo no era alguien cualquiera, pero de todas maneras me intimidaba...

—Eh... ¿Qué estás haciendo? —como queja dejaba mucho que desear, pero no era fácil aparentar dignidad cuando un tipo que parecía ser la encarnación de la sensualidad insistía en tocarte justo donde eres más sensible.

—Lo que quiero —se estaba burlando, era obvio.

—No es gracioso.

—No se supone que lo sea. Además ¿No fuiste tú quien me dijo que podía hacer lo que quisiera?

No recordaba muy bien cuales habían sido mis palabras, pero estaban lejos de ser esas. Intenté deshacerme de su agarre. Dejar que un desconocido me acompañara a casa era una irresponsabilidad.

—Mira —empecé—, agradezco que me hayas ayudado y siento si te di una idea equivocada, pero...

Su mano abandonó mi cuerpo.

—Listo, ya se fue.

Fruncí el ceño, sin entender, pero giré mi cabeza hacia atrás para seguir su mirada.

—Tu amiguito —explicó, obligándome a volver mi atención al frente. Además, la

forma en que dijo “amiguito”, lo hizo sonar como la peor de las groserías—. ¿Por qué esa cara? ¿Acaso querías que te devolviera con el mocoso?

Tragué el nudo en mi garganta fingiendo que no dolía ser tan crédula, y tan fácil de manipular. Y por segunda vez en el mismo día. Pero este tipo no me había utilizado, solo había intentado ayudarme frente a la humillación de la que estaba siendo víctima por culpa de Lucas. No era culpa de este extraño que yo no supiera diferenciar la ficción de la realidad.

—No. No es nada —mentí, agradeciendo que el desconocido no pudiera leer mentes.

—Por cierto, soy Nathan Eberhard —dijo extendiéndome su mano y la estreché. Antes de que me dijera su nombre lo hubiera imaginado con cualquier otro: Edgard, Stefano, Ramon Salvador, Vladimir. Bien, puede que no fuera particularmente creativa a la hora de escoger seudónimos. Sin embargo, ahora que sabía cómo se llamaba, no podía imaginar uno mejor, incluso cuando no tuviera jodida idea de lo que significaba.

—Significa regalo de Dios —agregó con sorna después de un rato y no estaba exagerando. Por primera vez en mi vida, comenzaba a creer en la bondad del buen Dios. El nombre le quedaba perfecto.

Distinto a lo que me temí en un inicio, el camino a casa se hizo corto. El humor de mi acompañante tuvo bastante que ver en con eso. No mencionó nada sobre su comentario anterior de una semana inolvidable, pero asumí que lo había dicho para que Lucas, quién aún estaba cerca, escuchara. Además, terminaba de digerir la nueva jugada de Lucas.

No debería sorprenderme. No debería doler. Pero si el corazón obedeciera a la razón, el mundo no estaría como lo vemos.

Mi colegio está ubicado en la Calle Arauco, una de las avenidas principales que cruza toda la ciudad. En la vereda del frente está ubicado el único centro comercial de Valdivia, por lo que esperar que esa calle estuviese vacía, era casi tan imposible como que un tipo como Nathan me acompañara a casa. Como decía anteriormente, era una arteria transitada por mucha gente, y qué decir de los vehículos particulares y públicos.

De hecho, mientras avanzamos, más de una cabeza se giró en nuestra dirección. Y cuando pasábamos frente a las vitrinas de una conocida marca de electrodomésticos, un par de promotoras se asomaron quedando pegadas a los vidrios, tal y como esos peluches que ornamentan los parabrisas traseros de los autos.

Él sonrió complacido, pero no dijo nada, solo apresuró el paso, adelantándose unos centímetros de mí. Estaba por gritarle que debíamos doblar en la próxima cuadra, cuando él se me adelanto, girando a la derecha hacia la calle Beauchef.

Joder.

¿Cómo diablos?

Suspiré y sacudí la cabeza,

La sonrisa de Nathan me pareció deliciosa mientras nos acercábamos al portón de mi casa y yo también me reí. Sus ojos grises brillaron con picardía, cuando se lamió los labios antes de preguntar:

—¿Sabes de qué raza era el caballo de Drácula?

—Pura sangre.

Él arqueó las cejas.

—¿Qué?

—No se suponía que lo supieras —se detuvo un momento, con el entrecejo fruncido. Abrió la cerca, nunca le ponían seguro, y me dejó entrar para luego hacerlo él—. Desde luego, contigo es mejor no suponer nada.

Avancé por los cuadritos de cemento que separaban la cerca de la puerta principal y noté que se había callado, como esperando una respuesta.

—Sabias palabras —coincidí, sin mirarlo e intentando meter la llave en la cerradura. Nuestras manos se tocaron cuando él se dispuso a ayudarme. Le di una palmadita para que la alejara, después de todo se trataba de mi casa. El mismo sitio donde pretendía dejar entrar a un extraño.

—Sabes —me giré hacia él, bloqueando con mi cuerpo la puerta abierta—, me parece que no es una buena idea.

Tras soltar un hondo suspiro, sus manos se apoyaron en la madera de alerce que revestía el marco de la puerta, dado que estaba semiabierta, terminó por abrirse completamente y fueron sus brazos los que impidieron a mi cuerpo dar de lleno contra el suelo.

No era el mejor salvavidas, ya que él mismo había causado mi traspie, probablemente su rápida respuesta le hubiera hecho ganar puntos en otra ocasión, pero justo ahora, me inquietaba.

¿Él y yo solos en casa?

¡Sí!, gritó mi cuerpo, pero mi conciencia era tremendamente obstinada.

Alcé el rostro, dispuesta a deshacerme de su agarre y advertirle que lo mejor sería dejar nuestra plática para otra instancia. Fue entonces cuando Nathan me sonrió con la promesa de un futuro lleno de paz y exento de problemas. Cuando sus brazos envolvieron mi cuerpo y su boca tocó mi oído, yo simplemente asentí con una sonrisa boba:

—A mí me parece que sí.

Desperté en lo que parecía ser mi cama, pero no fue hasta que la luz verde del reloj de mi velador indicó que eran las doce, en que terminé de convencerme. Lentamente comencé a girar la cabeza, fingiendo que el dolor en mi sien, era solo imaginario por lo que pronto se iría.

Pero no, el dolor era malditamente real. Suspiré aliviada al encontrar mi almohada de Edgard Clutter en el rincón izquierdo de mi cama. Estaba húmeda para variar, así que instantáneamente me llevé una mano a la boca, secando los restos de

saliva. Mi habitación estaba a oscuras, pero no necesitaba ver su rostro para saber que estaba ahí. La textura sedosa de la tela me hizo reconocerlo, apreté el almohadón contra mi pecho, mientras apretaba los dientes ante una nueva punzada de dolor en mi cabeza. Últimamente las jaquecas eran cada vez más frecuentes... y dolorosas, y eso sin mencionar mis pesadillas.

Antes de ser consciente de mis actos, el pobre Edgard fue a parar contra la pared, mientras yo me llevaba ambas manos a la cabeza soportando la sexta punzada en menos de diez minutos.

—Maldita sea —dijo alguien sentándose a mi lado y tendiéndome un vaso de agua.

Estaba bastante segura que en ocasiones como estás uno debería preguntar ¿Quién eres?, o como mínimo comenzar a gritar, en cambio, todo lo que hice fue aceptar el vaso y las dos pastillas que me ofrecía.

—Es mi culpa —añadió con una sonrisa, mientras se sentaba a mi lado en la cama. Simplemente asentí, insólitamente convencida de que él tenía la razón y notando que poco a poco el dolor iba menguando.

—Supongo que tienes miedo —hizo una pausa y bajó la voz—. Desde luego que sí, haces bien en temerme.

Lo hacía, pero no porque fuera un posible ladrón oculto en mi alcoba, ni siquiera un potencial violador. Había más, algo fuera del entendimiento humano.

Cuando me giñó el ojo, enterré mis manos en el cobertor de la cama y realmente quise gritar, pero no podía. Algo realmente malo le había ocurrido a mis cuerdas vocales, había quedado muda, porque no había otra forma de explicar que estando sola en mi habitación con un desconocido yo continuara sin poder hablar.

—Verás, tú y yo hicimos un trato hace unos días. ¿Lo recuerdas?

Tragué el nudo alojado en mi garganta.

—Por supuesto que no —la sonrisa transformó su oscuro rostro en la faz de un ángel, pero al instante reemplacé esa idea por la de Azrael, el ángel de la muerte le quedaba mucho mejor—. Solo para que lo sepas, puedes responder. De hecho, me agradecería mucho que lo hicieras, porque los monólogos suelen ser aburridos. Sobre todo cuando la única espectadora está medio muerta.

«Medio muerta...»

Instantáneamente llevé una mano hasta mi cuello. Tras palparlo, uno a uno los dedos de mi mano comenzaron a temblar y pronto todo lo que vi fue una imagen borrosa del extraño acercándose. Mis lágrimas hacían difícil observarle con claridad.

—Además, la luz está apagada —añadió él—. ¿Quieres que la encienda por ti?

—Lees mentes...

—Y también chupo sangre, pero eso tú ya lo sabías ¿No?

—Noo...oh—intenté gritar, pero estaba disfónica.

Enarcó sus cejas llevándose un largo y blanco dedo hacia sus labios, como un recordatorio, pero yo sabía que realmente se trataba de una advertencia. No entendía

bien el cómo, sencillamente lo sabía y punto final.

En medio de toda la oscuridad, él se las ingeniaba para contrastar con gracia. Desde mi ventana, un solitario rayo lunar se filtraba por el visillo, rompiéndose en la piel del vampiro e iluminando sus ojos.

—Quiero decir... —murmuré, sin separar mis manos aún enterradas en el cobertor—. No lo sabía.

—Micaela —me llamó, pero solo atiné a fruncir el ceño y él rodó los ojos antes de añadir:

—Bien, Mica. No te gusta tu nombre —me hizo callar alzando una mano—. No respondas, no era una pregunta. A nadie podría gustarle un nombre como ese ¿En qué rayos pensaban tus padres?

Me mordí la lengua intentando disipar el temor y reemplazarlo por la ira, pero lo cierto es que no era nada fácil, probablemente porque las heridas en mi cuello continuaban húmedas y ardían como el demonio.

—Relájate y no grites.

Instantáneamente retrocedí dándome un golpe brutal contra el respaldo de mi cama ¡Como si no tuviera mi dosis suficiente de dolor!

—Hey, ten cuidado.

Sonreí con histeria.

—¿Y me lo dices tú?

—No veo a nadie más por aquí.

—Estaba evitando que me mordieras, genio.

Él rodó sus ojos y al instante me vi con su mano rodeando mi cuello. Tenía una mano enorme y no sería difícil para él romperme el cuello, sin embargo no lo hizo.

—¿Vas a calmarte?

Asentí.

—¿Puedo soltarte sin que comiences a gritar?

Asentí nuevamente.

Bufó molesto, pero finalmente me soltó. Retrocedió apoyando sus codos sobre mi cama dándome una sonrisa que parecía ser seductora. Probablemente esa sonrisa me hubiese mandado directo al cielo, pero mi estómago se encontraba tan revuelto que todo en lo que podía pensar era en vomitar.

—¿Me estas tomando el pelo?

No dije nada, tampoco esperó a que lo hiciera. En un momento se encontraba sentado en la cama frente a mí con su sonrisa socarrona, y al siguiente, la luz de mi cuarto se había encendido y yo tenía una cacerola entre mis manos.

—¿Y esto?

—Fue todo lo que encontré, no conocía tu cocina...

El pánico momentáneamente olvidado, regresó con fuerza.

—¿Has estado en mi casa antes?

—Veamos —estiró la mano y la dio vuelta, enumerando los dedos de su palma a

la vez que respondía—. En tu cuarto, el baño de abajo, el de esta planta, la sala de estar, el comedor, y ahora también la cocina.

—Está bien, mejor no quiero saberlo.

—Tú preguntaste —me miró fijamente, mientras me enrostraba mi idiotez.

—Ya, pero me arrepentí.

Sabía que estaba actuando como una cría y cruzarme de brazos no ayudaba en nada a mi actual imagen, pero no podía hacer otra cosa. Esto era bastante loco e irreal. Además...

—¡Mierda!

—Vaya, ¿Con esa boca comes?

Lo ignoré deliberadamente, mientras inhalaba profundo en un ridículo intento por aplacar el dolor.

—Haz que pare, por favor...

—No lo sé. No eres amable conmigo.

Otra sonrisa volvió a asomarse en sus labios y estuvo cerca de contagiármela, salvo que las lágrimas que habían bajado hasta mi boca eran un aliciente aún mayor y la risa no salía.

—Por favor...

—¿Y si no puedo?

Llevé ambas manos a mi rostro, intentando arrancarme el dolor de una maldita vez. Era como si me estuvieran partiendo el cráneo en dos.

—Sé que puedes. De otro modo, no estarías aquí.

Nathan dejó escapar una nueva maldición y luego el dolor sencillamente me dejó, me abandonó y en su lugar, mi mente quedó repleta de recuerdos, imágenes horribles y monstruosas, y cada una era peor que la anterior.

Cuando volví a alzar el rostro, su mirada ya no era pícara, sino fría y animal.

—Cuando aprenderás Mica. Cuidado con lo que deseas.

Cara a cara II

Bien. Tal vez la mirada animal no tenía nada de malo, sobre todo cuando provenía de unos ojos color plata.

¿Qué diablos iba mal conmigo? Al parecer más de lo que todos creían y comenzaba a temer que Lucas tuviera razón. Ser normal no podía ser tan malo.

Inhalé lentamente, reteniendo el aire segundo a segundo.

Los recuerdos no llegaron todos a la vez. Hubiera sido genial, lo admito. Sin embargo solo se trató de un par de imágenes, aunque más que eso eran sensaciones. Era como si hubieran alterado detalles vitales de mis experiencias, dándole un sentido completamente opuesto a mis memorias. La parte buena es que parecían haber vuelto a mí los acontecimientos esenciales. La parte mala es que ya no tenía el recuerdo de una pacífica noche de sábado en mi cama, sino el de mi cuerpo siendo desangrado en plena calle, entre un cúmulo de restos de una vieja construcción.

Contuve la respiración, atónita. No daba crédito a lo que recordaba, mientras, en un acto inocente, me ocultaba bajo las mantas de mi cama. Era absurdo creer que dos centímetros de tela me protegerían de una máquina asesina, pero no era fácil pensar con coherencia cuando lo único que tenías en la cabeza era la imagen de un montón de sangre goteando por tus ropas, formando un charco en tus pies. Bien, pues eso era justamente en lo único que podía pensar, pero eso no era nada en comparación al dolor que secundó a la imagen.

Cerré los ojos, ignorando la carcajada que soltaba mi acompañante. Nathan continuaba a mi lado, al parecer sin intenciones de querer comerme esta noche. Por un instante, tengo que admitir, me planteé la idea de que no era más que un tipo enfermo que me había drogado. Era una excusa bastante razonable, sobretodo porque él continuaba riéndose como si se tratara de la cosa más graciosa del universo.

¿Cómo diablos no había despertado mi mamá con tamaño escándalo?

¡Dios bendito, probablemente la había matado y yo seguía aquí, oculta como una idiota bajo las frazadas, sin poder ayudarla!

—Puedes dejar el drama. Espera un momento ¿Esa morena sexy es tu madre? — Soltó un silbido—. ¡Vaya! Eres todo un caso, ¿lo sabías? Si es así, puedes estar tranquila, está sana y salva. Confía en mí, se veía en muy buen estado cuando llegó hace...—comenzó a hacer tiempo como si le costara recordar, no es que yo necesitara su respuesta para saber que ella había llegado tarde, si es que había llegado. Es decir, era mi madre de quien estábamos hablando después de todo.

Me puse en alerta de golpe cuando lo sentí moverse de mi cama; fue algo suave, típico de un vampiro supongo. Si existen pautas para lidiar con un vampiro, realmente me gustaría saber en dónde las venden para conseguir una copia o, tal vez, bajarla de Internet. Algo así como manual de supervivencia ante una inminente invasión vampírica. He sido fanática del género por menos tiempo del que me gustaría admitir, pero ninguno de los libros mencionaba la parte oscura. Vale, puede

que uno que otro lo hiciera, pero siempre resultaba ser el antagonista quien mordía feo.

—Eso es porque no has leído los clásicos, ¿Siquiera has leído Drácula?

Ignoré su comentario, él solo quería asustarme. Quizá si se alimentara de una manera más delicada, el dolor de su mordida sería soportable.

—No lo hará —dijo él, otra vez haciendo honor a su naturaleza impertinente y deteniéndose en la puerta de mi alcoba.

—¿Hacia dónde vas?

—A ningún lado en particular

—¿Entonces?

Exhaló un suspiro.

—Parecías necesitar tiempo a solas.

—¿Qué sabes tú?

—Bastante, desde que puedo leer tu mente...

Me dije a mí misma que responderle solo aumentaría su diversión, porque por enfermo que pareciera, él se la estaba pasando en grande. No había otro modo de explicar la sonrisa en su cara. Era una sonrisa sexy, sádica, cruel, doblemente sexy. Bien, todo eso, pero en uno.

Una jodida bomba para el corazón.

—Bien, sobre eso... ¿Puedes controlarlo?

—Desde luego, de otro modo me volvería loco ¿no te parece?

—Sí —balbuceé, resistiendo las ganas de caminar hasta donde estaba él, observándome con la cabeza descansando contra mi puerta.

—Podrías... ya sabes.

—¿Dejar de meterme en tu cabeza?

—¡Exacto!

—Sí —una pausa—, eventualmente podría —se llevó una mano a su mandíbula, luciendo mortalmente serio—. Pero sería aburrido, así que olvídalo.

—Eres un cerdo.

Nathan hizo una mueca de molestia, pero no dijo nada, a no ser que rodar los ojos fuera algo. Bien, al parecer cerdo era la palabra mágica para quitar de su rostro la sonrisa sardónica.

Cuando finalmente salí de la cama, tenía la mejor de las intenciones; había pensado en dialogar con él, para así llegar a un acuerdo menos arbitrario. No como “ese” acuerdo al que tanto se refería él, sino uno mejor, más sensato, sobre todo uno que yo pudiera recordar haber aceptado. Salvo que cuando mi pie tocó la alfombra de mi cuarto ya no tenía recuerdos falsos que protegieran mi salud emocional y lo cierto es que saber la verdad era jodidamente malo y a la vez, vergonzoso porque ya no traía la ropa de la escuela.

Oh mierda, ¿Nathan me había desnudado?

—¿No crees que vamos un poco rápido? —le espeté, esperando que saliera con

algún comentario mordaz que me dejara fuera de combate. Honestamente, lo estaba deseando, en cambio todo lo que dijo fue.

—No lo creo.

—¿Crees en algo? —pregunté sarcásticamente. Solo quería ganar tiempo para aplacar mi nerviosismo. Cuando tienes frente a ti al objeto de tus fantasías, todas las cosas que pensaste te gustaría hacer y decir parecen ser inútiles. Yo alucinaba con secuestrar a Robert Paterson o Ian Somerhot y ahora estoy aquí, prácticamente secuestrada en mi propio cuarto con una copia mejorada de ambos, y sin lograr llegar a nada. A nada parecido a mis fantasías al menos.

—Desde luego, creo en mí —su respuesta no me incomodó tanto como su rostro prácticamente tocando al mío. Jesucristo, este tipo no conocía el significado del espacio íntimo personal.

—¿Sabes al menos el significado de la humildad?

—Por supuesto, es algo así como el premio de consuelo para los feos, fracasados, conformistas, entre otros perdedores ¿no?

—Eres...

—Toma un respiro, estoy bromeando.

No era cierto, al menos no en la primera parte.

—¿Qué paso con mi ropa?

Tan solo se encogió de hombros antes de admitir que la había tirado.

—No sé cómo lo harás tú, pero en mi caso las cosas cuestan dinero.

—No eres nada divertida.

Lo miré con perplejidad.

—¿En serio? Primero, no soy un maldito payaso y segundo, quién puede ser divertido si es acosado por un vampiro o bestia sobrenatural que te hace una lobotomía jaquecosa, después de casi desgarrarte el cuello a mordiscos.

Dije levantando la voz. El nerviosismo de la que había sido presa momentos antes, se había ido a la mierda.

—Baja la voz, no querrás despertar a tu madre.

—No está.

Nathan vaciló por un instante antes de decir:

—¿Cómo lo sabes?

Hay cosas que no quieres admitir ante nadie, ni siquiera frente a un vampiro súper sexy que puede leer tu mente y esta era una de esas cosas.

Él no tenía por qué saber sobre mis complejos familiares.

—Porque de otro modo no te hubieras reído tan fuerte.

—Sabes Mica —pronunció las palabras muy cerca de mi rostro, logrando que mi estómago comenzara a revolverse. Cubrí mis piernas desnudas con la colcha, deseando haber aprovechado el tiempo a solas que Nate me había ofrecido momentos antes—, no sabes mentir.

Me eché a reír sin poder evitarlo, mientras sentía su mano revolver mi cabello.

—No estés triste, no te voy a comer —murmuró, insinuando una sonrisa.

—Honestamente, no es nada halagador que me hables así.

—¿Cómo? —me preguntó, alejándose.

—Justo como lo haces ahora, tan... —dudé, cuando me miraba de ese modo, era jodidamente difícil que mi cerebro y lengua conectaran—, tan... ya sabes, condescendiente. Como si me estuvieras haciendo un maldito favor al no comerme.

—¿Acaso no lo estoy haciendo? —contestó amablemente, pero no mordí el anzuelo y respondí sabiendo que me iba a terminar tragando las palabras tarde o temprano, aunque esperaba que fuera más tarde.

—¡Desde luego que no! ¿De verdad crees qué me voy a quedar así tan campante, mientras tú te das vida de romano bulímico a mi costa?

—Pensé que tú y yo teníamos un trato.

Otra vez el maldito trato

—¿En el que me chupas la sangre hasta secarme?

—¡Desde luego! ¿Qué pensabas?, ¿qué te haría toda clase de favores sexuales mientras tú rogabas por ser convertida?

No pude rebatirlo...

—Por todos los cielos, qué mierda has estado leyendo todo este tiempo, ¿Ocaso?

—Ahora estoy leyendo Conversaciones con un Inmortal de Ann Rose — dije. Sabía de sobra que no todos opinaban lo mismo que yo sobre Ocaso y ya me habían hecho suficiente bullying por eso. No pensaba darle el gusto a un vampiro sádico, también.

Nathan puso sus ojos en blanco y se estiró sobre mi cama, lucía bastante humano haciendo eso, exceptuando los colmillos que sobresalían de su boca, claro.

—Solo para que te quede claro, soy heterosexual y jamás, en todos mis años, he conocido un maldito vampiro virgen. Además, a partir de hoy vas a mantener tu nariz alejada de tanta fantasía.

—¿Y si no quiero? No recuerdo haber firmado ningún contrato, ¿o sí?

—La sangre, firmaste con tu sangre. Ok, da igual, de todas formas no es que tengas muchas opciones. Terminarás haciéndolo quieras o no.

Odiaba admitir que él tuviera la razón.

Resistí el deseo de incrustar mi puño en su boca, en la mejor de mis fantasías, le rompería la mandíbula, pero en la realidad el maldito me rompería los nudillos. Y me acababa de prometer que no le daría una sola gota de sangre esta noche.

—Ya bebí suficiente por hoy —admitió después de dar una mirada indiferente a mi cuerpo—, no te preocupes estoy satisfecho.

—Querrás decir que ya me vaciaste lo suficiente por hoy. De todos modos no pretendía alimentarte —le dije, imitando su voz alegre y casi cálida, como si estuviéramos bromeando entre amigos, excepto que se trataba de mi verdugo.

—Vamos cariño, pero si a ti te encanta que te agoten —murmuró, con la voz entrecortada por la risa.

No contesté, en su lugar me puse de pie y corrí hasta mi armario, esperando encontrar un pantalón de chándal para cubrirme, pero todo lo que hallé fue dos ojos grises derritiéndome con su calor.

—Tú quieres...

—Sí...—me encontré admitiendo, con una voz igualmente jadeante.

A pesar de que no estaba vestida para la ocasión, bueno no es como si existiera un traje especial para cuando te vas a liar con un vampiro, no me intimidó.

Di un paso hacia él y cuando su nariz rozó mi piel, mi cuerpo flaqueó y me quedé sin fuerzas para luchar en contra del deseo. Tampoco me paré a pensar en lo insignificante que era, incluso cuando me sentía así del modo más extremo posible; como una pluma en medio del más enorme huracán. No tenía otra forma de definirlo, no cuando mis dientes castañeaban y menos aún, cuando mis dedos se estremecían entorno a la piel de su cuello. Avancé aún más cuando un vapor incitador se alojó en mi cuello... caliente y húmedo, justo como la textura de sus labios al besar mi mandíbula y esta vez, mis manos se aferraron muchísimo más fuerte a su cabello.

Rogué por más y aquello pareció sorprenderlo, porque me miró boquiabierto mientras giraba para darle un mejor acceso a mi yugular; justo como deseaba, justo como él exigía. Ni siquiera se molestó en fingir, lo escuché reír brevemente antes de atacar.

—Seré bueno —prometió. Su aliento había dejado un rastro cálido sobre mi piel. Cerré los ojos y me mordí los labios para contener el gemido de anticipación.

Luego, oí un sonido espantoso: piel desgarrándose.

Si su intención fue ser delicado, no lo noté, enterró sus colmillos de forma deliberadamente cruel, justo como la mirada que me dio la primera noche. La noche en que lo seguí y no escuché sus advertencias, la noche en que cerramos el trato.

—¿Pensaste que sería algo sexy? —su boca se curvó en una sonrisa, intentando parecer amistoso, pero no pasé por alto la rebeldía que imperaba en sus facciones.

Maldición, casi me había arrancado la cabeza...

—Dijiste que sería solo un mordisco.

—También te advertí que era bueno mintiendo, pero no quisiste oírme. Te pedí que me dejaras en paz y no hiciste caso, claro, era mucho más fácil jugar a «persigamos al vampiro», que actuar de forma sensata.

—¿Qué sabes tú de sensatez?

—Nada, y ya ves como estoy. Volviendo al tema: tienes razón, mentí. No me alegra, pero no puedo hacer nada para evitarlo. Es lo que soy.

Dejó mi cuello en paz y me regaló una mirada extrañada mientras se limpiaba los labios con el pulgar.

—Vamos

—¿Dónde? —Estúpida—. Quiero decir, no... ¡No! Claro que no iré a ningún sitio contigo.

—Camina conmigo. Ven —me extendió su mano ¡Cómo si la fuera a aceptar!

Chupasangre engreído.

—Estás mordiéndote el labio—le dije.

—¿Y? ¿Tiene algo que ver?

—Claro, estás escondiendo una sonrisa ¿Cómo puedo tomar tus dichos en serio, si te burlas de mí?

Nathan tensó el rostro y me observó con expresión grave. Una línea de confusión asomó entre sus cejas.

—Hablabas en serio. Yo siempre hablo en serio.

—¿Incluso cuando me mientes?

—Incluso cuando te miento—estuvo de acuerdo—. Es parte de la diversión.

—No lo parece.

—Bueno, las cosas cambian cuando se está al otro lado de la vereda.

—Querrás decir, cuando se es mordido.

—Como sea, hablo en serio. Analizo muy bien mis palabras antes de hablar. Esa es la maldición de tener mucho tiempo para pensar en ello, terminas cuestionándote todo.

—Eres un maniaco del control.

Estaba segura de que debía haber por ahí otros vampiros con mejor humor. Y de seguro menos amargados y violentos.

—Estás caminando por una línea muy delgada. Hay límites —advirtió en voz baja.

—¿Límites?

—Sí —respondió con su mirada fija en mí—, entre lo que es correcto y yo. Ahora sígueme.

—Ya te dije que no iría

—Ambos sabemos que no tienes opción. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

Rodé los ojos, mientras Nate continuaba argumentando.

—Mira, aquí te va una nueva cláusula. ¿Qué te parece si dejas de lado esa actitud de adolescente irritada?, no va contigo. Además, ambos tenemos mucho que ganar. Yo me ahorraré un montón de trabajo extra al conseguir mi cena y tú, de ahora en adelante, no tendrás que preocuparte que la sexy morena que tienes por madre sea mi cena.

Otra vez sus amenazas. Sentí mi cara calentarse, de seguro se me habían enrojecido las mejillas.

—No pretendía ofenderte.

—Seguro que no.

De repente, tuve una imagen clara de mi madre. Su cabello marrón, cortado en flecos rozándole el hombro. Sus ojos verdes, muchísimos más claros que los míos. Hice una nota mental de cada una de las veces que había oído a alguien decir lo sexy que era mamá.

Desde que tenía memoria, mi mamá ha sido una mujer muy guapa. Deslumbrante,

para ser sincera. Había tenido a mi hermano mayor a los quince y yo le seguí siete años más tarde, sobraaba decir que cada vez que nos confundían como hermanas, ella saltaba de emoción. Patético.

Cuando cumplí los once las cosas cambiaron en casa, mamá todavía se encargaba de repetir que había sido culpa mía el hecho de que papá se metiera en la cama de la madre de una de mis compañeras de colegio, y hasta hace un tiempo yo también lo creía así. Y como está en nuestra naturaleza humana encontrar otro culpable, ahora responsabilizo a papá.

Después de todo, nadie lo obligó a meterse en la cama de otra mujer y no, no estoy hablando en sentido figurado. Hablo de cama, del tipo que involucra sábanas, sudor y sexo.

Mamá nunca lo había dicho, pero sabía que me hacía responsable de la separación. Yo había obligado a papá a ir conmigo a Fanatimundo, una tienda recién inaugurada dónde vendían toda clase de artículos para fanáticos de todos los géneros; cómic, libros, películas. En realidad no había un “algo” que no pudieras encontrar en esa tienda, parecía el cielo para los fanáticos como yo, sobre todo si te gustaba Henry Ploter. Tenían los libros, DVD, blusas, barajas, cuadernos, La Guía al Mágico Mundo de Henry Ploter, etcétera.

Tres meses después de instalarse el local, papá se fugó de casa junto a la dependienta, la tienda fue cerrada y yo perdí dos cosas que amaba de un golpe.

Por lo mismo, no debería culpar a mamá por detestar mi obsesión con las sagas de brujos y vampiros. Tampoco debería culparla por no querer pasar tiempo en la casa donde se había roto su matrimonio.

Aún recuerdo cuando se enteró del engaño. Una noche particularmente fría, mi hermano Rodrigo llegó a casa insólitamente ebrio, tras ver a papá besándose con otra. Rodrigo tenía apenas diecisiete años y al parecer, nunca antes había bebido —cosa que dudo, pero esa es la versión oficial—, por lo que como era de esperarse, se armó un gran lío.

No puedo reprochar a Rodrigo el hecho de embriagarse, yo hice lo mismo cuando corté con Lucas. Supongo que era o es, la forma más fácil con que la familia podía lidiar con los problemas. O evadirlos, que viene más al caso.

Mamá por otra parte, optó por encontrarse un trabajo que apenas le dejara tiempo para pensar en lo mucho que me odia u odia a papá; y para ocupar el tiempo restante, ese intervalo muerto que queda entre el término de la jornada laboral y la hora para descansar, mamá encontró a Rick, su joven y guapo novio.

Como dije anteriormente, mamá no quería estar en casa... lo entiendo y de hecho lo prefiero así. Es un acuerdo tácito entre una madre e hija que no están dispuestas a comunicarse para resolver sus problemas, odiosidades y malos entendidos.

Aun así, me dolía. Incluso, a veces la odiaba.

Por otro lado, a ella tampoco parecía gustarle nada de mí.

Esa noche no pensé en lo que estaba bien o estaba mal, la verdad ni siquiera me

detuve a meditar en las consecuencias. Tomamos un taxi fuera de casa y no se detuvo hasta llegar a la salida sur de Valdivia, donde la carretera se dirigía a Futrono.

Seguí a Nathan a su casa porque él me lo ordenó y, la verdad, no estaba segura de nada. Un chico extremadamente sexy me invitaba a vivir con él y, lo mejor-peor de todo, es que era un vampiro. La verdad es que no me sentía tan preocupada como debía, sobre el porqué todavía tenía algo de esperanza de que terminara convirtiéndome. Quizás es mi corazón de adolescente. Ese que aliado con las hormonas, destituyen a la razón y, de alguna manera, te obligan a caminar hacia lo desconocido. Por lo mismo, las palabras de Nate sobre no tener opción, no me coartaban más de lo que sí hacía el traidor alojado en mi pecho.

—Bien, si vas a vivir aquí —murmuró, mientras apuraba el paso.

El taxi se había detenido en plena carretera, dejándonos a Nathan y a mí en medio de la nada, nos adentramos en el follaje y, oculto por árboles y matorrales, se alzaba un enorme cerco metálico.

—Contigo —le recordé, vivir juntos era parte del trato.

—Ajá —un bostezo—. Si vamos a vivir juntos —Esta vez hizo chasquear su lengua—. Deja de sonreír así, me distraes.

Mordí mi labio mitad divertida, mitad cansada. Habíamos comenzado a subir una cuesta de piedra y barro, sentía los dedos húmedos, y en todo el trayecto, jamás miré hacia atrás.

Mis zapatillas Converse debían ser historia.

—Tal vez te pongo nervioso.

—Todo lo contrario, en fin. Si vas a quedarte, hay tres reglas que debes seguir.

—Lo que sea, solo date prisa —me pasó los brazos por encima del pecho—, estoy congelándome.

Él ni se inmutó.

—En serio, no eres divertida. Mira, lo diré una sola vez y no pienso repetirlo: Debes mantenerte fuera de mi cuarto, fuera de mi baño y estar a mi servicio las veinticuatro horas del día.

—Te faltó que mantenga tu existencia en secreto —señalé. Esa era básicamente la primera regla de los vampiros en las novelas.

—No hace falta —me respondió echándome una mirada rápida—. ¿Quién te creería de todos modos?

Tenía razón, para todo el mundo yo estaba loca. Y si en algún momento, alguien lo dudó, después de exponer mi cuello tatuado por toda la escuela, a nadie le quedarían dudas al respecto. Ni yo me lo creía todavía. No es que me cuestionara sobre mi cordura, o la existencia de los vampiros... pero hombre, una cosa era desear que existiesen y otra muy distinta era mudarse con uno, totalmente real.

A no ser que verdaderamente esté cucú o peinando la muñeca como dicen popularmente.

—Ah, lo olvidaba. Nada de preguntas. Es aburrido cuando conviertes una

relación en un interrogatorio. Quiero decir ¿Dónde está la confianza?

Sacudí mi cabeza, pensando en que ni siquiera habíamos llegado a su casa y ya me estaba exigiendo que no invadiera su espacio. De un modo u otro, por enfermizo que pareciese, comprendí que efectivamente, habíamos acabado juntos. Los cómo y los porqués, eran tema aparte.

—El camino era lo suficientemente ancho para que subiera el taxi, ¿esta es tu nueva forma de torturarme? —mascullé minutos después, tras percatarme que caminar era un esfuerzo innecesario.

—No, no lo es. De hecho, no tenía idea de que te estuviera torturando. A decir verdad, pensé que estaba cumpliendo tus fantasías. Salvo las sexuales, pero claro, podemos esperar a que seas mayor de edad —sonrió cínico—, ¿No era esto lo que querías? Conocer a un vampiro, que te llevase a su castillo en un corcel blanco. No, espera, lo estoy mezclando con el príncipe azul —Nate se encogió de hombros—. Como sea, es la misma basura.

Pasaron otros quince minutos antes de llegar a la cima y cuando eso sucedió, me quedé de piedra. Desde esa altura los autos en la carretera parecían Hot Wheels. La panorámica era una postal en 3D y la conformaban más o menos veinte hectáreas. Podía divisar las copas de los Ulmos, Avellanos, Mañíos, Manzanos, Cerezos y otros árboles que no reconocía. Era un típico día fresco de Valdivia, pero sin la lluvia, una cualidad distintiva de la Región de Los Ríos. Más impresionante, fue ver estacionado junto a la casa un Mitsubishi Outlander, reconocí el modelo de inmediato y apostaría que era del año. Lucas había hablado del modelo en más de una ocasión. A pesar de la rabia, no hice ningún comentario de por qué había optado por hacernos subir toda esa cuesta a pie teniendo ese monstruo aparcado.

Aunque si no se había molestado en llevarme en taxi hasta la puerta de su propiedad, estaba claro que podía olvidarme de montarme alguna vez en su vehículo.

Su casa, bueno... Definitivamente era algo digno de describir. No poseía la clásica forma cuadrada, sino que era alargada y estaba fundada sobre una base de cemento, esto le daba un aspecto natural y no invasivo, muy respetuoso con el medio ambiente. La vivienda parecía flotar en medio del bosque de pinos, manzanos y cerezos, pues no estaba en contacto directo con el suelo. Tenía solo una planta, y a medida que nos acercábamos, pude distinguir mejor los detalles de la madera, parecía pino.

—¿Cuánto mide? —pregunté, sin ser capaz de cerrar mi boca.

—No lo recuerdo. Ciento treinta metros cuadrados, creo. Tal vez más, tal vez menos. ¿A quién le importa?

—Ajá, a quién le importa—respondí boquiabierta.

—Luego tomas fotos —resopló Nate y nos apuramos hacia el interior. En la entrada, tenía macetas de greda ordenadas de menor a mayor tamaño, todas con pequeños arbustos en ellas. Esperaba encontrarme con el living o comedor, pero

extrañamente la entrada daba a la cocina. Una muy amplia y exquisitamente amueblada cocina americana, que colindaba con el living. Había un pasillo enorme que surcaba toda la casa, baños, living y cocina.

El señor Se mira, pero no se toca, me dio permiso para inspeccionar toda la propiedad, salvo su habitación, que era la más alejada. Fue bastante fácil deducir cuántas puertas podría abrir antes de frenarme. En total, conté cuatro habitaciones (incluyendo la que no se me permitía visitar), dos baños, uno en el pasillo al alcance de cualquier invitado y otro en una de las habitaciones, supuse que esa sería la mía. Existía un tercer baño, pero ese estaba en el cuarto prohibido, así que no lo cuento.

Detrás de la casa, afuera, estaban la lavandería, leñera y bodega. Y en frente, un corredor que seguía toda la extensión de ésta con vista hacia una plantación de pinos, seguramente de una forestal. Desde la ventana de la cocina, que adornaba la fachada de la casa al costado derecho de la puerta principal, podía ver la carretera que iba a Paillaco, apostaría que de noche se veían las luces de la ciudad.

No me sorprendía que Nate hubiera escogido este lugar para vivir. Lo que me asombraba es que hubiera accedido a compartirlo conmigo. Casi me reí, ¿qué pensaría mamá acerca de esto?

Por la mañana, desperté de pésimo humor, sobre todo porque había tenido que dormir en el living, sin calefacción y sin comer. Nate mencionó algo sobre tener que comprar sábanas nuevas y víveres aptos para humanos. Como si fuera poco, cuando desperté se había llevado su Mitsubishi con él. El frío me había despertado temprano, lo que por una parte era bueno, ya que entraba a clases a las ocho de la mañana. Hubiera sido genial darle un alisado a mi uniforme, pero no encontré la plancha por ninguna parte. Eso sí, estaba segura de que Nathan debía tener una, dado que siempre vestía impecable. Aunque, nunca lo había visto usar algo que no fuera chaquetas de cuero y jeans. En fin, era mi culpa al haber dejado el uniforme en la mochila toda la noche, debí quitarlo de ahí apenas llegué.

Me di una ducha con agua tibia. Cosa que agradecía, ya que no me lo esperaba. La curiosidad fue demasiado para mí y, cuando terminé mi baño, volví a inspeccionar el lugar. Parecía que la casa de Nate era lo último en ahorro y cuidados del medioambiente. No encontré un calefón, pero aun así había agua tibia. Había oído acerca de casas auto-sustentables, pero jamás había visto una. Se suponía que usaban el sol para calentar el agua que, además, solía venir de fuentes naturales. En los alrededores encontré algo que parecía un sistema de filtros. De hecho, caminando otro poco noté que usaba agua de un estero.

En cualquier caso, eso no era todo, aún había más. Resultaba que no solo era un infierno bajar esa cuesta a pie, también lo era bajar con un uniforme dos tallas más pequeña, ya que como Nate había arruinado mi último uniforme escolar, me había puesto el del año anterior. Así que imaginen lo difícil que fue para mí, correr cuesta abajo con un ajustadísimo jumper.

Como si no tuviera suficiente con que cierto vampiro egoísta se marchara sin

avisar o darme un aventón, resultó que los buses pasaban cada quince minutos. Para cuando por fin pesqué uno, tardó otros cuarenta en llegar a la ciudad, más otros cinco que perdí corriendo las tres cuadras que restaban del terminal de buses al liceo. Llegué atrasada.

Diciembre llegó y con él, los días soleados. En Valdivia llovía todo el año, sin importar la estación. Se suponía que el veintiuno empezaba la primavera, pero estábamos a seis y si bien brillaba el sol, no había forma de prever si por la tarde se largaría a llover.

Sé lo que se estarán preguntando ¿Qué rayos había pasado con mi familia? Bien la cosa es que no pasó nada. Admito que llegué a creer que si me ausentaba demasiado, mamá y Rodrigo se preocuparían, pero ni siquiera preguntaron donde me estaba quedando. No había dejado el colegio y me dejaba caer los fines de semana para buscar algo de ropa. Preferí asumir que sabían que estaba bien y por eso no se preocupaban, aunque también cabe la posibilidad que les importaba un bledo.

Era un jueves como tantos otros, en clase. Me entretenía observando las pequeñas partículas de polvo que flotaban libres través de la ventana, moviéndose lentamente entre los halos que proyectaba el sol al estrellarse contra el cristal.

A mi lado, María José observaba la guía de matemáticas con una concentración admirable.

Ni siquiera quise ver la mía ¿Para qué perder el tiempo? Estaba en blanco, con suerte tenía un par de borrones, la verdad es que me había limitado a ponerle el nombre.

El área científica no era lo mío, me consideraba 100% humanista.

Y hablando de humanismo. El mito y las letras se habían convertido en mi rutina diaria.

Tres semanas después de que me fuera a vivir con Nate, las cosas seguían sin mejorar. No hablábamos mucho, lo que estaba bien, no tenía mucho que decir y cuando habría mi boca, mi fanatismo tomaba el control y ya saben, las cosas no terminaban del todo bien. No para mí, al menos.

Pensar en eso no es muy agradable, así que opté por distraerme observando la sala, más específicamente a mi compañera de banco y según la ocasión, mejor amiga.

María José traía puesto su uniforme impecable, como siempre. Su largo cabello castaño, estaba trenzado hasta la cintura, liso, siempre liso. Me recordaba a Pocahontas, pero más voluptuosa, mucho más voluptuosa.

Mi amiga cambió su antigua pose, erguida sobre su banco, por una reclinada en la mesa, ambas manos bajo su barbilla, el rostro casi imposible de ver. Tensa, muy tensa.

Algo le pasaba a María José.

Me giré hacia a ella, sus lentes de lectura eran los mismos de siempre. Sin embargo, había algo diferente, algo...

—Sí, sí ¡Me faltan cejas! Se me pegó un chicle anoche.

Ah. Con que eso era...

No volvimos a hablar en lo que quedó de hora.

A la salida, me desvié de mi camino al terminal de buses, ya que había una gran cantidad de alumnos yendo en esa dirección y no quería levantar sospechas por ahora. Además, me sirvió como excusa para pasar a la Cafetería de Nori y dejar mi currículum. Si iba a independizarme, lo mínimo que podía hacer era buscar un trabajo. No quería que Nate se aburriera de mí y me botara lejos por ser una carga. Aunque, si dejo fluir la realidad en mis elucubraciones, Nate y yo, no teníamos una relación, ni siquiera éramos amigos, así que debería pagarme por alimentarlo, o al menos debería atenderme mejor, ya que ni siquiera se encargaba de darme de comer. Cómo espera que recupere mis energías después de ser chupada al máximo cada vez que se alimenta de mí.

Pasé a un cajero automático y saqué lo último de mis ahorros del dinero que mensualmente me depositaba papá para no sentirse tan culpable y compré algunos víveres para no morir de hambre. También pasé a una tienda de artículos de hogar y DECORACIÓN para comprar otro cobertor. Ya me había encargado de comprar sábanas, pero necesitaba otro cobertor, dado que mi nivel calórico era casi nulo.

Cuando llegue a la casa del bosque, no había nadie. Supuse que Nate todavía no llegaba del trabajo o delo que fuera que hiciese para ganarse la vida, que además tenía toda la pinta de ser ilegal. Mantener una casa como esa y el Outlander no debía ser barato, aunque por otra parte, vivir tantos años podía dejarte unos ahorros jugosos.

Dejé las bolsas en la encimera de la cocina y aproveché la oportunidad para saciar mi curiosidad insana. No debería haberlo hecho, lo sé. No me importó que Nate me hubiera advertido sobre esto, pero mi curiosidad era una característica de mi personalidad, con la que todavía no sabía lidiar, como muchas otras en realidad. Así que lo hice. Sin encender la luz, caminé por el oscuro pasillo, de ese modo si llegaba Nate, tendría un poco de tiempo para escapar por entre las sombras. Continué caminando y cuando llegué al final del corredor, no me detuve. Agarré con una mano el pomo de la puerta, lo giré notando, aliviada, que no tenía llave. ¿Confía en mí, o acaso estaba tan seguro de sí mismo y sus instilaciones?

En la cueva del lobo

Mi intención nunca fue violar la privacidad de Nate o cualquier código que tengan los hombres. Me refiero a que, bueno, esperaba encontrar lo típico. La verdad es que entrar a su habitación, era la única forma que conocía para poder acercarme un poco más a él, para lograr entenderlo y de paso, comprenderme a mí también, porque en ocasiones, cuando el frío y el hambre no me dejaban dormir sentía que era una reverenda estúpida por seguir ahí.

Dándolo todo, sin recibir nada a cambio. Ni siquiera aquellos elementos necesarios para cubrir mis necesidades básicas.

Cuando entré a la habitación de Nate, no había nada de lo que esperaba ver. Supongo que esperaba encontrar..., tal vez no un cadáver, pero al menos una nevera con bolsas de sangre RH.

Me detuve frente a su cama. No sé qué esperaba ver, tal vez un colchón King Size o al menos una americana de dos plazas con sábanas de satín negro, pero en lugar de eso me encontré con una sencilla cama de plaza y media ordenada de manera impecable. Tenía un cobertor azul, sábanas blancas, y sobre el cobertor, dos simples cojines de un tono azul más claros. No había una sola arruga sobre ella. Toda la habitación estaba reluciente. Como dormitorio militar. Apostaría a que ni siquiera había partículas de polvo en el aire y, la verdad, no me extrañaría que estuviera sin uso. Probablemente ni siquiera dormía, y si lo hacía, no era aquí por lo menos.

Era un cuarto promedio, no pequeño, pero tampoco exageradamente grande. Como era el último, tenía forma cuadrada y toda la pared frontal estaba rodeada por un armario. Las tres paredes restantes las habían convertido en una moderna biblioteca, incluida la pared dividida por la puerta, aunque ésa solo tenía la parte superior convertida en librero.

Era una ventaja que el techo fuera alto, tenía más de un metro y medio de puro libro sobre mi cabeza.

¡Debía haber por lo menos un millón de libros!

Lo sé, estaba exagerando.

Al principio me emocioné, porque adoraba leer y aquí tendría material de sobra. Me sentí como la protagonista de *La Bella y la Bestia*, en su versión de Disney, con esas enormes columnas de libros y la escalera anclada a sus barrotes. Pero claro, mi dicha no duró mucho cuando todo lo que encontré fueron enciclopedias, libros de historia y ensayos sobre la segunda guerra mundial. Autores como Wolfram Wette, Wladyslaw Szpilman, Michal Grynberg y otros tantos con nombres igual de ilegibles.

Definitivamente, su repertorio no incluía novelas de ciencia ficción. Supongo que nadie puede ser perfecto.

De repente, noté que junto a la cama, había un pequeño buró de madera. Era de un marrón mucho más oscuro que el resto de los muebles de la habitación, también considerablemente más antiguo. Se notaba que habían intentado acicalarlo, pero era

innegable el correr del tiempo, bastaba con ver la superficie.

Un vaso sin agua y una agenda descansaban sobre el buró y bajo este, se asomaba un pequeño cajón a medio cerrar.

«No lo hagas, no es de tu incumbencia» me urgió mi conciencia, pero había llegado tan lejos ¿Qué daño haría?

Abrí el cajón, pero solo encontré comprobantes de la cuenta de luz e Internet. También había una vieja medalla de plata que se había ennegrecido por culpa del óxido. Tenía forma de cruz y sus puntas convergían en un pequeño estandarte con un águila coronada en su interior, era un poco más grande que mi pulgar. Encima del águila, había un RP labrado sobre una escarapela, ésta terminaba en una argolla, por donde pasaba un viejo y sucio listón de tela azul, cuyo grosor no superaba los dos centímetros. El listón tenía motas marrones que parecían ser barro... o sangre. Oí el sonido de un motor acercándose y salí pirando de la habitación.

Cuando Nate entró a la cocina, ya había sacado las cosas de las bolsas. No era mucho; un par de yogures, algo de pan, harina para hacer lo poco y nada que sabía de repostería, fideos, arroz y los siempre salvadores, huevos.

—¿Qué es esto? —preguntó mirándome serio.

—Buenas tardes a ti también.

Elevó una ceja y metió ambas manos en sus bolsillos. Desde que había llegado a su casa, habíamos desarrollado una rutina práctica, ni de lejos mi favorita, pero era mejor que nada. Básicamente consistía en Nate ignorándome por completo, se iba muy temprano y llegaba muy tarde; sin saludar ni despedirse, nada de miradas o gracias a dios, mordiscos y sobre todo, nada de preguntas.

En resumidas cuentas, nunca lo veía recién duchado, ni siquiera vestido para el trabajo. Para cuando regresaba, yo estaba en el séptimo sueño y si de milagro tenía un ojo medio abierto, él vestía siempre conjuntos deportivos, pero en lugar de zapatillas, calzaba botas de combate.

No obstante, ese día Nathan vestía un impecable traje azul marino, corbata a juego, de esas delgadísimas, y una camisa blanca abotonada hasta la manzana de Adán.

Enderezó sus hombros, fijando una sonrisa en su rostro mientras se acercaba a mí. Yo ni siquiera había terminado de acomodar las cosas en la despensa ¿con qué tiempo? Si había volado fuera de su cuarto en cuanto lo escuché.

«¡No pienses en eso!»

Comencé a cantar mentalmente Una Cuncuna Amarilla, mientras tomaba dos huevos en cada mano y con mi pie abría la puerta del refrigerador. Nate observó todo sin ofrecer ayuda. Al final, cuando terminé de guardar los doce huevos y acomodé las bolsas de fideos y arroz en sus lugares correspondientes, o los que a mí me parecía que eran los lugares correspondientes, dado que no tenía mucha idea de donde iba cada cosa, habló:

—Espero que esto no sea lo que estoy pensando.

Si no hubiera sabido que Nate era un vampiro controlador e inescrupuloso, podría haber pensado que estaba sorprendido y casi asustado, en cambio asumí lo obvio.

—¿Qué estás pensando? —pregunté genuinamente interesada, mientras agarraba una cuchara para el yogur y me metía un poco a la boca. Francamente, estaba curiosa por oír con qué salía ahora—. “Esto” era solo yo comprando comida para no morir de hambre—dije negándole la posibilidad de responder.

Cerré los ojos, degustando el sabor a frutilla en mi paladar. Mierda, nunca pensé que extrañaría tanto algo tan básico como un desayuno decente a las... Saqué el móvil de mi bolsillo, a las siete y media de la tarde.

—Tú, tendiéndome una trampa, querrás decir —arguyó en voz alta, caminando en círculos por la cocina, cual león enjaulado. Sé que esta comparación es cliché, pero no imagino otra forma de explicar el paso maniaco que adoptó—. Escucha, sé de qué va esto y odio tener que decírtelo, pero no va a pasar.

Abrí la boca sorprendida, al tiempo que la cuchara resbalaba de mi mano. Tenía una vaga idea de lo que hablaba.

—Quiero dejártelo claro, no estoy interesado en menores de edad. Mucho menos en humanas —dijo en ese tono lleno de vanidad. Detestable.

¿Quién se pensaba que era? ¿Se podía ser más ególatra? Retiro lo dicho, seguro que se podía. Vamos, se trataba de Nate.

—Estás malinterpretando las cosas.

Por fin se detuvo y apoyó ambas manos en el marco de la puerta. Su pelo azabache, corto y ordenado; mantenía el brillo usual, tan enigmático y similar al pelaje de un cuervo: Igual de atractivo, cien veces más peligroso. Así mismo, sus refulgentes ojos grises, observaban todo con el hastío habitual. No obstante, hastío era mejor que indiferencia.

—Entonces, debo hacer caso omiso de la pregunta implícita. Perfecto, porque la imagen de mi volviendo a casa y tu esperando con la cena lista, al más puro estilo de La Pequeña Casa en la Pradera no es para nada perturbadora.

—Compré lo básico para no morir de hambre, no planeaba cocinarte. ¡No planeaba jugar a la familia Ingalls!

—Exacto —me dijo serio—. No somos una familia. Yo mando, tú obedeces. Yo bebo, tú te dejas. Dónde quiera, cómo quiera y cuándo quiera. ¿Y sabes qué más?

Me crucé de brazos, dejando el vaso a un lado. No recogí la cuchara, ni lo miré. Acababa de perder el apetito.

—¿Qué? —respondí de mala gana.

—Me apetece ahora.

Al principio, sentí una oleada de pavor bullendo desde lo más profundo de mi cuerpo, eclipsada únicamente por los atronadores latidos de mi corazón. Luego recordé que eso de asustar a su víctima y regodearse de su horror, le gustaba. Así que opté por la segunda opción más segura: la primera era huir, pero desde que yo misma había accedido a vivir con él, no tenía sentido que tratara de escapar. Además, ¿dónde

iría? Él sabía dónde vivía antes.

—Muy bien —dije dándome por vencida. Estaba determinada a hacer de esto una actividad cotidiana, mientras antes me acostumbrara, mejor. Además, era parte de mi fantasía. No era ¡Oh! la mejor fantasía, pero Nate seguía siendo un vampiro. Tal vez no fuera en ese momento, pero algún día terminaría por aceptarme. ¿Quién quita y nos volvíamos más cercanos?—, pero sin beso.

Él contuvo una carcajada.

—Eres imposible

—¿Perdón? —dije fingiendo inocencia.

—No pidas perdón, no puedes evitarlo.

Después de que la alarma sonara, luchara contra las sábanas y la luz se filtrase por las persianas, salí de la cama con la intención de bañarme y alistarme para la escuela.

Era una mañana cálida, así que abrí mi ventana y tomé una bocanada de aire, impregnándome del perfume de los pinos, murtas y hierba humedecida por el rocío.

Entré al baño, abrí el agua caliente y salí a la terraza. Sabía que toda la casa de Nate compartía un pasillo hacia la terraza, cada habitación poseía unos ventanales enormes que daban libre acceso a ésta. Así que cuando salí a la terraza y cerré la ventana de mi cuarto, no debería haberme sorprendido encontrarme a Nate ahí, con ambas manos apoyadas en la baranda y la vista clavada en el horizonte. Sin embargo, aquí estaba yo, en pijama en la terraza y absolutamente absorta.

Desde todo el tiempo que llevaba viviendo ahí, esta era la primera vez que lo veía durante la mañana.

—No voy a preguntarte por qué estás en pie —dijo sin voltear.

Reprimí un bostezo y me llevé las manos a la cara, restregándome los ojos.

—¿Qué otra opción tengo? Debo ir a clases.

Nate se giró y me miró ceñudo. Estaba vestido como para ir a trotar, pantalón corto de algodón y una camiseta de manga corta a todas luces desgastadas.

—Tenía la esperanza... Joder, de verdad eres un caso.

—¿Demasiado responsable para tu gusto?

Una de las esquinas de su boca se curvó en un atisbo de sonrisa, pero no llegó más lejos.

—Demasiado lenta, diría yo.

Cerró su ventana y no entendí para qué, a excepción de mí, no había un alma en las próximas veinte hectáreas ¿Qué mierda escondía? Quiero decir, ya conocía su habitación, aunque Nate no estaba al tanto de eso. Claro, pero no había mucho que mirar ahí tampoco. Mi propio cuarto era cien veces más interesante.

Nate se paró frente a mí.

De pie en esa zona iluminada por los primeros rayos del sol, con la bruma flotando a su alrededor y los pies hundidos en unas zapatillas deportivas, su negra figura era toda una estampa. Sin embargo, no me sentía intimidada por él. Puede ser

que hubiera sido más fácil si lo hubiera estado.

—Tienes un aspecto lamentable, mocosa.

Era algo que ya sabía, pero claro, no sería Nate si no me lo recordara al menos una vez al día.

—Gracias por recordármelo.

—De nada, solo hago mi trabajo —me miró en silencio, consciente de que me hacía sentir incómoda—. ¿Te acuerdas de esas novelas románticas que leías cuando te conocí?

Fruncí el ceño, no comprendía hacia dónde quería llegar con eso.

Nate estampó ambos brazos contra la pared, uno a cada lado de mi cara. Luego se inclinó y lamió mi oído antes de susurrarme:

—Donde la protagonista se despertaba lentamente con sus mejillas sonrosadas, el cabello enredado adhiriéndose a la piel y el maquillaje de los ojos corrido, pero aun así luciendo increíblemente sexy...

Había algo increíblemente erótico en tener a un vampiro hablándote al oído sobre novelas rosas. Erótico y perturbador.

—Sí... —balbuceé, con mi respiración hecha un lío.

—Bueno, no es tu caso. Regresa a tu cuarto y lava esa cara, pareces panda.

Hablando de bestias sin corazón.

Después de clases las cosas no mejoraron nada.

—Cómo puedes ser tan... —«Maldito y un estúpido arrogante», pero puesto en perspectiva yo era mucho peor; era patética, la reina de las idiotas, pero al menos no era una jodida bipolar, como cierto vampiro...

Después de desvanecerme en plena clase, unos días atrás, según yo por no haber desayunado, la enfermera me había dicho que tenía que hacerme unos exámenes. Una semana después los había recibido y resultaba que tenía anemia... ¡Anemia! Todo por culpa de ese chupasangre egoísta.

Desde el otro lado del oscuro dormitorio, Nate permanecía de pie en el rincón, al lado del pasillo, mirándome con el mismo apetito que transmitía su sonrisa ladina.

—¿Tan qué? —curioseó, acariciándome con voz cada vez más cercana. Sin embargo fueron sus ojos los que más daño me causaron. Eran vacíos, cenicientos como una mañana sin sol o una noche sin luna, inevitablemente me hicieron pensar en su vida humana.

¿Qué había en la vida de Nathan que lo hacía ser tan cruel? «¿Qué parte de ti no me estás mostrando?»

Supongo que apenas conocía una fracción del universo que componía a ese frío vampiro.

—Alto ahí, Mica. No vayas por ahí.

Ignoré su comentario y lo esquivé respondiendo a su pregunta anterior. Si quería, podía ser bastante convincente. Bien, eso no era del todo cierto, pero dado que no me quedaban demasiadas opciones, pues, fingiría que me importaba una mierda su vida

humana y lo poco que le apetecía hablarme de ella.

—Cruel, eres el ser más insensible que he conocido nunca.

—Y has conocido bastantes —sus ojos se volvieron rendijas color cromo, haciendo que pensara en los de una serpiente albina—, así que ser el peor es todo un logro.

Dejó escapar un silbido bajo.

—Lo digo en serio —lo hacía, pero él no tenía por qué saber lo difícil que era para mí hablarle con seriedad o peor aún, coherencia. Cuando te pasas las veinticuatro horas bajo los efectos de la compulsión la objetividad es un lujo que no te puedes permitir.

—¿Y qué te hace pensar que yo no?

Me tomó quince segundos encontrar las palabras y poder responder. Los conté.

—Bien, entonces espero que encuentres a alguna otra que te alimente porque de mí no obtendrás una maldita gota —no era mi respuesta más madura, ni la más elocuente, pero sí la que más sentía. Me giré hacia la derecha, con la intención de encerrarme en mi habitación, mientras secaba rápidamente mis lágrimas y mandaba a la mierda la estúpida idea de tomar un baño caliente.

Esperaba que me siguiera, una chica tiene derecho a soñar, salvo que mis fantasías jamás se cumplían.

Ya en mi cuarto y con la certeza de que mi puerta se encontraba fielmente cerrada con llave, me atreví a gritar:

—¿Sabes qué, Nathan? ¡Vete a la mierda!

Quería hundirme en mi propio dolor y no emerger más. Quería maldecir a mi madre por olvidarse de mí, gritar a mi padre por abandonarme, quería que Rodrigo pagara por ser el peor hermano en la historia de la humanidad. Pero sobre todo... lo que más quería era que Nathan me amara. Aunque sabía que estaba mal desear algo así, dado que sus reglas habían sido claras desde un principio.

Yo sería su alimento y a cambio me dejaría vivir, era un buen acuerdo. Una buena relación.

Las astillas de madera saltaron en un santiamén, junto al resto de mi puerta. Ni siquiera me detuve a mirar la cerradura, para eso se necesitaba el factor duda y yo no las tenía. Sabía de antemano que el cerrojo estaba reventado por alguna parte de mi habitación.

Mi cama rebotó cuando su peso cayó sobre ella. Nathan me sujeto la cabeza con las manos y me apretó contra su cuerpo fibroso. Estaba frío, pero eso no era una novedad... sobre todo en noches como esta.

Las palabras no dichas de Nate quedaron flotando en el aire, y aquel silencio fue tan desgarrador como el millón de horribles verdades que no estaba lista para oír.

Cerré los ojos esperando el dolor, pero solo sentí un mareo fuerte. Él lamió mi piel de una forma que me pareció casi tierna, estaba mordisqueando mi carne y sus colmillos me provocaban cosquillas. Sentí el roce de sus incisivos acariciándome la

piel, había aprendido a temer a su filo y mientras Nathan no dejaba de succionar mi cuello yo comencé a notar que él parecía estremecerse... gemía, como si estuviera siendo atormentado.

Levanté la cabeza, forcejeando contra su agarre e insólitamente Nathan no se resistió, enderezó su cuello y me permitió mirarlo directo a los ojos. Cuando volvió a sonreírme vi algo más que ira en esa mirada de mercurio; vi impotencia. Durante un momento, creí ver luz en ella...

Pero solo fue eso, un breve lapso que él se encargaría de dejar en el olvido. Las lágrimas saltaron furiosas por mis ojos cuando me mordió. El dolor y la decepción eran un plato amargo que aún me costaba digerir.

—¿Cómo puedes ser tan malo? —tartamudeé—. ¿Acaso no te duele el corazón?

—Yo no tengo corazón, así que no puede dolerme.

No era verdad, hasta un vampiro como él tenía corazón. Incluso Ian Somerhot en *The Vampire Agenda*, con todo lo bastardo que era, tenía uno.

Tenía que estar mintiendo ¿Cierto?

—Eso es imposible —murmuré.

Por un momento, se vio como si estuviera pensando mis palabras, sus ojos parecieron observar algo más allá de lo obvio, como si buscara una vía de escape o algún sentido real en mi respuesta. Se veía interesado, pero no me iba arriesgar a decir si verdaderamente le importaba, dado que pestañeó con rapidez y procedió a esbozar una vez más esa sonrisa que ya me conocía de memoria. Sí, la misma me robaba día a día la voluntad.

—¿Quién lo dice?

—¡La medicina, desde luego! —Oh, dios mío. Estaba gritando—. Todos tienen un corazón a no ser que seas un porífero —añadí rápidamente, intentando suavizar el tono de mi voz.

Sentía las lágrimas quemando en mi hinchada cara. No era justo.

Apartó con sus dedos las lágrimas de mis ojos, mientras la mueca sardónica era ahora reemplazada por una sonrisa algo dulce, lo que me dejó aún más vulnerable.

Me hizo pensar en miel y en chocolates, también me hizo querer besarlo.

—¿Por qué? —al inclinarse más hacia mí, mis manos tocaron del todo su pecho, demasiado profundo... increíblemente íntimo.

—Olvídalo —mi mandíbula tembló, al igual que mis hombros y las mariposas de mi estómago, cuando volvió a tocarme con su dedo—. Son de la familia de las esponjas marinas y de todos modos, tú no te pareces a ellas.

—Vaya, gracias —dijo lamiendo sus labios, como si estuviera disfrutando el sabor de mi nerviosismo. Incluso peor, casi podía escuchar el latir en mi pecho, a diferencia del suyo que además de mudo era inerte. Maldito vampiro traidor. Maldito Nathan por ser tan cruel e irresistible.

Para cuando me acordé que ahora él debía estar dándose un banquete a costa de mis pensamientos, todos mal encausados, era demasiado tarde y Nate ya había

apartado sus manos de mi rostro. Eran manos lindas, grandes y suaves. Sus uñas lucían cortas y limpias. Era condenadamente difícil imaginar que manos como esas se pasaban la mayor parte del tiempo teñidas de escarlata y con vísceras humanas prendadas a ella.

—Sabes qué, me da igual —dije con un falso tono frío, mientras erguía mi rostro y me topaba con su semblante especulativo—. Vete con alguna amiga tuya... o desángrame ahora mismo, no me importa.

Era una mentira muy mala, tanto Nate como yo lo sabíamos.

—De todas formas sé que mañana me lo harás olvidar —No sabía bien a qué iba todo eso, probablemente a las jaquecas que había padecido los últimos días. Sabía que era injusto culpar a Nathan cada vez que tenía un dolor de cabeza, pero tampoco era como si él no me hubiera dado motivos para desconfiar. Supuse que en realidad no importaba ya que a él le bastaba con posar sus ojos de depredador sobre mí para desarmarme por completo.

—¿De dónde has sacado eso? —ronroneó con voz ronca y yo experimenté un arrebato sexual que me hizo pensar seriamente en la idea de morir de lujuria.

—Es una idea muy factible.

—Absurda. Tu idea es absurda.

Pero «absurdo» era lo que yo estaba sintiendo, y por eso su respuesta me dolió tanto, casi tanto como la idea de pensar en que él era capaz de entregarle su cuerpo a otra con la misma facilidad con que se cambiaba de camiseta. En serio, lo hacía con muchísima facilidad.

—Quiero estar sola, por favor.

—¿Y qué te hace pensar que me importa lo que tú quieres?

Desvié el rostro hacia la vacía pared de mi cuarto. No era como la que tenía en casa. Extrañaba mis poster y mi edredón, también mi almohadón de Edgard Clutter y la hermosa repisa sobrecargada con obras de J.L. Smithen, Moyer y Harrison. Al menos tenía mi laptop, si algo debía agradecerle a Nathan, además de mi vida y un techo, era la conexión a Internet. Parecía ser de las pocas cosas que ambos apreciábamos y teníamos en común.

El triste color ocre me mareó, tan desnudo tan llano, tan vacío. Me volví a girar. No pasaron muchos segundos antes de que su mirada me deshiciese. Esos inhumanos ojos claros me batieron, enviando escalofríos a mi columna. Recordé su anterior pregunta y me obligué a ser sincera, de todos modos no tenía grandes alternativas

—Mi estupidez, por supuesto o el efecto de tu compulsión en mí —mis hombros se encogieron rendidos—. ¿Acaso importa?

—Debería —sonrió—, es de tu mente de la que estamos hablando —la distancia que él había marcado se desvaneció cuando su boca se escurrió por mi oído causándome cosquillas con la punta de sus caninos, pero a la vez demostrando lo despacio que podían acariciar los susurros—. Podrías haber perdido la cordura. Ya lo sabes.

—La cordura está sobrevalorada.

—También el amor y el corazón.

Sus colmillos desaparecieron de su boca de la misma forma en que él lo hizo de mi cuarto, rápido y sin que yo tuviera oportunidad de objetar. No podía culparlo, mi réplica seguramente hubiera estado repleta de incoherencias. ¿Cuándo no? De todos modos no oí otro ruido, lo que me dejaba saber que Nathan se había quedado en casa.

Sí. Tenía mi victoria, pero entonces ¿por qué me sentía tan mal?

Cuando entré a la cocina, no tenía apetito. Me sentía morir y estaba segura que era culpa de la anemia. Además, Nori aún no me había llamado por lo del trabajo y ya habían pasado varios días desde que le dejé mi currículum, lo que podía significar que:

a) No quedé en el trabajo.

b) Ha estado muy ocupada.

Esperaba que se tratara de lo segundo. Había decidido dejar lo que quedaba de mi dinero para emergencias y medicamentos para combatir la anemia.

Nate estaba sentado en la mesa de la cocina, sostenía un tazón de café en una mano, pero no podía ver lo que había en su interior, bien podría tratarse de sangre. Aunque, también era cierto que una vez lo había visto comer panqueques. Mis panqueques.

—Juro, no entiendo por qué las estudiantes de hoy creen que se ve bien usar más de una calceta por pie.

Di un vistazo a mis piernas, usaba bucaneras azul marino, como todas las niñas de mi escuela. No le veía lo malo.

—Es la moda.

—Ya, pero yo pensaba que no te gustaba ser como el resto.

—Porque no lo soy.

—Sin embargo, te vistes como si lo fueras.

—¡Qué esperabas!

—No lo sé, sorpréndeme.

—Seguro, pero tendrá que ser otro día, ahora debo irme.

—¿Cómo diablos vas a ir a la escuela si está por bajarte el período? No se supone que antes deberías comprar unos tampones o ¿algo así?

Mierda... Esto era sórdido.

—Tú... —le advertí apuntándolo con el dedo.

—¡Era una emergencia! Además, no es para tanto, lo veo todo el tiempo.

—¿Y cómo se supone que lo ves? O es que me perdí la parte donde el vampirismo incluía visión de rayos X.

—Por el olor, Mica. No hay manera posible en que un vampiro pueda pasar desapercibido ese aroma. Es como poner chocolate en la punta de tu lengua y luego arrancártelo sin que le puedas dar la probada decisiva. Traduce ese sabor al sentido

del olfato, es un olor penetrante, se te queda en la nariz durante horas.

«Sabelotodo», pensé. Estaba segura que me estaba tomando el pelo.

Llegué a clases a buena hora, nada de atrasos, ya le había agarrado el ritmo a la locomoción, por otra parte, el clima había sido una farsa total.

Había salido de casa hecha una bala, no es que tuviera demasiadas opciones. A no ser, claro está, que me gustase oír charlas del tipo Sé cuándo menstruas porque puedo olerlo. Apostaría todo a que Becca jamás tuvo que escuchar de parte de Edgard semejante cosa. Claro que no, Edgard era un caballero.

A la segunda hora del día, comenzaron los retorcijones. Estúpido Nate con su olfato súper desarrollado. Esperé que sonara la campana y corrí al baño.

Me había manchado.

Había leído que cuando te da anemia no te baja el periodo. Evidentemente no se debe confiar en Google.

Era, por supuesto, algo que debería haber previsto: ningún vampiro capaz de oler tu sangre a kilómetros, podría pasar por alto esos días del mes. Y, Dios, había sido tan estúpida para no pensar en eso. Tendría que comprar algún desodorante ambiental quién sabe, tal vez los antitabaco. Pero la cuestión era, que estaba viviendo con un vampiro. Lo único peor que eso sería que él intentara probar... Y no creía que pudiera pasar por ello.

Oh, por todos los cielos.

Debí haber pasado a la farmacia, pero claro, yo era la reina de las orgullosas, no había querido hacer caso a Nate y ahora estaba pagando por ello. Me merecía pasar vergüenza.

Me encerré en un cubículo y llamé a María José por teléfono, pero no contestaba su móvil. Al final, esperé que se desocupara el baño y con mi cara roja de pudor, le pregunté a una chica que había quedado rezagada del resto de sus compañeras si tenía un tampón o toallas higiénicas.

—¡Claro! —dijo ella y por el rabillo de la puerta, la vi rebuscando en su bolso, con esas sonrisas comprensivas que nos damos entre mujeres, porque a pesar de que podemos ser brujas vengativas, somos empáticas en esos días del mes.

—Oh, no. Estaba segura que la tenía —me dio una mirada apenada—. Pensé que la había puesto en el bolso.

—No te preocupes —respondí, desde mi patética posición, sentada en el baño, con la puerta cerrada y la mano estirada bajo ésta.

Observé la pantalla de mi móvil, había un nuevo número grabado en la lista de discado automático, uno que yo no había guardado.

Exactamente, quince minutos después, lo sé porque los conté, alguien llamó a la puerta de mi cubículo. Fue un golpe suave, tranquilo, con seguridad; el golpe de alguien que no tiene prisa y que sabe perfectamente por qué está ahí.

—Déjalas abajo.

Nate dejó salir un suspiro frustrado y por debajo de la puerta, los casi veinte

centímetros que la separaban del suelo, observé un par de piernas enfundadas en tela inclinándose. Oh, no. Di ninguna manera iba asomarse.

—Quédate donde estás —ordené, pero él no hizo caso. Así que, en efecto, estábamos atrapados en esta estúpida posición ¡absolutamente denigrante!: Yo sentada en el wáter, él de rodillas en el suelo, al otro lado de la puerta, intentando observar. Solo me había quedado en el baño porque con el pasar de los minutos, el flujo había aumentado y en resumen, tenía una mancha del tamaño de un mapa mundial en la parte trasera de mi único jumper.

—No es divertido de esa manera.

—Podrías haber saltado la puerta, lo sabes.

—Otra vez, no sería divertido. Desde esta posición tengo una vista privilegiada.

Junté más las piernas, solo por si acaso. Él resopló antes de poner los ojos en blanco y desaparecer, lo siguiente que supe, es que Nate había arrancado la puerta.

—Como dije antes, la diversión está sobreestimada.

«Seguro»

—No tienes que hacer gran cosa de esto. Créeme, lo noté inmediatamente sin necesidad de mirarte atrás...

¿Por qué no podía solo pasarme las malditas toallas y largarse?

Varias horas más tarde, me acomodé con las piernas cruzadas a lo largo del sofá que Nate había instalado en mi habitación para que no ocupara el que estaba en el living, ese era suyo y de nadie más. El pobre jamás fue a un jardín de niños donde le enseñaran a compartir. La ventana proyectaba una luz etérea, no parecía haber oscurecido. Bien podría haber sido madrugada y seguiría igual de claro; en el corazón del bosque, el cielo nunca se cerraba. Y, en contra de la creencia popular, a los vampiros parecía encantarles la luz.

Me acerqué a la pequeña mesa de madera, donde descansaba mi teléfono móvil, dispuesta a ver la hora, justo entonces, el teléfono sonó.

—¿Diga?

—¿Mica?

—Con ella

—Hija, habla papá.

Mi móvil se cayó y yo quedé sin aliento. Era papá, ¡papá me estaba llamando!

A medida que pasaban los segundos el desconcierto y los nervios se fueron apoderando de mí, hasta que tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no romper en llanto.

Hasta hacía poco tiempo, había estado desesperada por conseguir algo de su atención. Hoy, hoy no tenía idea de qué rayos quería.

Me obligué a respirar. Conté hasta veinte, al principio de dos en dos, luego de cinco en cinco.

—¿De dónde has sacado mi número?

—Te pedí que me lo dieras.

Por supuesto que lo había hecho, tres años atrás. ¡Era una suerte que ese ladrillo fuera inmortal!

—Yo... Tengo que ir al baño.

Se hizo una pausa en la línea, alguien dejó caer algo, papi se aclaró la garganta, yo comencé a ponerme nerviosa. Por fin, habló:

—Ha pasado un tiempo.

—Sí —admití, apretando fuerte el teléfono contra mi oreja—, ha sido mucho.

—Ahora que estás más grande, estoy seguro que querrás echarme en cara un montón de cosas... Habrán preguntas y quería asegurarme de que no hubiera ningún... mal entendido.

—¡No! Ningún malentendido —solo dudas, muchas dudas—, Por supuesto que no.

—Me alegro.

Más allá de sus palabras, percibí un suspiro de alivio. Reprimí un grito de horror, cuando la silueta de Nate entró en mi campo de visión.

—Mientras todo vaya...

—Todo va perfecto, tengo que dejarte —tragué el nudo en mi garganta—. Gracias por llamar.

«Te Quiero», pensé, pero la línea estaba muerta. Por primera vez hablaba con papá, después de seis años. Y yo acababa de cortar.

—¿Sabes qué día es mañana? —pregunté, como quien no quiere la cosa. Desesperada por cambiar de tema, por pasar rápido a otra situación.

Nate arrugó la frente en señal de duda, mientras terminaba de secarse la cara. Recién había salido de la ducha y su cabello aunque corto, conseguía adherirse a su sien. Ahora que lo pensaba, Nate se bañaba más seguido de lo normal, dos, tres... Hasta cuatro veces durante el día. Mierda, quizás era para quitarse la sangre de sus víctimas.

A estas alturas, era bastante obvio que no se alimentaba solo de mí, de ser así, me hubiera desangrado hace tiempo.

Nate, con toda su belleza divina y ese carácter más del tipo animal, era el bálsamo perfecto para las heridas del alma. Prefería pensar en el vampiro en frente mío que en papá; lo superficial, lo fantasioso, le ganaba por goleada a la realidad.

—Miércoles, supongo... no lo sé, es fácil perder la noción del tiempo cuando te estás muriendo de hambre.

—Nat...

—Olvídalo, no estoy de humor —dijo indiferente, parecía aburrido. Desde luego que no estaba de humor y era por mi causa, aunque no me sentía culpable. Vale, una pizca, casi nada.

Esto es lo que pasó: me harté, de veras. Las burlas en la escuela habían empeorado, todo por culpa de Nate y su falta de modales a la hora de comer. Era un puerco. La última vez había tenido que ir a la escuela con una bufanda cubriéndome

el cuello.

Y, tú sabes, nunca falta el gracioso que va más allá de las típicas burlas y se atreve a usar la fuerza para dejarte en ridículo, pero contrario a lo que yo pensaba, no se trató de Lucas sino de mi propia amiga.

Fue María José quien me expuso ante todos, por supuesto, tengo que decir que no tenía una jodida idea de lo que me pasaba, porque yo no le había contado a nadie sobre Nathan, y seguiría sin hacerlo. Él no me había hecho prometer que guardara el secreto, pero yo quería hacerlo. Nathan era solo mío, además nadie más sería capaz de entender la naturaleza de nuestra relación.

Sí; era relación, no la más convencional del mundo, de hecho era más del tipo amo-mascota, pero vamos, me tenía en sus manos.

Y yo confiaba en él.

Absurdo, lo sé, pero cuando se está sola y desesperada, hay que aferrarse a cualquier cosa.

Volviendo a Nate, pues, no parecía tener prisa por vestirse, dado que su pecho e-m-p-a-p-a-d-o continuaba al descubierto. Siempre me pregunté cómo luciría la piel de un vampiro bajo todas esas prendas oscuras. Sin embargo, hoy puedo decir que desearía no haberlo visto nunca.

Verán. Hay una fina línea entre querer y poder. Todos dicen “Querer es poder” al azar, como si fuera la cosa más cierta y absoluta del universo, cuando no es más que una mentira.

Yo quería hablar con papá, besar a Nate y convertirme en vampiro, para que luego no me dejara por una más joven y guapa. En ese orden.

Quería muchas cosas, pero todas están fuera de mi alcance.

Querer no era poder.

—¿Vas a esperar a ver algo más o ya puedo vestirme? —apenas me dio una mirada, mientras comenzaba a sacarse la toalla de sus caderas, giré de inmediato y partí corriendo hasta la cocina.

—¿Eres una egoísta lo sabes? —lo oí gritar desde mi habitación, seguido de una risa.

Rápidamente, crucé el pasillo, recordando sus dichos. “¿Egoísta?”, el muy bastardo se había atrevido a llamarme así, cuando se estaba llenando la panza gracias a mí.

Llevaba poco más de un mes viviendo con Nate, pero ya se podía ver el cambio en su cocina. Para empezar, la alacena tenía comida, no mucha, pero la suficiente para que se notara que había gente en casa, la encimera tenía un par de paños de cocina, un cucharón, una espátula, una tabla de cortar y una que otra cacerola.

Abrí el refrigerador y saqué una manzana verde, me gustaban trozadas y con sal, así que caminé hasta la encimera y saqué un bloque metálico que servía para guardar cuchillos, era de imán, así que el afilado metal se adhería a éste sin problema.

Partí la manzana en dos, en cuatro, seis... hasta diez. Luego, olvidé la sal y

comencé a pasarme el cuchillo de una mano a otra, era pesado y extraordinariamente hermoso. Me gustaba tenerlo en mi poder me hacía sentir... Segura.

—Ahora, ese sí que es un movimiento interesante —salté en mi sitio al escucharlo, de pura suerte el cuchillo no cayó—. Te sugiero repetirlo, de preferencia en presencia de tus compañeros de clase, seguro les encantará.

Lentamente me giré, no era seguro darle la espalda a Nate. Estaba apoyado contra la mesa, se había vestido, pero no reparé en los detalles, mi corazón aún latía desbocado preso del susto.

—No, en serio —me animó con la mano—. Continúa, no te cortes por mí.

—No me cortaría ni por ti, ni por nadie.

—Uy, ¡qué ruda! Vamos, ¿qué estabas pensando? ¿Seguir los pasos de Buffy?

—No lo sé, lee mi mente si quieres —contesté, dejando el cuchillo sobre la mesa y llevándome un trozo de manzana a la boca—. Últimamente sabes más sobre mí, que yo misma —me quejé, recordando lo sucedido en la mañana cuando me había llegado el período. Yo tenía un punto y Nate lo sabía, ya que sonrió afectado.

—No me gusta cuando te pones melodramática.

—¿Qué es lo más dulce que has hecho por una chica? —pregunté de golpe, sin prestar demasiada atención a su comentario malicioso. ¿Quería dramatismo? Yo le daría drama.

Nathan se detuvo a mirarme y por primera vez durante el rato que llevábamos hablando pude ver un matiz de seriedad en esos enigmáticos ojos grises.

—Una vez, hace mucho tiempo —empezó a relatar y sus colmillos se extendieron en el acto, como si la sola evocación le hiciera perder los cabales; debía ser una de esas historias de amor tormentoso, eso seguro—. Mucho antes de que tú nacieras, por si quieres saber —añadió guiñándome un ojo—, conocí a una humana.

Se detuvo por un momento y me sonrió. Fue una sonrisa verdadera, como pocas

—Ella era realmente hermosa.

—¿Y qué pasó? —levantar la voz fue algo involuntario, como cuando me comía las uñas, pero una vez que empezaba ya no podía parar. Nathan en cambio, extendió lentamente los brazos hacia arriba, estirando hombros y espalda a la vez, luego movió el cuello de un lado a otro antes de responderme.

—Pues, una vez que bebí de ella, mantuve su cadáver conmigo las siguientes tres semanas, supongo que eso califica como dulce ¿No?

—Dulcemente necrófilo querrás decir.

—Supongo que también un poco —coincidió con expresión pensativa—. ¿Bien, en qué estábamos?

No iba a decirle que mañana, sábado, era la fiesta de fin de año, moriría de la vergüenza antes de intentarlo.

—No lo sé, pero date prisa porque tengo cosas que hacer, como por ejemplo, dormir.

—¿Cómo diablos vas a dormir si ni siquiera te has comprado un vestido? O

falda... Lo que sea que usen ustedes las chicas para las fiestas.

Mi mandíbula cayó abierta, él sabía, sobraba decir que se había metido en mi mente.

¡Será bastardo!

—Nate... —le advertí.

—Era necesario.

Compras, comida y mas

Di un vistazo a la hora en mi móvil: seis con treinta de la tarde, tal parecía que este día no iba a terminar nunca.

Me había prometido no asistir nunca más a una fiesta del colegio en lo que me quedaba de vida. Honestamente, no podían culparme por pensar de ese modo, sobre todo después de haberme ilusionado con la anterior y que, gracias a Lucas, gasté un dineral en el arriendo de un vestido que jamás usé. Además estaban las burlas. Nunca fui popular, pero antes de las burlas estaba a pasos luz de pertenecer al grupo de los que se auto marginaban.

Para mi fortuna, o tortura, ahora tenía a Nathan para cambiar eso, tampoco es que lo hubiera planeado o algo así, sencillamente había sucedido y no iba a quejarme. Lucas era mi pasado y lo cierto es que actualmente casi ni dolía recordarlo. De hecho, la mayor parte del tiempo no conseguía pensar en nadie y nada más que en Nathan. Aunque había intentado pasar la página, Lucas seguía ahí, en mi pecho. Un triste recordatorio de lo que pudo haber sido.

Mi rutina había sufrido varios cambios en el último mes. El tiempo que antes invertía buscando fanfictions, ahora lo ocupaba tomando hierro y vitaminas para no morir de anemia. Mis lecturas habían sido totalmente eclipsadas por la realidad.

Cuando Nathan me sugirió-obligó a salir de compras, debería haber sospechado que las cosas no podrían ir perfectas. Fingí no ver como coqueteaba con la dependienta, pero lo cierto es que no podía quitarle los ojos de encima. ¡Vamos! no tenía nada del otro mundo, a no ser que te gusten las rubias espigadas, con cuerpo de Barbie y ojos tan azules como el cielo.

No es que ser rubio, alto y de ojos claros fuera poco común. Había gente así en cada esquina de la ciudad y no solo porque Valdivia era un sitio ideal para el turismo.

Volviendo a Nathan. Bastaba con ver su casa para notar que no necesitaba dinero, pero aun así era incapaz de pagar por algo que perfectamente podría obtener gratis (sus palabras, no las mías). Esa ley se aplicaba a, bueno, básicamente todo: alimento, ropa, Internet, etcétera.

Observé hacia la caja donde se encontraba el par de idiotas sonriendo como si fueran unos adolescentes. Nate era el peor de los dos, hacía el ridículo jugando con un mechón de ella, entretanto, la tarada parecía no percatarse de que acababa de entregarle una camisa Calvin Klein de avance de temporada. Tampoco es que él robara, solo se limitaba a aceptar regalos; la pobre tipa perdería la mitad de su sueldo solamente pagando esa camisa, y eso que yo aún no escogía un vestido.

Mientras esperaba que Nate se desocupara, comencé a ver vestidos. Había toda clase de diseños en diversos colores y texturas.

En eso estaba, cuando Rita Márquez obstaculizó mi visión.

Como Valdivia es una ciudad pequeña, no debería sorprenderme ver a Rita aquí, pero de verdad me había sorprendido, sobretodo porque me había pasado los últimos

años de mi vida evitándola a toda costa.

Exactamente desde que se había descubierto que su mamá y mi papá habían tenido un romance, claro, antes de que él se fugara con su última conquista.

—Hola —saludé a Rita, era pura educación, ambas lo sabíamos.

—Disculpa —acertó a decir, antes de esquivarme y salir pitando de la tienda. Y ahí estaba, otra razón por la que la evitaba. Ambas sabíamos que me odiaba, pero ella era incapaz de admitirlo. Desde luego, le quedaba cien veces mejor representar el papel de víctima.

Clavé mi vista en el piso, apretando los puños mientras me mordía la lengua.

—Oye, Panda. ¿Se puede saber qué le hiciste a esa pobre chica?

Nate estaba frente a mí, podía ver sus impecables zapatos negros y sus manos repletas de bolsas con artículos que terminaría pagando la rubia coqueta. Con solo ver la pinta que traía hoy, nunca pensarías que vivía en medio de un bosque de pinos, ni que había que escalar una cuesta inmensa, pero hoy había decidido actuar benevolente y nos había sacado en su espectacular Outlander.

Un momento, “¿Panda?” ¿Qué demonios significaba eso?

Conté hasta diez de forma mental y dejé salir esa ira que me provocaba Rita con solo cruzarse en mi camino. Ya tendría tiempo para preguntas sobre apodosos ridículos.

Por ley general, solo hacía falta una pequeña sonrisa de Nathan para que me calmara, pero a diferencia de su tono risueño, con lo único que me encontré al mirarlo, fue con sus ojos desconcertados y su ceño fruncido. Desde luego, debía cabrearle bastante haber tenido que dejar a la despampanante promotora rubia por tener que cuidar a la friki problemática.

Complejo de inferioridad, lo sé, culpen a las Barbies y a mi madre por lucir como una de ellas.

Como si fuera aún posible, su entrecejo se acentuó todavía más. Ya, seguramente había leído ese último pensamiento. Era su culpa, por invadir mi privacidad.

—Entonces ¿Ya escogiste un vestido? —intervino, cambiando el tema.

—Creo...

—Bien, ahora deshazte de él. Encontré uno perfecto para ti.

Como si la hubiera llamando, la cabeza hueca que teníamos por dependienta asomó su rubia cabellera. En sus manos descansaba un vestido que solo podría resumirse en una palabra: perfección.

Había visto y leído demasiado sobre vestidos victorianos ajustándose al cuerpo, provistos de mangas largas marcando la cintura con chaquetas estrechas y sus respectivas faldas anchas, gracias a esas enaguas con aros o crinolinas. Vestidos tan largos que ni siquiera podían distinguirse los pies de las damas. Así que, sí, mis expectativas eran altas y por increíble que parezca, Nate las había superado.

—¿Quién rayos te crees?, ¿mi hada madrina?

—Atractivo y generoso —dijo sin hacerme caso. Llevó una mano a su barbilla y la frotó como si estuviera meditando sobre algo serio, luego se giró un poco, como

buscando algo tras su espalda—. No, definitivamente nada de alas. Así que creo que parezco más un príncipe.

—¡Estás jugando conmigo! —respondí molesta ¿quién no lo estaría al ver un hermoso y caro vestido siendo sostenido por las cochinas manos de esa babosa?

—Eres rápida.

Tal vez me hubiera reído de su broma si sus ojos no hubiesen indicado justamente lo contrario. Nathan no estaba bromeando y por consecuente yo era un juego para él. Yo era como una barrita de cereal que se te pega en las manos y ropa, mientras la vas desgranando poco a poco antes de meterla por completo en tu boca.

Llegamos a casa pasadas las diez de la noche, por lo que me permití llenar la tina mientras guardaba las cosas, ya que teníamos tiempo de sobra. Luego había pensado en poner la mesa para los dos, él se había ganado una cena decente; yo tardaba a lo sumo media hora en comer, Nathan en cambio... bien, dependiendo de su humor podía variar entre diez y cuarenta minutos.

Veinte minutos después, estábamos sentados alrededor de la mesa de centro ubicada en el living. En lugar de cocinar, decidí hacer caso al consejo de Nate y me serví una taza de té con canela, para aliviar de alguna manera el dolor de estómago. No me había mordido en todo el día y ya me estaba empezando a sentir culpable, pero no lo suficiente como para ofrecerle el cuello.

Había enrollado mi pelo con una toalla y me había puesto doble pijama de polar. Era una oda a la sensualidad ¡Já! Además aún tenía fuertes cólicos menstruales y solo me apetecía estar cómoda.

—Me gustaría que no te enfermaras. Tengo hambre.

—Preferiría que no te acordaras de mí solo cuando te entran ganas de comer.

—Y yo preferiría que mantuvieras la boca cerrada las veinticuatro horas del día.

Él estaba sonriendo, una buena señal para predecir su humor, así que dejé pasar su comentario. Además, estaba un poco sensible. No quería tener más razones para llorar, con la llamada de papá y el encuentro con Rita, había tenido de sobra. Por no mencionar que mañana era la fiesta y en lugar de mamá trenzándome el cabello, tenía un vampiro hablando de mi menstruación como si se tratara de un banquete.

—A veces me pregunto si estoy soñando —enfrenté su mirada—. A veces creo que voy a despertar en cualquier momento y nada de esto fue real.

Él entrecerró los ojos, pero no dijo nada. Proseguí:

—Quizás leer tanta fantasía me pasó la cuenta y esto —hice un gesto con la mano, señalando nuestro alrededor—, toda esta casa que parece sacada de un cuento, no es más que una celda, donde las paredes son acolchadas. Probablemente tenga un enfermero llamado Nathan, que no pasa del metro sesenta y finge ser un vampiro solo para mantenerme tranquila.

Él sonrió con frialdad.

—¿A qué viene eso? —dejó la pregunta flotando en el aire, mientras se tomaba su tiempo cruzando los pies descalzos sobre la mesita de centro y hacía malabares con

su yo-yo.

—Ya sabes... —esperaba que pudiera leer mi mente, mal que mal la mayor parte del tiempo parecía ser necesario, según él. Sobre todo si era algo que ameritara decirse en voz alta, preferentemente cuando ese “algo” en cuestión me dejara en ridículo—. El vestido, fue un detalle lindo de tu parte. No parece propio de ti.

Nathan abrió sus ojos trastornado, pero el desconcierto fue rápidamente reemplazado por la burla.

—¿Lindo? —Chasqueó la lengua—. Lindo...

—Lo haces parecer una grosería.

—Confía en mí, no está lejos de serlo —la voz de Nathan se deslizó por la sala, suave y sensual, una letal invitación a perderme en los terrenos de la muerte a punta de sorbos y colmillos. Había estado ahí más veces de las que desearía recordar, y golpéenme, pero aún era incapaz de renunciar a ello.

—Nate...

—¿Uhm?

—Hablo en serio.

—No, no lo haces. Para empezar, el vestido lo escogió Jennifer —Así que la babosa tenía nombre—, y segundo ¿Desde cuándo “Nate” y “dulce” van en la misma oración? —Esto lo dijo guardándose el yo-yo en el bolsillo, se puso de pie y se encaminó a su dormitorio, perdiéndose en la oscuridad del pasillo, desde ahí añadió:

—Deja de actuar como un cachorrito abandonado, es molesto.

Me quedé viéndolo, demasiado atónita para digerir sus palabras, demasiado estúpida para asumir la verdad. Y así, actuando como el cachorrito abandonado que él tanto odiaba, caí bajo el absurdo impulso de ponerme a llorar.

¡Estúpido vampiro!

Fiesta de fin de año

El sábado desperté sin dolor alguno, eso era algo bueno. Supuse que el té de canela había funcionado bien como analgésico.

Las siguientes horas me dediqué a trabajar en mi persona, entonces oí un sonido familiar, líquido, suave: la ducha.

—¿Nathan, te falta mucho? —llamé desde mi cuarto, asomando mi cabeza por la puerta semiabierta, sintiéndome momentáneamente como una tortuga, incluso tenía el rostro verde, cubierto de pepinos que había rebanado hace un rato para refrescar mi piel. Mi hermano, Rodrigo, solía burlarse cada vez que me untaba en la piel, mis mascarillas caseras, según él eran ensaladas y punto. Pero él no tenía idea de lo mucho que esas ensaladas favorecían mi tez, la hidrataban y también, disminuían las bolsas bajo los ojos. Para alguien como yo que se lo pasaba desvelada leyendo y madrugando para ir al cole, las mascarillas eran más que vanidad, eran una necesidad imperante.

Volví a insistir, pero no tuve respuesta y fue entonces cuando un pinchazo en mi pecho, justo en el lado donde el corazón habita, me obligó a recordar que Nathan perfectamente podría haberse ido sin que yo lo notara. Tal vez había dejado la ducha abierta, por pura diversión, mal que mal, no tenía ninguna obligación de acompañarme.

No debería importarme, ni siquiera dolerme. Después de todo, se suponía que yo no tenía ganas de ir a la maldita fiesta. No mucho, en cualquier caso. Corrí a su cuarto sin pensármelo dos veces. En otra ocasión me hubiera detenido a pensar en los pros y los contras, pero se trataba del baile de fin de curso y Nathan tenía culpa de que estuviera pensando en asistir. No dejaría que lo arruinara.

Sí, definitivamente no le permitiría hacerme esto, antes lo enfrentaría...

Continué repitiéndome eso durante todo el trayecto hasta su cuarto, tal vez si continuaba diciéndomelo, terminaría por creerlo.

Entré a su cuarto sin golpear. Él nunca cerraba con pestillo, un gran error o un exceso de confianza. Segundos después, deduje que se trataba de lo primero, cuando me lo encontré semidesnudo justo a tiempo para ver cómo se envolvía una toalla azul marino alrededor de las caderas. El canalla, estaba bendiciéndome con un primer plano de su espalda. Errr... Enfrentarlo, sí, a eso había venido. Su pecho todavía estaba mojado y tenía el cabello revuelto, y pequeñas gotitas cristalinas se escurrían por su cuello, los músculos posteriores de sus hombros y otras partes más...

«¡Enfrentarlo!»

Boquiabierto, casi jadeando, di media vuelta y salí cerrando la puerta con fuerza, para luego descansar mi cabeza sobre esta. Sentía que mi cara se tornaba de un rojo violento a un azul, lo que era más que entendible, después de perder el aire al apreciar de primera fuente la perfección de su anatomía.

—No pienses en eso... no pienses en eso...

Esperé que se calmaran los latidos de mi corazón, pero parecía que mientras más intentas algo, como no pensar en el cuerpo de Nate, más lo haces.

De repente, la puerta donde me apoyaba se abrió y de ahí salió un disgustado vampiro. Y gracias a Dios, se había puesto ropa.

—¿Sabes algo? —Las gotas de su pelo mojado salieron disparadas en todas las direcciones cuando me dio un empujón con el fin de correrme de su puerta y así ocupar mi lugar—. Para ser solo un bocadillo te tomas bastantes atribuciones.

—No era mi intención —titubeé. Era casi cierto.

—¿Qué cosa? ¿Andar de voyeur o salir antes de ver todo el paquete?

Sus ojos se entrecerraron y a mí se me secó la garganta, mientras intentaba relacionar las palabras. Claramente había doble sentido en la oración. Dejó escapar un resoplido, si era de irritación o burla, no sabría decirlo.

—Quería preguntarte si te faltaba mucho...

Acomodó su brazo derecho en el borde de la puerta y descansó su cabeza sobre él; gotas cristalinas resbalaron desde su cabello hasta la curva de sus dedos. ¿No podían solo evaporarse y dejar que me concentrara?

—Panda, ¿cuántas veces tendré que decírtelo? Eres una pésima mentirosa.

—No estoy mintiendo. Y sobre lo otro, bueno, si tanto te molesta, bien podrías mantenerla cerrada.

—¿Y perderme esto? Ni hablar.

Tamborileó con las yemas de sus dedos sobre la puerta, mientras yo buscaba furtivamente algún túnel secreto ubicado preferentemente bajo mis pies para hundirme ahí y no salir en un par de años.

—Vaya, supongo que entonces ya te puedes ir —le dije entre dientes. Porque dada las circunstancias, hasta su cabello parecía intimidarme. Ahí todo empapado y adherido a su sien.

—¿Por qué? Esta es mi habitación.

—Muy clever y ¡Deja de llamarme Panda! —cambié de tema, fingiendo que sus ojos de mercurio no me estaban taladrando.

—No. Me divierto cuando te enojas —sus dedos dejaron de castigar mis oídos y se quedaron quietos sobre la puerta. Los míos en cambio, empezaron a sudar—. ¿Pero eso tú ya lo sabías no?

Asentí y a eso le siguió otro de sus bufidos. Últimamente se lo pasaba resoplando.

—Ahora, vas a ir a ponerte muy guapa, mientras yo termino de vestirme.

—A mí me pareces perfecto así —hablé sin pensar. Nate respondió poniendo sus ojos en blanco, restándole importancia a mi comentario empalagoso.

—Eso ya lo sospechaba, pero una camiseta vieja y unos pantalones de chándal no te harán quedar bien en la fiesta.

—¿No?

Él comenzó a negar mientras sus manos jugueteaban tentadoras con el borde de su pantalón dándole énfasis a su punto.

—Mica, solo me puse esto para salir del cuarto porque saliste corriendo como una virgen mancillada.

Asentí, muda.

—Y ambos sabemos que no encajas con el prototipo, ya que para eso necesitas, digamos, ser virgen, cosa que ya sabemos, no eres.

Mi asentimiento no fue una sorpresa para ninguno de los dos.

—Podría aburrirme de esto... —me amenazó.

Tragué pesado y hablé.

—No, no podrías. De otro modo terminarías solo y eres demasiado holgazán para salir cada noche por una presa nueva.

—¡Solo porque es tedioso limpiar sus mentes!

Esta vez fui yo quien se encogió de hombros.

—Lo que sea. Te resulta fácil conmigo, conozco tu secreto y me conformo con lo que me das —respondí automática, asombrada de lo que decía, pero sin ser capaz de articular otra cosa.

—Dicho así suena casi malo...

—Dicho así suena real, tú lo sabes, y yo lo sé. Pero tengo una mente demasiado débil para resistirme a tu coacción.

—Eres astuta...

Sonreí. No lo era, ni siquiera un poquito. Solo estaba repitiendo sus palabras de memoria y no había nada de inteligente en seguir atada a él a pesar de saberlo.

—Y tú eres el rey de los egoístas.

—Así me gusta, sincera y letal. Ahora cariño ve a ponerte ese vestido que me trae loco.

Mientras avanzaba, no dejaba de preguntarme si lograría hacerlo bien esta noche. Me había llevado cuarenta minutos salir del baño después de ver mi reflejo en el espejo.

No es que hubiera mostrado algo del otro mundo, me conocía de memoria, pero el vestido había liberado una especie de magia en mí.

Y ni siquiera era negro. No era sexy, ni fea, ni normal... era única, aunque últimamente ser "única" me parecía más un triste consuelo que una definición real de mí misma. Lo cierto es que había encontrado un adjetivo que me quedaba bastante bien, mi rostro era algo exótico. Pestañeeé, imaginando el efecto que tendría aquel gesto con mis pestañas ahora cubiertas por una costosa máscara que me había comprado.

Desearía poder decir que mi mamá arregló mi cabello para esta noche, que mi hermano me aconsejó no beber mucho alcohol y que mi móvil no ha dejado de sonar por las llamadas preocupadas de papá para aconsejarme sobre una sana diversión, pero no sería cierto.

Me detuve un momento, cuando otra de las puertas, en el gimnasio, atrapó el

reflejo de mi cuerpo. En el cristal, mi vestido verde agua parecía ondearse como el oleaje de verano. No arreglé mucho mi cabello; no tenía ni el tiempo ni las ganas, y desde luego no el dinero, para asistir a una peluquería, por lo que lo había dejado caer suelto en mi espalda. Me gustaba mi pelo, era una de las pocas cosas que me daba seguridad y a lo que le podía sacar partido.

Y lo hubiera llevado libre el resto de la noche, si antes de salir del apartamento Nathan no me hubiera puesto una tiara en la cabeza. Al principio no me había gustado, es decir no era una corona ni nada, pero, seguía siendo un artículo demasiado delicado para que alguien como él me lo diera. Y cuando sus manos fuertes lo acomodaron sobre mi cabeza, bien pues, se sintió genial, lo admito.

Luego, cuando comenzaba a ver los finos detalles que portaba el adorno; esas pequeñísimas rositas color plata dividida en dos filas, él me hizo saber que como me gustaban los vampiros que “brillaban” a la luz del día, se le ocurrió que una tiara parecía lo más indicado.

Él disfrutaba burlándose de los personajes que yo solía amar. Si su intención fue hacerme reír, no lo consiguió ni un poco.

—Tranquila —me susurró, justo cuando yo reparaba en que mis dedos se habían enterrado en su brazo, remangando su saco y haciendo que el puño de su camisa gris le sobresaliera del traje.

Liberé un poco el agarre, la cantidad exacta para que su vestimenta no perdiera elegancia, pero sin soltar la seguridad que me otorgaba su abrazo.

—Es bueno que no sea humano —sonrió acercándose a mi oído y depositando un beso corto en él, mientras me arrastraba al centro de la pista—. De otro modo me hubieras arrancado el brazo.

Tentada con la idea de comenzar a echarme aire en la cara con mis propias manos, me negué a mirarlo y dejé que Nathan me guiara.

Y lo hizo. Sus manos guiaron a las mías hasta que éstas encontraron sitio en su cuello y una vez ahí, no lo soltaron en toda la noche.

Mientras nos movíamos, podía sentir la mirada de cada uno de mis compañeros clavadas en mí. Tenía una vaga idea de lo que tenían que estar pensando; ni siquiera Yania sabía lo de Nathan, ¿Cómo podría? si la última vez que hablamos me dejó en ridículo al mostrarle a la mitad del alumnado las cicatrices en mi cuello. No la odié por eso, usar tantos días seguidos una bufanda levantaba sospechas hasta en el más indiferente de los humanos. De todos modos las cosas habían ido de lo raro a lo rarísimo.

Tanto Yania como María José comenzaron a creer que estaba loca, nunca me lo dirán, pero bastaba con darles un vistazo para darme cuenta que lo pensaban.

No todos los días tu mejor amiga, que además es una fan de los vampiros, llega a clases con orificios en el cuello, si eso no sonaba a locura... bien, ni siquiera yo podría definir lo que era.

—¿En qué piensas?

—Dímelo tú.

Nathan frunció el ceño, pero no añadió nada.

—No me gusta meterme en tu cabeza si no es necesario.

—Imagina que es una emergencia.

—Así no es como funciona y lo sabes.

¿Lo sabía?, en serio si existía algún método o fórmula mega secreta me la estaba perdiendo y Nathan tuvo que haberlo notado porque torció su boca y luego negó.

—No importa, olvídale de todos modos tenemos compañía.

Mi estómago comenzó a revolverse incluso antes de verlo.

Lucas. Su sola visión despertó todas las mariposas que dormían en mi estómago, incluso cuando bailaba abrazado a Rita.

¿Cómo? Se supone que no quedaba nada por sentir, de hecho me había olvidado de él. De vez en cuando tenía recaídas, sobre todo cuando Nathan se ausentaba, él se había vuelto mi antídoto. Claramente yo no necesitaba a un estúpido humano insensible que se negaba a quererme. Aun así, con un glorioso inmortal sosteniendo mi cintura, todo lo que mi mente conseguía procesar era que unos ojos celestes quemaban donde las manos de Nate ahora tocaban.

—Sonríe... te está mirando —pero era condenadamente difícil hacerlo, cuando tenía sus dos manos pellizcándome la piel.

—Te lo estás pasando en grande, ¿no?

—Bueno, no es que pasar una noche de miércoles junto a un montón de retoños encabece mi lista de diversión nocturna —se detuvo y alzó mi barbarilla con uno de sus dedos. No pude evitar sonreír—. Pero, podría ser peor, podría haber sido un viernes.

—Tienes razón —admití liberándome de su agarre y retomando el ritmo con mis pies.

—Es mi optimismo, no puedo con él.

Bailamos, reímos e incluso se tomó la molestia de hacerme girar en sus brazos, lo que fue seguido de una pila de silbidos y ovaciones. Nate sabía muy bien cómo adaptarse y, a la vez, hacerse notar. Si antes había pasado desapercibido para algunos, ahora podía ir olvidándose de ese anonimato.

—Por cierto, me encanta el vestido.

—Lo sé, lo mencionaste al menos un millón de veces.

—¿Tantas?

—Olvídale. Supongo que después de todo, tengo que agradecerle a tu amiguita el buen gusto.

Nate me acercó más a su cuerpo, con las palmas de sus manos ejerciendo una presión cálida en la piel que dejaba al descubierto el escote de mi vestido.

—Estás hermosa, eso es lo que importa —dijo intentando hacerme sentir bien.

¿Para qué se esforzaba? no era acaso suficiente con traerme aquí, con no matarme, con darme un techo y hacerme feliz al convertirse en mi fantasía hecha

realidad.

No tenía derecho a pedirle más y sin embargo, no hacía sino exigirle.

¿Tan difícil era conformarme?

—Gracias —respondí, a sabiendas de que no podía decir otra cosa y de que seguía notando esos ojos celestes enterrados en mí.

—Necesito un poco de aire —avisé a Nate después de otros dos bailes. No pareció molestarle para nada. Supongo que algo tenía que ver en ello que la profesora de Química, vestida con un nada recatado strapless rojo, le ofreciera ocupar mi lugar.

“Así no se aburriría tanto”, dijo a mi oído antes soltar mi cintura.

Salí del gimnasio dispuesta a perderme en el jardín del colegio, me quité los hermosos tacones a juego con mi vestido, y caminé descalza por los solitarios pasillos.

La cabeza me daba vueltas, los ojos me ardían y sentía un agujero en mi pecho. Nathan no me amaba y probablemente no lo haría jamás. Quizás no había mentido cuando dijo que no tenía un corazón. Por otra parte, estaba Lucas, acusándome con esos ojos casi tan crueles como los de mi vampiro salvaje y en ese casi estaba la diferencia. En esos iris celeste podías ver la presencia de un alma capaz de amar, en cambio, los iris de Nate siempre estaban vacíos.

Decidí que había caminado suficiente, pero en lugar de devolverme me quedé ahí, a mitad del pasillo observando las interminables ventanas y puertas.

Di unos últimos pasos hasta una solitaria mesa individual que siempre estaba junto al cuarto de aseo y me senté sobre ella. No quería volver al bullicio. No quería enfrentarme a las miradas curiosas. No quería que Nate se preocupara.

Pero por sobre todo, no quería ver a Lucas con ella.

Con un suspiro subí ambos pies en la mesa y examiné los estragos que habían causado los tacones.

Las yemas de los dedos de mis pies ardían, y el borde de mi meñique manifestaba un rojo doloroso. Pronto me saldría una ampolla.

—Maldición.

De repente, dos manos cubrieron mi boca con violencia y fui sacudida por dos fuertes brazos. Sin mucha resistencia de mi parte, fui arrastrada hasta la puerta más cercana: El cuarto de aseo.

El lugar estaba oscuro y apenas podía recordar la última vez que había entrado ahí, pero olía igual... a desinfectante y polvo.

¿Quién pensaría que solía amar ese aroma? ¿O qué aquel cuartucho me parecía el lugar más romántico en el mundo? Por supuesto, en aquel entonces besarse a escondidas parecía ser una de las maravilla del mundo.

Cuando él habló, yo ya estaba decidida a no oírlo. No importaba qué dijera, ni cómo lo dijera. Tenía que salir de ahí.

—¿Por qué me miras así? —no era el saludo que esperaba, por lo que respondí con otra pregunta.

—¿Qué se supone que haces, Lucas?

—Horneo galletas, ¿no lo parece?

Retrocedí y choqué contra una de las repisas. Un tarro me golpeó la cabeza, pero aguanté el dolor. Suficiente tenía con soportar la brisa cálida que su boca dejaba en la piel desnuda de mis hombros y cuello. Apenas lograba ver su rostro y no quería arriesgarme a tocarlo. Lo escuché quejarse, probablemente también le había caído algún utensilio de limpieza. Bien, eso le pasaba por jugar al secuestrador con la persona equivocada.

—Hablo en serio.

—Lo sé —aceptó de mala gana, arrastrando las palabras—. Escucha Mica, no tengo mucho tiempo.

Acto seguido, sus manos enmarcaron mi rostro.

«No le creas, no le creas» decía mi cabeza, mientras tanto mi corazón se derretía bajo la dulce agonía de sus dedos acariciando mi piel.

—Ella te está esperando —conseguí decir, evocando la perfecta imagen de Rita envolviendo entre sus brazos el impecable cuello del traje de Lucas.

—Te quiero —contraatacó, incluso más certero que una lanza en mi pecho. Un golpe bajo, sí, pero efectivo.

Aparté sus manos, sintiéndome sucia. No importaba lo mucho que luchara y me alejase, estaba llena de él.

«¿Querer?»

Así de fácil, cientos de recuerdos, que creía sepultados resurgieron como flores en plena primavera; como si fuera la cosa más perfecta y natural, como si no hubiera roto mi corazón en cientos de pedazos.

—¿En serio? —me mordí el labio inferior, intentando tragarme el llanto. Al menos no podía verme y no podía saber que lloraba—. Hasta donde recuerdo tú solías pensar que estaba loca.

—No es así...—pero lo era.

—En serio Lucas, ahórrate las explicaciones para quién les importe. Yo no las necesito.

—Pensé que te importaba.

—Pensaste mal. Ahora déjame salir, hay alguien esperándome en la pista.

El «a ti también» iba implícito.

—¿Sigues con ese? —tuvo la desfachatez de preguntar y ni siquiera intentó disimular el disgusto. Era el rey de los descarados.

—Por fortuna.

—No deberías...

Bien, pues ahora yo estaba riendo y no me refería a dicha, sino a burla. ¿En serio se atrevía a decirme con quien debía o no estar?

¡Esto era el colmo!

—No es quién crees que es —insistió, mientras yo me rendía a mis impulsos más

bajo y le decía lo que realmente creía, incluso cuando se trataba de una soberana estupidez.

—Lo dices porque estás celoso.

—Desde luego que lo estoy, pero eso no me transforma en un ciego.

La imposibilidad de su respuesta me dejó muda por más segundos de los que pude contar. Prácticamente se sentía como si me hubieran golpeado en el estómago. No tenía aire.

—Tienes razón

—¿La tengo?

—No te transforma en un ciego, pero sí en un idiota.

Un idiota al que yo solía querer. Un idiota que pasó a ser mi Sol, con el que disfrutaba cosas tan básicas como compartir el mismo cielo.

Por eso no lo detuve cuando se acercó y se inclinó todavía más... porque en este juego éramos dos los idiotas y porque había olvidado que mi vampiro esperaba en el gimnasio. Había dejado pasar la fantasía por la asquerosa dependencia de la realidad.

—Dejaría de ser un idiota, Miki... dejaría eso y mucho más por ti.

Percibí el tono ronco de su voz, de la misma forma que fui consciente de su dedo en la comisura de mi boca, y luego, un par de labios cálidos donde solían estar sus manos. Más lágrimas cayeron cuando mi corazón despertó, y no se estaba quejando, no. Otra vez se había unido a sus ex aliadas de guerra contra la razón; y ahora, corazón y hormonas, respondían al beso de Lucas.

Y me gustaba que lo hiciera.

Caida

Mientras la boca de Lucas se movía contra la mía, intenté pensar en otra cosa. El cuarto donde estábamos, el sueldo que pisábamos... lo que fuera, con tal de no dejarme llevar. Porque admitir que disfrutaba el beso era, como mínimo, reprochable. Eso sin mencionar que me convertía en alguien más patético de lo que ya era. Aún podía culpar al alcohol, Lucas no tenía por qué saber que yo no había probado una gota de las cervezas infiltradas que estaban repartiendo los alumnos.

No era una mala idea.

«Sabes Lucas, el beso no estuvo mal, en serio, he probado peores, probablemente sea culpa del alcohol... ¿No me digas que no bebiste algo antes de venir para amenizar las cosas?!»

Vale, tal vez decir eso no fuera la mejor idea.

Y por más que intentara distraerme en otra cosa, era dolorosamente consciente de él. Todo él; sus manos sosteniendo mi rostro, las mías exigiendo cercanía, mientras lo tomaban desde su cuello.

Era curioso que incluso en estos momentos, con una oda a la perfección esperándome en el gimnasio, mi corazón solo clamase por él, llamándole a gritos. Me alejé de sus labios y enterré mi nariz en esa parte cálida que residía casi oculta en la curva de su garganta, parecía haberla escondido para todos menos para mí.

Me estremecí por la fragancia de su loción, la recordaba, por supuesto, en la misma medida que recordaba la interminable cantidad de mentiras que me había dicho durante el tiempo que habíamos estado encerrados.

—Tengo que irme.

—Lo sé — pero en vez de dejarme ir, había vuelto a besarme y yo no parecía capaz de apartarlo. Mis labios, adormecidos por sus besos, lo anhelaban más que nunca. Lo quería, no parecía ser un gran secreto, pero mintiéndome a mí misma como acostumbraba, fue fácil convencerme de que lo había superado.

—Hablo en serio.

—Uhm...

Más besos, más fricción. Sus labios sabían a miedo, dolor e hizo que me preguntara ¿Qué sabor tendría el amor?

¿Sería acaso así de amargo? Sonreí, había algo de amargor en la boca de Lucas, aunque parecía más factible que hubiera estado bebiendo.

Exacto... él había estado bebiendo. No había otra razón posible para que quisiera besarme, o saber de mí. Otra vez, esa maldita vocecilla molesta que no hacía más que repetirme lo obvio: no era lo suficientemente mujer para Lucas, no fui lo suficientemente buena como hija para retener a papá, ni para conservar el amor de mi madre. Vamos, ni siquiera Rodrigo era capaz de pasar más de media hora conmigo. Y ¿Yo? ¿Me quería? ¿Cómo se supone que Lucas me iba a querer?!

—Lo siento —le dije—, esto fue un error —pero no lo era, al menos no para mí.

Mucho menos cuando mis labios todavía se sentían tibios gracias a sus besos. Al día siguiente, quizás me arrepentiría ¡claro! después de llorar toda la noche.

Salí del cuartucho olvidándome de todo.

Podría haberme dirigido al baño de chicas, tal vez peinarme e incluso retocar mi maquillaje, en lugar de eso corrí en dirección al gimnasio.

Corrí hacia Nathan...

Supongo, que en el fondo de mi corazón, Nate se había convertido en mi salvador. Aunque se pareciera más al enmascarado del hacha, que a un príncipe encantador, como se hacía llamar.

Para mi sorpresa, no se encontraba acompañado. No había pistas de mi profesora ni su llamativo strapless rojo. Tragándome la curiosidad, no le pregunté por ella, y él tampoco preguntó por mi tardanza, que debió ser bastante, ya que la mitad de la gente ya se había retirado, y solo quedaban por ahí rezagados y profesores.

Mientras bailábamos intenté pensar en películas de vampiro y un par de series de moda, era la única vía que conocía para mantener a Nate fuera de mis pensamientos. Eso, junto a La Cuncuna Amarilla eran repelentes infalibles contra vampiros lectores de mentes.

—No ha sido tan malo —soltó él.

—Te creo.

—Hey, hablaba en serio. Un chico tiene derecho a divertirse de vez en cuando —no dudaba de eso, pero claramente mi enmascarado con hacha manejaba otros conceptos de “diversión”, preferentemente que involucrara un cuerpo cubierto de sangre.

Me encogí de hombros.

—Si tú lo dices.

—Eres imposible y no digas gracias, no es un halago. Por otra parte, me gustan tus ojos.

Su abrupto cambio de tema me tomó por sorpresa, pestañé confundida procesando la información antes de responder.

—No tienen nada de especial.

—¿Quién lo dice? Oh, vamos, no me digas que ahora además de ser una experta en vampiros también sabes sobre estética oftalmológica.

Negué.

—A eso me refiero cuando digo que eres imposible. Tus ojos son bellos Mica, fin del asunto —sin embargo no lo eran, no si los comparabas con los de Nate. Yo no tenía ojos grises, ni de un marrón sensual, por el contrario eran de un pardo deslavado que, en el mejor de los casos, parecían una mala copia de los Clutter.

Patética, lo sé.

—Me gusta tu traje —admití desviando el tema hacia tierra segura. Era fácil hablar con Nathan cuando la atención se centraba en él, que era casi la mayor parte del tiempo. Pese a vivir juntos, tenía muchas dudas sobre él, de hecho, era más rápido

hacer una lista de las cosas que sabía, que de las que aún ignoraba.

No tenía idea de su pasado, ni de cómo se ganaba la vida, solo sabía que él salía cuando le daba la gana y tardaba el tiempo que le apetecía...

Yo para él era algo así como una mascota, solo que además me utilizaba como comida.

Continuamos bailando.

Honestamente, las notas lentas de One Republic hacían difícil pensar con claridad, porque lo único que me apetecía era bailar al compás de su cadenciosa melodía; bailar y no pensar en nada que no fuera la mirada de mercurio de Nate observándome con reserva. Demasiado tarde comprendí el sentido de su letra y ya no me apeteció bailar para nada, tal y como decía la agradable voz de Ryan Tedder: “Era demasiado tarde para disculparse...”

El mayor problema era que no sabía si debía perdonar o ser quien ofreciera las disculpas, y de ser este último el caso, ¿a quién?

¿A Nathan? por besarme con otro cuando él se suponía debía ser mi pareja esta noche. ¿A Lucas? por dejarlo abandonado en el cuarto de aseo. O tal vez, a Rita. Realmente, ni siquiera había pensado en ella... digamos, nunca.

Mi padre era probablemente el causante de un sinnúmero de sus noches en vela. Yo había estado en los zapatos de Rita y, había escuchado a mamá llorar noches enteras y a la mañana siguiente levantarse con ojos hinchados. Por otra parte, Lucas era la pareja de Rita esta noche, no importaba la razón, yo me había besado con un chico que traía acompañante.

Había solo una palabra para catalogar a las personas como yo, Perra.

Observé al hermoso vampiro que se encontraba frente a mí. Su camisa gris lucía impoluta y sus perfilados labios no habían sonreído desde que había regresado al gimnasio, podría haberme percatado antes si no estuviera tan ensimismada en mis dilemas morales. En un acto de excesiva estupidez mis manos se empuñaron en las solapas de su traje, un muy costoso traje, y lo atraje hacia mí.

No iba a besarlo, por supuesto. Mi noche tenía un límite de errores permitidos y ya había rebasado la cuenta, sin mencionar que Nathan no me daría la oportunidad, probablemente me sacaría volando de un empujón.

Un completo caballero.

Su boca adoptó una línea recta logrando que su rostro perdiera algo de ese exuberante atractivo. Pude ver la duda asomando en sus ojos.

«Lee mi mente», quise decir, «Lee mi mente, porque ahora mismo no me quedan fuerzas para hablar»

Pero en lugar de hablar, me limité a confesar en silencio:

«Lo siento Nate. Sé que te aburro, sé que necesito madurar y dejar de vivir en pos de la fantasía, pero no puedo. No puedo enfrentarme a la realidad, no quiero abrir los ojos. El mundo de afuera es demasiado cruel, demasiado frío, demasiado vivo.

Necesito de esto y necesito de ti, porque mientras te tenga a mi lado, los relojes

de mi vida dejan de marcar las pautas del tiempo y el resto del mundo puede esperar»
Suspiré, sin dejar de aferrarme a su traje.

Quería que me abrazara, que me dejara esconder la cabeza en su pecho y me ayudara a olvidar a Lucas. Incluso tenía la esperanza de que saliera con alguna frase mordaz, del tipo que quitan las ganas de reír y en cambio provocaba caerle a golpes. Todo eso hubiera sido mil veces mejor que pensar. No obstante, Nathan tenía planes muy diferentes. Haciendo caso omiso a lo que mis pensamientos le gritaban, acogió mi rostro entre sus manos y posó sus labios sobre los míos.

Y lo que sucedió a continuación me catapultó como la reina de las perras. Sin embargo, no importaba. Nadie había vivido algo así. No podían juzgarme.

Inicialmente, quedé estática en mi sitio. Si me lo preguntan, me convertí en una versión bastante decente de un témpano de hielo. Me había congelado, pero de estupefacción, ya que en todos los otros aspectos posibles me encontraba en llamas. Tampoco él esperó a que yo reaccionara, desde luego que no. En lugar de darme tiempo, me tocó con su lengua, ipso facto un cosquilleo de placer se inició en mi vientre y algo desconocido barrió con mi raciocinio.

En mi estómago comenzó a desparramarse un fuego líquido que ardía en la misma medida que me agradaba. No sabía qué hacer o qué decir.

Sus manos parecieron entretenerse en mi cabello, mientras las mías ascendían y descendían por su cuello, era cálido al igual que sus labios, para nada similar a lo que había oído o leído.

Abrí mi boca para él. Y Nathan la cerró en el acto, alejándose de mí y formando una sonrisa compasiva.

—Necesito un trago —me dijo—. Iré por él, no tardo, creo que a ambos nos hace falta.

Mientras asentía, no pude evitar pensar en lo suave que había sido su toque. No necesitaba un trago, lo que necesitaba era que regresara. Se había alejado demasiado pronto.

Mierda, comenzaba a dudar si el beso había sido real, todo había sucedido tan rápido. No sería difícil atribuirlo a mi imaginación.

Yania se encontraba bailando en una esquina cercana y me guiñó un ojo cuando la divisé, me ruboricé al instante. Bailé con un par de chicas de la clase, no solía juntarme con ellas, pero cualquier cosa que quedarme esperando a Nate sola, mientras todos los ojos curiosos e insidiosos estaban sobre mí.

Las luces se encendieron y los profesores que quedaban comenzaron a enviar a los estudiantes a casa. Una de las chicas me invitó a unirme a un grupo de alumnos para bebernos las últimas reminiscencias del contrabando de alcohol.

Pude haber dicho que no, pude haber usado algún acopio de madurez, pero todo se sentía demasiado confuso e irreal como para desear estar sobria.

La seguí hasta la leñera del liceo, ahí nos esperaban otras tres personas. Reconocí a los compañeros de Lucas enseguida. Eran dos chicos de piel morena que solían

jugar en el equipo de fútbol. La tercera persona era una mujer que nunca antes había visto en el colegio. Parecía fuera de lugar, era hermosa de un modo extraño. Me hizo recordar a Nate; piel pálida y ojos de un extraño color entre gris y blanco... extraño. Aunque, yo ya iba por mi segunda lata de cerveza.

—Vaya, hueles bien —dijo ella, mientras me ofrecía otra cerveza.

—uhm... ¿Gracias?

Uno de los chicos se ríe del comentario y comenzó a hilar un pitillo de marihuana, eso me puso de nervios. No me malinterpreten, no era una santa, pero había pasado un tiempo considerable desde que la había probado, dos años enteros y fue solo una vez.

—Paso —me excusé cuando me ofrecieron una calada. Obviamente, el resto no opinaba igual y en menos de diez minutos todos estaban drogados y riendo por nada.

No fue hasta la cuarta cerveza que recordé a Nathan y lo mucho que se estaba tardando.

Me excusé y corrí en dirección a la salida, o al menos hice el intento. No era fácil con todo ese alcohol en la sangre y sobre todo cuando todo lo que había comido en la tarde era manzana. Para cuando llegué al pasillo central, la respiración me faltaba.

—Maldita sea —bufé mientras revisaba las salas abiertas y los baños. No había señal de Nathan por ningún lado.

—¡Nate! —grité llamándolo, sin dejar de correr.

Volví a intentarlo, esta vez más fuerte y, aunque alcé como nunca antes el tono de mi voz, no quería dejarme llevar por la desesperación. Todo parecía indicar que se había ido sin mí... después de besarme.

Di pasos a ciegas los siguientes quince minutos y no fue hasta que pasé por el cuarto de aseo que un escalofrío despertó la poca sobriedad que me quedaba. Una mancha oscura se extendía por debajo de la puerta, la abrí y de repente, todo lo que conocía de la vida pareció perder sentido. Los grises entre el bien y el mal podrían solo ser parte de los mitos con moraleja que te cuentan de niña, porque lo que mis ojos ahora veían, constataban otra cosa. No, no era eso... era la materialización del concepto: Los pecados se pagan.

Mis pecados.

Supe enseguida que gritar no era sabio, e hice acopio de toda mi voluntad para mantener la boca cerrada.

Las paredes estaban salpicadas de carmesí y sentí náuseas al inhalar el fétido olor de la sangre, entre óxido y algo más que no puedo describir. Casi podía oír el sonido de sus gritos y gemidos de dolor. Seguramente se había desmayado entre jadeos. Los podía sentir retumbando en mis oídos como una macabra sinfonía para la cual, su orquesta, había sido especialmente cruel.

Observé consternada los brazos de Lucas doblados tras su cabeza de una forma antinatural. La congoja en su rostro era tan indiscutible que me hizo pensar en todo el dolor que tuvo que haber sentido cuando aún estaba consciente. A su lado, el charco

de sangre se esparcía por el suelo, ensuciando la escoba que minutos atrás había sido testigo de nuestro encuentro, y más allá, la marca de los zapatos de su carnicero.

La sangre era oscura y espesa, igual a la que Nathan tomaba de mi cuello, pero ahora no había sido como cuando se alimentaba, y por la expresión que tenía en su rostro, podría afirmar que era lo último que le apetecería probar en su vida.

—¿Qué has hecho? —le pregunté en un susurro, sabiendo que no me respondería.

—Tenía hambre —dijo encogiéndose de hombros, mientras yo observaba su costoso traje cubierto de sangre. Naturalmente que debía alimentarse, pero lo que estaba presenciando era una jodida masacre. Lucas tenía cortes en sus labios y cejas, por lo que Nate, antes de alimentarse, lo había golpeado.

—¡Nate!, al menos debiste ser cuidadoso —dije intentando que no notara mi horror—. No hay forma de que podamos salir de aquí sin levantar sospechas.

De pronto me sentía más sobria que nunca, excepto que hipee.

—Salud.

—¿Sabes qué? —No me gustaba la forma en que me sonreía, no cuando el cabello de Lucas parecía estar tan empapado de sangre como la costosa camisa de Nathan y el resto del suelo que ahora pisábamos—. No me importa que te alimentes de humanos. En serio, puedes comerte a mi profesora de Química si lo deseas, pero en lo que respecta a mis amigos, mantente alejado, ¿sí?

La sonrisa desapareció de su boca.

—Pensé que él no era tu amigo.

—No lo es —repuse.

—¿Entonces? —esperó y algo en la forma en que se me quedó viendo me hizo sentir temor. Una sensación poco habitual desde que estábamos juntos, entendiendo que ya de por sí vivir con él debería ser escalofriante. De todos modos me obligué a sonreírle, mientras procuraba no ver la mancha de sangre en el cuello de su camisa, ni el hilillo borgoña que se deslizaba a lo largo de su barbilla.

Si le mostraba algún signo de perturbación, él lo tomaría como una señal para meterse en mi mente, y no podía permitirlo.

—Tan solo deja a Lucas en paz —le pedí sonriendo y rogando porque mis labios terminaran lo que mis ojos eran incapaces de iniciar: una mentira.

Sin embargo, él comenzó a hablar, antes que alcanzara a decir una letra.

—Al parecer olvidaste esto —señaló, imitando la clásica pose de mago haciendo aparecer de la nada un conejo. Sin embargo, no fue un conejo lo que salió de su manga, sino mi tiara.

En un gesto estúpido me llevé la mano a la cabeza y lo único que pude sentir fue el bulto del golpe que me había dejado el tarro al caerme en la cabeza.

—Tu “amigo” fue bastante entusiasta en hacerme saber que te la habías dejado con él en el cuarto de aseo.

Abrí mi boca, lista para replicar, pero no hallé mi voz.

—Ni siquiera está muerto, puedes volver a respirar —no podría haberlo adivinado

si él no lo hubiese mencionado. Sin embargo, era cierto es que tenía los pulmones hinchados por no soltar el aire.

—Solo porque llegué, de no ser así...—odié que la voz me fallara a último minuto.

—Está bien, ya sé por dónde vas y no me gusta nada.

—Tal como yo lo veo, las cosas no podrían ir peor —respondí.

—¿Cómo debería decirlo? —se aflojó la corbata mientras avanzaba por sobre el cuerpo de Lucas. Retrocedí automáticamente, como si nuestros cuerpos fueran imanes de polos opuestos—. Sin asustarte más... quiero decir.

—No me asustas —repliqué moviéndome a un costado para que pudiera salir del cuarto.

—Ajá.

—Hablo en serio.

—Mica, no te creo. Lo siento —no lo sentía en absoluto—. De todos modos, ya no importa. Tenemos que irnos.

Hizo un ademán para que lo siguiera, pero no me moví de mi sitio.

Hasta ese instante, había resistido las ansias locas de arrojarme sobre Lucas y abrigarlo con mis brazos. ¡Quería protegerlo!, quería alejarlo de Nathan, susurrarle palabras de tranquilidad y, en el mejor de los casos, ser capaz de sentir los latidos de su corazón, pero se trataba de mi vida y nunca he tenido el control de total de ella. Por eso, en lugar de actuar como la protagonista de las novelas que solía leer, renuncié a la idea, y de paso, a Lucas. Después de todo, era mi culpa que estuviera así.

Había necesitado que las cosas llegaran hasta ese punto para comprender que realmente lo amaba.

Y aun así, no tenía derecho a nada, a nada que no fuera una explicación más convincente por parte de Nathan.

—¿Por qué lo hiciste? — él se quedó callado, pero en cambio sus ojos, esos pálidos e insensibles orbes plateados me dijeron todo. Esa incalculable variedad de escenarios, cada uno peor que el anterior. Toda la verdad ante mis ojos, justo ahora, cuando me sentía más indigna y menos importante. Supongo que tenía sus razones. Pero, ¿no fui yo quien lo buscó?, ¿no era acaso mi culpa que se comportara de forma tan desalmada?

Bajé la cabeza para no seguir viendo la crueldad en sus ojos.

Una gota de sangre me salpicó el vestido, luego las pantorrillas y finalmente la cara, solo entonces comprendí que había sido Nate. Era un gesto tan infantil y travieso tal como la imagen de un niño chapoteando en el agua. Sin embargo, no era agua con lo que Nathan me había salpicado, sino sangre, sangre roja, espesa y perteneciente a la persona que yo amaba. Correcto o no, sincero o no, yo lo amaba. Y ahora estaba al borde de la muerte por mi culpa.

Dejé escapar un suspiro, supongo que más prologado de lo que Nate se esperaba,

dado que yo le había dicho que Lucas no era mi amigo ¿Qué más daba lo que le pasara, no? Así era la lógica de Nate; sádica y liviana. Había tenido que llegar a hasta este punto para comprenderlo.

—Mica —llamó, más bien fue un susurro. Aunque, no había real diferencia. Podía sentirlo en mi pecho, en mi cabeza e incluso en mi piel. Nathan y yo estábamos conectados en un montón de formas que no podía explicar. Pero mi mayor problema en ese momento era tener la cabeza libre de su compulsión, lo que parecía ir de mal en peor.

¿Por qué demonios no me lavaba el cerebro? ¿Por qué no me quitaba este dolor del pecho de una maldita vez?!

Creí oír mi nombre otra vez, ¿importaba acaso? Busqué con la mirada el rostro pálido de Lucas una última vez. Sin embargo solo capté un atisbo. Alcancé a comprobar que sus ojos estaban cerrados. Gracias a Dios. No hubiera soportado ver el reproche en ellos. No importaba que Nate dijera que lo había dejado vivo, si por vivo se entendía “con una pizca de sangre en las venas”, pero en mi corazón... yo lo había matado.

—A veces hago cosas... cosas que no podrías entender ni en un millón de años y, aunque sé que te gustaría creerlo, no fue por celos —el silencio que siguió a su revelación fue casi tan letal como sus palabras—. Realmente lo siento.

—Hay que ayudarlo...

—No hay tiempo. Va a estar bien, ya te lo dije.

La sangre goteaba de su cuerpo y no podía dejar de mirar la sonrisa de satisfacción de Nate, sus dientes manchados de sangre, su boca más roja de lo habitual. Un asesino en medio del éxtasis.

—Míralo, ¡Mírate! —grité sin poder contenerme más. En cambio él, no movió un músculo— ¡Te estoy diciendo que mires!

—Tú no me das órdenes.

Tragué, no de miedo, y sí que lo tenía, sino porque Nate estaba en lo cierto. Yo no le daba órdenes... la mayor parte del tiempo, yo ni siquiera existía.

—¡Eres un monstruo!

—Vaya, te habías tardado en notarlo. “Ay Nate, te necesito, Ay Nate el mundo de afuera es demasiado cruel, demasiado frío, demasiado vivo” —dijo parodiando mi voz —no fue eso lo que mentalizaste, momentos atrás. Bueno Micaela, acá está tu fantasía, ¿qué prefieres ahora, la realidad o la ficción de tus novelas? —preguntó, pero no caería en su juego. En vez de responder con algo mordaz me sequé la cara. No eran lágrimas, sino la sangre de Lucas que Nate me había salpicado. Aquello tan solo aumentó mi pavor y rabia. Lo cierto es que ni siquiera yo estaba a salvo.

—Cállate, cállate por favor Nate. Solo... No puedo dejarlo aquí.

Su expresión se tornó feroz y luego sus fríos ojos grises se volvieron cálidos, como mercurio líquido. Antes de que me mostrara esa sonrisa que lo podía todo, di una zancada sobre el cuerpo de Lucas y tomé la escoba que reposaba junto a él. Volví

a mi posición inicial haciendo el mismo movimiento. Ahora blandía la escoba entre Nathan y yo.

Me miró con expresión divertida por un momento. Ambos sabíamos que mi triste intento de arma no era nada amenazadora. Sin detenerme a pensarlo demasiado, y con todas mis fuerzas, azoté el palo contra el canto de la puerta consiguiendo que se partiera en dos mitades astilladas.

Bien, era una mejora considerable.

—No... No me mires así.

—¿Así, cómo?

Tragué e inhalé hondo. Ni siquiera tenía tiempo para sentir temor, ¡necesitaba sacar a Lucas de ese lugar!

—Vaya, parece que Panda quiere jugar. Esto se está tornando interesante —sentenció. Su sonrisa siempre tensa y controlada, mientras me taladraba con la mirada.

Los pasos de Nate, eliminando la distancia entre ambos, emitían un eco reverberante en la baldosa del pasillo, y cuando finalmente quedó plantado frente a mí, el silencio que le siguió me puso los pelos de punta.

Uno a uno, los dedos de su mano fueron envolviendo mis muñecas emulando unas esposas y rápidamente las subió por sobre mi cabeza.

Su expresión era neutra, pero algo me decía que era mejor no saber qué tipo de pensamientos transitaba por su cabeza en estos momentos.

Noté que Nathan tenía la mandíbula rígida y su barbilla retraída, alerta a cualquier indicio de terror que yo dejara entrever.

Contuve la respiración unos segundos antes de intentar liberarme, pero como era de esperarse me agarró con más fuerza. Así que por el bien de Lucas y el mío, dejé de luchar y las dejé ahí, quietas asegurándome de no soltar la improvisada estaca que ahora ejercía presión contra mis palmas, hiriéndome con sus astillas.

—Mica...

—¿Qué?

—¿A qué viene eso? —Preguntó en voz baja, al tiempo que ponía una de sus enormes manos en mi espalda y comenzaba a trazar círculos, me envaré y sus dedos crujieron contra mi cuerpo—. Ya sabes que prometí no leer tu mente, a no ser que se trate de una emergencia.

—Últimamente para ti todo es una emergencia —me quejé, recordando las innumerables veces que se había inmiscuido en mi cabeza sin mi permiso. Nate sabía que yo tenía razón, ya que suspiró y liberó su presión.

—Eres consciente de que ahora es tu turno de soltar ese trozo de porquería ¿verdad?

Asentí, pero no la solté. Nate castañeó su lengua cabreado, con una mano me tomó de la cintura y me subió hasta su hombro. No había ni siquiera alcanzado a reaccionar cuando en un único y certero movimiento me sentó en la mesa, que ya

había olvidado que estaba ahí.

—Aquí —dijo acomodándose entre mis piernas y apuntando su pecho—. No me mires así, ésta es una buena forma de liberar tensiones.

Un frío húmedo me recorrió desde la nunca hasta la planta de los pies, dolía. Una especie de estremecimiento viscoso y desagradable, tan diferente a otras sensaciones, que no encontraba las palabras exactas para describirlo.

—No seas cobarde, tarde o temprano tenía que llegar el momento.

—¿Momento? —titubeé.

—Claro, en días fríos como hoy, es normal que quieras entrar en calor.

Mis manos temblaban, pero no solté la estaca.

—Anda, vamos a darle un vistazo a mi corazón deforme.

Nate me sonrió y dejó de acariciar mi espalda para llevar su palma hasta mi cara. Acunó mi rostro con su mano y con la otra envolvió firmemente mis dedos e impulsó la estaca hacia su pecho.

POR-TODO-LO-QUE-ES-SAGRADO.

Ahugué un chillido, tratando de zafarme. Sin embargo él me detuvo con ojos severos y sin dejar de sonreír. Un sonido ronco salió de su garganta, mientras me obligaba a estacarlo más profundo en ese punto donde debería estar bombeando su corazón. Mi mano vibraba al mismo tiempo que la madera iba desgarrando piel, atravesando tendones, músculos y rompiendo huesos.

—No tengo corazón, no puede dolerme.

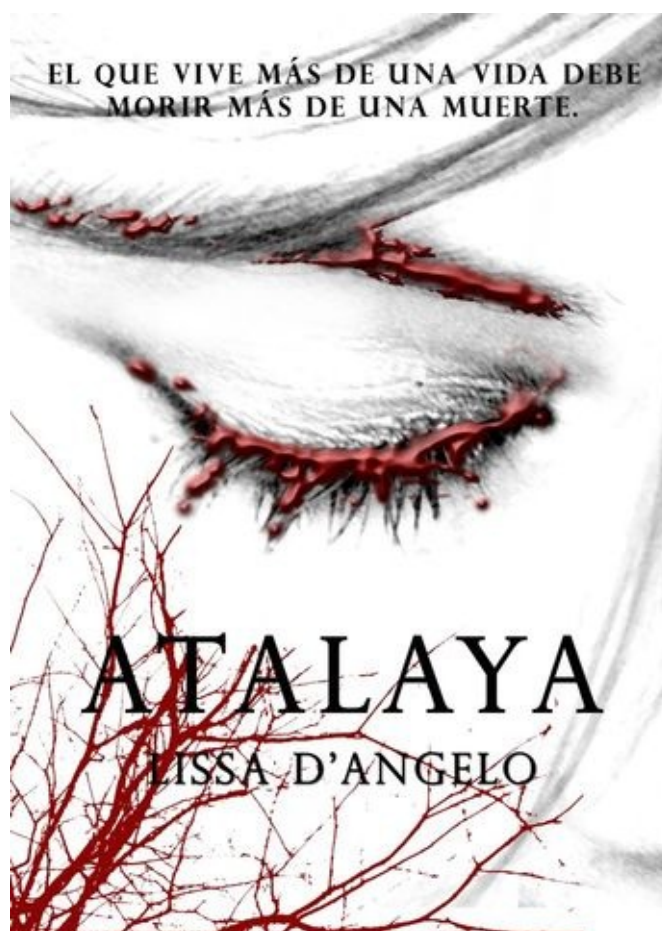
Luego se desplomó en el piso, quieto, mudo y sin vida.

Atalaya

Esta historia continua en:

“Mica ha pasado los últimos meses viviendo con Nathan, un sarcástico y sexy vampiro. Sin embargo, el dulce cuento de hadas que prometían las novelas románticas se transformó en una horrible pesadilla cuando en la fiesta de fin de año Nathan ataca a su ex novio dejándolo al borde de la muerte. Aunque Mica logra deshacerse de él, ahora debe lidiar con las consecuencias de haber deseado lo que no debía, mientras una amenaza aún más cruel se cierne sobre su futuro”

Quien vive más de una vida, debe morir más de una muerte.



Agradecimientos

Esta es la parte más difícil, principalmente porque son demasiados y siempre queda alguien en el tintero que olvidé mencionar. Así que me limitaré a mencionar a los principales, los indispensables.

Para empezar: mil millones de gracias a todas mis lectoras. Anatema es una novela que ha descansado entre correos, discos duros y pendrives, durante más de tres años, y que por fin, gracias a ustedes, decidí liberar. Esta fue una de mis primeras historias, la que me impulsó a dar un paso fuera de mi lugar seguro y no podría haberlo hecho sin ustedes.

Muchas gracias, también, y multiplicadas por infinito, a mis queridos Blogger, todos aquellos usuarios que dedican su tiempo libre —algunos no tan libres— a reseñar y/o difundir obras en internet. Sobre todo en mi caso, que soy nueva y para colmo, autopublicada, por lo tanto sin su ayuda mi trabajo no existiría en la web, muchas gracias por eso.

El foro Crepúsculo Meyer (el primer sitio donde publiqué). Ese foro ya está con el hosting vencido, pero mis primeros lectores nacieron ahí.

CC (otro foro). Menuda forma de invertir el tiempo, noches enteras debatiendo con mis pares. Éramos intensas, poco objetivas y algo desequilibradas. Con todo y eso, no me arrepiento de nada.

Fanfiction.net (mi lugar seguro, mi nido cálido, mi escuela). Este es el lugar donde aprendí el significado de la crítica en su forma más cruda, honesta y sin censura. Ahí aprendí, también, de los plagios y de las quejas. Creo que eso fue lo mejor de todo, después de que te quitan la piel no le temes a nadie. Agradezco eso, un público crítico, insaciable y a veces, sí, incluso adorable.

Creo que un gran porcentaje de mis lectores actuales partió ahí, en FF.NET. A todos ellos y mis partner escritores, gracias y suerte, hoy, mañana y siempre, en todo lo que emprendan.

El tintero (mi primer blog de originales). Ahí di mis primeros pasos de bebé, aunque me sigo tropezando niñas, loquillas. Ustedes me inspiran, ustedes me llenan. Esta novela no es mía, es suya. Yo no soy Mica, yo soy el perro del vecino, ese pitbull rabioso, malhumor, que con un trocito tierno de filete se vuelve dócil. Por Dios que es tentador agregar veneno al filete. ¿Verdad?

Constanza (mi mangaka estrella). Mil gracias por tu paciencia, por tu entrega, llegarás lejos tesoro, nunca lo olvides. Ojo, no lo digo yo, lo dicen los expertos.

Jennifer (Nori, la dueña de la cafetería, mi traductora personal y mi barista preferida). Eres mi musa indirecta, mi mejor amiga, mi compañera de lecturas, escrituras y salidas que prefiero no comentar. Te nombro porque necesito repetir tu nombre al menos una vez al día, ya sabes, por eso de que hace bien para la salud.

Maria Paz (mi traductora estrella). Ya sabes, tu trabajo no tiene precio. El resto... El resto es privado. ¡Máx!

Paulina Arancibia (mi editora preciosa). Dios te puso en mi camino y nunca me cansaré de agradecerle. Llegaste en el momento indicado, cuando ni siquiera era consciente de que te buscaba y de lo mucho que te necesitaba. Eres mi pilar, mi piedra de pulir, por ti soy mejor cada día, gracias. Espero nunca conformarme con lo que tengo.

Nunca me cansaré de agradecer y sí, sé que suena repetitivo, pero prefiero pecar de cargante que de olvidadiza... Y yo no olvido a quienes me han ayudado.

Bueno, sin más que añadir, nos vemos dentro de poco... Si Dios quiere.

LISSA D'ANGELO Nació en 1990, en la ciudad de Valparaiso, Chile. Desde que estaba en la escuela básica, descubrió su afición por la escritura siguiendo el camino de los fanfictions. Conocida por su fandom de Twilight como Cunning Angel, no tardó en alcanzar popularidad con historias como Incubo, Sweet Temptation y Caretas. En el año 2010, decidió dejar atrás las fanfictions y dedicarse a publicar historias con personajes propios en su desaparecida web El Tintero. En 2011, publicó la novela Fijación y, en 2012, Sin Historial, de la mano de su actual editora Paulina Arancibia Cortez-Monroy.

Ahora, ambas trabajan en Under Breath y Signâtum, obras que esperan pronto lleguen a las librerías.